AN ARRANGED
MARRIAGE
MAFIA ROMANCE

Broken whispers

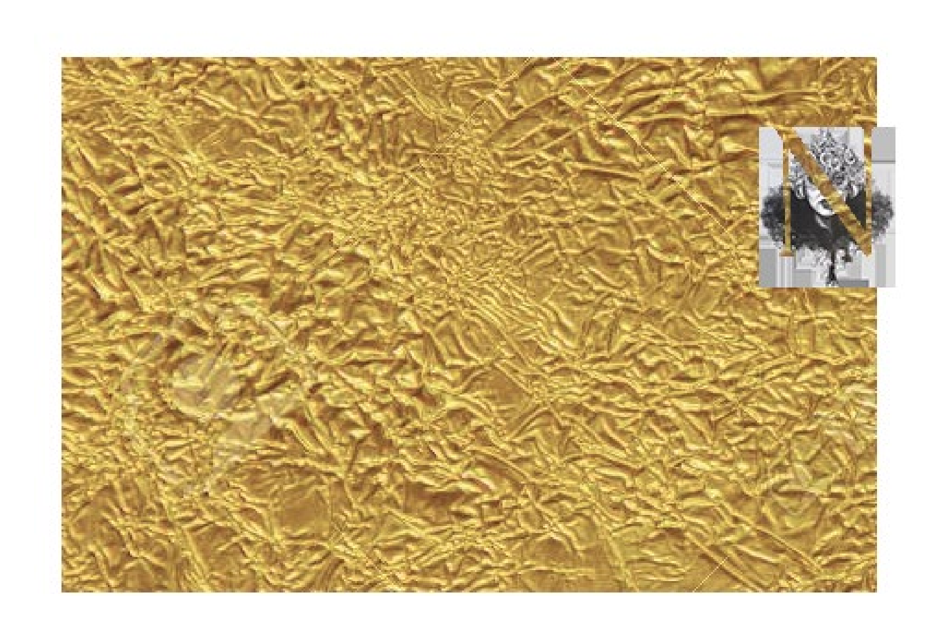
PERFECTLY IMPERFECT SERIES

NEVA ALTAJ



PERFECTLY IMPERFECT

whispers



[redacted]

NEVA ALTAJ





Sinopsis

Mikhail

Las mafias italiana y rusa están en guerra, y es brutal.

Ambos somos despiadados, inflexibles e implacables.

Pero entonces, se toma la decisión de fusionar nuestros mundos, Un matrimonio entre ambas partes.

La mujer más bella de la mafia italiana,

y el monstruo más temido de la Bratva.

La amé desde lejos durante mucho tiempo,

Y finalmente puedo tenerla como propia.

Pero ella ¿escapará,

cuando se dé cuenta de quién soy realmente?

Bianca

Cualquier cosa,

Haría cualquier cosa por mi hermana,

Incluso casarme con la Bratva para mantenerla a salvo.

Esperaba un salvaje despiadado y de corazón frío, Pero me he llevado una sorpresa.

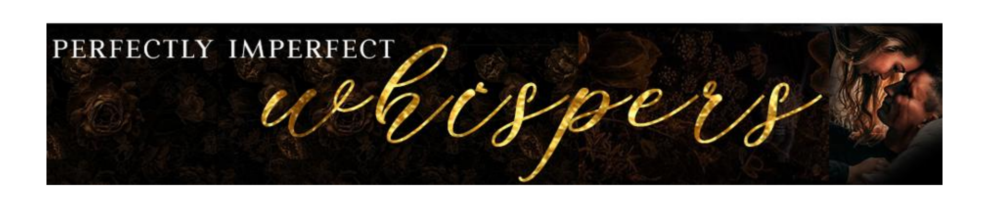
Este hombre lleno de cicatrices y aterrador, Es todo lo que siempre he querido.

Ahora, depende de mí, derribar sus muros,

y destruir las barreras entre nosotros

A través de susurros entrecortados.







Prólogo

Hace doce años

Una puerta abriéndose de golpe, atraviesa mi nebulosa conciencia, seguida por una sensación de estar cayendo a cámara lenta. Voces desconocidas susurran en algún lugar lejano, y poco

a poco se hacen más fuertes, hasta que todo lo que puedo escuchar son gritos apresurados.

Un grito ahogado a mi izquierda, —Querido Dios.

Intento abrir los ojos, pero no lo consigo. Tardo unos cuantos intentos hasta que consigo despegar los párpados, pero lo único que veo son formas borrosas.

Y entonces llega el dolor.

Me siento como si me hubieran clavado mil cuchillos, cuyas hojas estuvieran alojadas en mi carne. La sensación aguda, abrasadora, recorriendo todo mi cuerpo, lo envuelve todo.

Me ahogo al respirar e intento hablar, pero lo único que sale es un jadeo doloroso. El vacío se cierra de nuevo, los sonidos se desvanecen lentamente y me dejo llevar. Lo último que recuerdo son frases entrecortadas rompiendo mi conciencia desvanecida hasta no quedar nada. Solo dolor.

—¡Roman! . . . ¡Mikhail sigue vivo!

—Jesús... presiona algo sobre su cara...

—No estoy seguro que lo logre. . .

—¿Alguien más?

—No, todos están muertos.







Capítulo 1

Presente

Mis zapatos resuenan en la antesala vacía del Teatro de la Ópera de Chicago, mezclándose con las débiles notas de apertura de El Lago de los Cisnes procedentes del pasillo de la izquierda. Como

el ballet ya ha comenzado, la entrada está desierta. Saludo con la cabeza al empleado de seguridad, luego me giro y sigo el largo pasillo hacia las puertas dobles de madera del fondo, donde un cartel colgado en la pared atrae mi atención.

Han cambiado la fotografía. La anterior mostraba a toda la compañía en pleno salto en grupo, tomada desde lejos para que se viera todo el escenario, pero la nueva solo muestra a una sola bailarina, la toma ampliada. Me acerco un poco más hasta situarme justo delante de la imagen. Sin ser consciente de ello, mi mano se eleva y recorre el contorno de su rostro; sus pómulos definidos, su boca carnosa, descendiendo por su esbelto cuello y volviendo a ascender por el borde de sus ojos, que parecen mirarme directamente. Las grandes letras de la parte superior del cartel anuncian que el espectáculo de esta noche es su última actuación. Parece que se cierra la temporada.

A veces, me imagino acercándome a ella, quizá después de uno de sus espectáculos. Intercambiaríamos unas palabras y la invitaría a cenar. Nada elegante, tal vez esa acogedora taberna del centro. Tienen el mejor vino y. .

Veo mi reflejo en el cristal, cubriendo la foto y al instante dejo caer la mano hacia atrás, sintiendo que mi contacto la mancha de alguna manera.

Supongo que esto es lo más cerca que alguien como yo, horrible por dentro y por fuera, debería estar cerca de tal perfección.

Abro con cuidado la gran puerta de madera y me deslizo en silencio hacia el interior. Con la única fuente de luz procedente del escenario, el





espacio es bastante oscuro, pero aun así me mantengo al fondo, donde la oscuridad es más densa. He sido extremadamente cuidadoso a la hora de perseguir mi obsesión, asegurándome siempre de llegar después que la obra comience y salir antes que termine. Es mejor mantener un perfil bajo.

Afirmar que no me mezclo entre la multitud sería un eufemismo.

Mi apariencia nunca me ha molestado. En mi línea de negocio, cuanto más aterrador es tu aspecto, más fácil es hacer que la

gente hable. A veces, lo único que hace falta es entrar en una sala para contar todo lo que saben.

Mi reputación también ha ayudado.

Encontrar un polvo adecuado solía ser complicado, pero no tenía nada que ver con mi rostro. Muchas mujeres de nuestro círculo estaban ansiosas por atraer al Carnicero de Bratva a su cama, pero se volvieron significativamente menos ansiosas cuando les presenté las reglas: solo quitarse la ropa suficiente para hacer el trabajo, estrictamente por detrás, y ningún tipo de tocamiento.

Las reacciones de la población civil diferían. La mayoría tendía a evitar mirarme directamente. A otros les gustaba mirarme fijamente. A mí me parecía bien cualquiera de los dos aspectos.

Entonces, ¿por qué coño me molesta ahora? ¿Por qué me escondo en rincones oscuros, acechando a esta chica que solo he visto de lejos, como un psicópata? Todavía me estoy debatiendo sobre mi cordura cuando comienza el tema del solo de violín y mis ojos vuelven al escenario. No sé nada de música, pero no me he perdido ninguno de sus conciertos desde hace meses y, a estas alturas, reconozco exactamente cuándo llega su parte. Cuando mi mirada la encuentra deslizándose hacia el centro del escenario, siento que se me corta la respiración.

Ella es una visión, girando a lo largo del escenario con esa larga falda de gasa, quedando hipnotizado mientras sigo cada uno de sus movimientos. Su cabello rubio claro se enrosca en su nuca, pero en lugar de darle un aspecto severo, ese peinado tan duro solo acentúa sus perfectas facciones de muñeca.

Es como un pajarito -frágil y delicado- y Dios. . tan dolorosamente joven. Me apoyo en la pared detrás de mí y sacudo la cabeza. Si no salgo de esta locura, me volveré loca.

Una vez terminada su intervención, me retiro, pero en lugar de ir directamente a la salida, doy un rodeo hasta la gran mesa cercana a la puerta del backstage. Está llena de arreglos florales que los espectadores han dejado para ser enviados a los camerinos de las bailarinas. Es un





procedimiento extraño, pero a mí me sirve. Como siempre, dejo una sola rosa y me dirijo a la salida.

Bianca

—Tu padre quiere hablar contigo —dice mi madre desde la puerta.

La ignoro y envuelvo el último de mis trajes en un fino papel blanco, delineando la tela de gasa de la falda de tul. Luego, lo

meto en la gran caja blanca que tengo sobre la cama, donde ya he guardado el resto de mis trajes de escena, y cierro la tapa. Todo lo que queda de mi carrera como bailarina profesional, lista para acumular polvo. Nunca esperé que terminara tan rápido. La estrella del Teatro de la Ópera de Chicago, que ascendió a bailarina principal de su compañía a los dieciséis años. Ahora se ha retirado con apenas veintiún años. Quince años de arduo trabajo esfumados por una estúpida lesión. Mientras me giro para colocar la caja en el fondo del armario, quiero llorar, pero evito que mis lágrimas caigan. De todos modos,

¿qué sentido tiene?

—Está en su despacho —continúa mi madre—. No le hagas esperar, Bianca.

Es importante.

Espero a que se vaya y me dirijo a la puerta solo para detenerme frente a mi tocador y mirar el jarrón de cristal que contiene una sola rosa amarilla.

Normalmente, dono todas las flores que recibo después de una actuación al hospital infantil. Esta es la única que conservo. Alargo la mano y trazo el largo tallo sin espinas envuelto en una cinta de seda amarilla con detalles dorados. Me han dejado una después de cada actuación durante los últimos seis meses. Sin mensaje. Sin firma. Nada. Bueno, esta es la última que recibiré.

Salgo de mi habitación y me dirijo a la parte más alejada de la casa, donde se encuentran los despachos de mi padre y mi hermano. El dolor sordo de mi espalda ya casi ha desaparecido, pero hace meses que dejé de engañarme pensando que era algo pasajero. Nunca más podré soportar entrenamientos de seis horas, cinco días a la semana.

La puerta del despacho de mi padre está abierta, así que entro sin llamar, cierro la puerta tras de mí y me sitúo frente a su escritorio. No me reconoce, solo sigue garabateando notas en su organizador de cuero. Bruno Scardoni nunca reconoce a las personas que considera inferiores a él ni un segundo





antes de lo que cree conveniente. Disfruta viéndolas agitarse mientras practica su poderío sobre ellas. Desafortunadamente, nunca me han importado una mierda sus juegos de poder, así que me siento en la silla frente a él sin invitación cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Mala conducta, como siempre, por lo que veo —dice sin levantar la cabeza del organizador—. Me alegro que tu desobediencia se convierta pronto en el problema de otra persona.

Los latidos de mi corazón se aceleran ante sus palabras, pero controlo mis facciones para no mostrar ninguna reacción. Mi padre es como un depredador, esperando a que su presa muestre debilidad para atacar, apuntando a la yugular.

—Vamos a firmar una tregua con los rusos —dice mirándome—. Y te vas a casar con uno de los hombres de Petrov la semana que viene.

Tardo unos segundos en recomponerme del susto, luego miro a mi padre a los ojos y le digo.

—No.

—No era una pregunta, Bianca. Todo está ya acordado, la hija de un capo para uno de sus hombres. Felicidades, cara mia. —Una sonrisa venenosa se extiende por su rostro.

Cojo un papel y un bolígrafo de su mesa, escribo rápidamente las palabras y se lo paso. Mira la nota y aprieta los dientes.

—¿No puedo obligarte? —Se burla.

Comienzo a levantarme, al tiempo que él se inclina hacia mí, me agarra del brazo y me da una bofetada en la cara con la otra mano tan fuerte que mi cabeza se desplaza hacia un lado. Me pitan los oídos, pero respiro hondo, me vuelvo a girar hacia mi padre y cojo lentamente el papel de donde lo ha tirado al otro lado del escritorio. Enderezo los bordes del papel, lo coloco en el escritorio frente a él, señalo con el dedo las palabras allí escritas y me doy la vuelta para marcharme. No pienso casarme, y menos con un bruto ruso.

—Si no lo haces, les entregaré a Milene.

Sus palabras me paralizan. No se atrevería. Mi hermana pequeña solo tiene dieciocho años. Todavía es una niña. Me doy la vuelta, miro a mi padre a los ojos y lo veo. Lo haría.

—Veo que eso ha llamado tu atención. Bien. —Señala la silla que acabo de dejar libre—. Vuelve aquí.





Los cinco pasos que doy hasta la silla son probablemente la segunda cosa más difícil que he hecho en mi vida. Mis pies se sienten como si estuvieran hechos de plomo durante todo el camino de vuelta.

—Ahora, ya que eso está resuelto, un par de cosas. Serás una esposa dócil y obediente con tu marido. Todavía no sé quién será, pero no importa. Lo importante es que será alguien del círculo íntimo de Petrov.

Lo observo mientras se reclina en su silla y coge un cigarro de la caja que tiene delante.

—Controlarás tu temperamento, dejarás que te folle todo lo que quiera y te asegurarás que confíe en ti. Probablemente te subestimará, como suele hacer la gente cuando se entera que no puedes hablar, y empezará a abrirse, a balbucear sobre los negocios. —Señala su cigarro en mi dirección—.

Recordarás todo lo que diga, cada detalle sobre cómo se organizan, qué rutas utilizan para la distribución, todo lo que pueda mencionar.

Abre un cajón de su escritorio, saca un teléfono desechable y lo desliza hacia mí.

—Me enviarás un mensaje con todo lo que aprendas. Cada cosa. ¿Lo entiendes, Bianca?

Ahora todo tiene más sentido. Qué montaje tan perfecto ha hecho: deshacerse de su hija problemática, y quedar bien con el Don sacrificando a una de sus hijas a la Bratva, todo mientras se asegura que será él quien reciba la información privilegiada sobre los rusos. Brillante, realmente.

—¡Te he hecho una pregunta! —gruñe.

Inclino la cabeza hacia un lado y lo miro, deseando tener un arma e imaginando que apunto entre sus ojos y aprieto el gatillo. No fallaría. A lo largo de los años, mi hermano se ha asegurado que mi puntería sea impecable llevándome en secreto a sus prácticas de tiro. No estoy segura de tener las agallas para matar a mi padre, pero imaginarlo definitivamente me hace sentir bien.

Asiento, recojo el teléfono de la mesa y salgo del despacho, captando la visión de su sonrisa satisfecha por el rabillo del ojo. Que crea lo que quiera.

Puede que me case con la Bratva, pero lo hago por mi hermana, no porque él me lo haya ordenado. Y no estoy jugando a ser su espía. No voy a morir por él, otra vez.





Mikhail

Cuando Roman Petrov, el Pakhan de la Bratva, entra en el comedor, todo el mundo se levanta y sigue de pie hasta que él toma asiento en la cabecera de la mesa. Apoya su bastón en la silla y nos indica con la cabeza que nos sentemos. La primera silla a su derecha permanece vacía. Seguramente su mujer vuelve a sentirse mal. Creía que las mujeres embarazadas solo tenían náuseas por la mañana, pero por lo que he escuchado en la cocina, Nina Petrova lleva semanas vomitando sin parar.

Roman se vuelve hacia la sirvienta e indica con la cabeza que se dirija a la puerta.

—Vete y cierra la puerta, Valentina. Te llamaré cuando hayamos terminado.

Asiente rápidamente y sale corriendo de la habitación, cerrando las puertas dobles tras ella. Parece que vamos a hablar de negocios antes de la cena. Roman se reclina en su silla y me pregunto qué tipo de bomba nos soltará hoy. La última vez que nos llamó a todos, nos informó que se había casado en secreto dos días después de conocer a su mujer.

—Como ya sabes, estamos haciendo una tregua con los italianos —dice—.

Ellos aceptaron mis condiciones, yo acepté las suyas, y lo único que queda es organizar una boda para sellar el trato. —Levanta las cejas—. Entonces,

¿quién quiere ofrecerse para ser el afortunado novio?

Nadie dice nada. En la Bratva no hacemos matrimonios concertados. Eso siempre fue una cosa italiana, y nadie quiere cargar con un caballo de Troya. Eso es lo que sería esa mujer, y todo el mundo lo sabe. Me pregunto a quién elegirá. No seré yo, porque Roman conoce demasiado bien mis problemas. Tampoco será Sergei. Nadie en su sano juicio confiaría en ese lunático con una tostadora, y mucho menos con un ser humano. Maxim es demasiado viejo, así que apuesto por Kostya o Iván.

—Qué, ¿nadie quiere a una bonita chica italiana? Tal vez esto te ayude a cambiar de opinión—. Busca en el bolsillo de su chaqueta, saca una foto y se la pasa a Maxim—. Bianca Scardoni, la hija mediana del capo italiano Bruno Scardoni, y hasta hace poco, la primera bailarina del Teatro de la Ópera de Chicago.

Siento que mi cuerpo se paraliza. No es posible.





—Quieren realmente esta alianza. —Sonríe Roman—. La mujer más bella de la mafia italiana está en juego.

Maxim pasa la foto a Kostya, cruza los brazos sobre su pecho y mira a Roman.

—¿Cuál es la trampa?

—¿Por qué crees que habría una trampa?

—Los italianos nunca entregarían a la hija de un capo, especialmente a una con esa apariencia, a la Bratva. No importa cuánto quieran una alianza. Debe haber algo malo con ella.

—Bueno, hay una pequeña pega, pero prefiero llamarla bonificación. —

Roman sonríe.

Cojo la foto que me pasa Kostya y la miro. Está aún más hermosa con su cabello suelto enmarcando su rostro perfecto, mientras sus ojos marrones claros sonríen a la cámara. Rechinando los dientes, le paso la foto a Iván.

Solo pensar en que uno de mis compañeros se la lleve hace que me invada una oleada de rabia, y me agarro a los brazos de la silla con todas mis fuerzas para no acabar golpeando algo.

Iván mira la imagen, con las cejas alzadas, luego da un codazo a Dimitri y le pasa la foto.

—No parece extremadamente italiana. —Dimitri asiente ante la foto que tiene en sus manos—. Creía que todas las italianas tenían el cabello oscuro.

¿Fue adoptada?

—No. La abuela materna era noruega. —Agrega Román.

Sergei es el siguiente, pero se limita a pasar la foto a Pavel sin ni siquiera mirarla.

—Joder, está buenísima. —Pavel silba y sacude la cabeza—. ¿Tienes otra foto? Preferiblemente con menos ropa.

Centrándome en la pared de enfrente, aprieto aún más la silla, intentando controlar el impulso de levantarme y darle un puñetazo en la cara a Pavel o hacer algo peor, como reclamarla para mí. Pavel sigue mirando la foto y, por un momento, me lo imagino poniendo sus manos sobre ella y mi control se desintegra en una fracción de segundo.

—La llevo —digo.





Un silencio absoluto llena la sala mientras todos los ojos se centran en mí, con la sorpresa y la incredulidad visibles en todos sus rostros. Me vuelvo hacia Roman, quien me mira con las cejas alzadas.

—Un acontecimiento interesante —dice—. Pensaba dársela a Kostya si nadie se ofrecía. Es el que más se aproxima a su edad.

—Bueno, él no la va a conseguir.

—Todavía no has escuchado la trampa, Mikhail. Puede que cambies de opinión.

—No voy a cambiar de opinión.

—Bien. —Roman se encoge de hombros y da un sorbo a su bebida —. Está decidido entonces.

La cena transcurre en silencio, lo que no es habitual. En lugar de hablar de negocios y reírse de vez en cuando, esta noche todo el mundo parece preocupado por su comida, aunque noto que los chicos lanzan miradas en mi dirección cada cierto tiempo. Probablemente se preguntan qué me ha pasado para reclamar a la italiana para mí, pero no me importa lo que piensen. Es mía, pase lo que pase.

Una vez terminada la comida, Roman me hace un gesto con la cabeza y lo sigo por el largo pasillo hasta su despacho. Se sienta en el sillón reclinable del rincón mientras yo permanezco de pie y me apoyo en la pared que tengo detrás.

—Ella tiene veintiún años. Eres demasiado viejo para ella, Mikhail.

—Diez años no es mucho. Eres once años mayor que tu esposa.

—Tengo una personalidad extremadamente juvenil —dice y sonríe.

—Seguro.

—Elocuente como siempre. —Sacude la cabeza—. Apenas es adulta. ¿Qué harás cuando empiece a molestarte para que salgas todas las noches? ¿Y si quiere irse de fiesta y tienes que decirle que tienes que trabajar? Tendrás que llevarla a ver películas para adolescentes todas las semanas. Incluso a Nina le encanta esa basura. Puedo pedirle que te envíe algunas recomendaciones, ya sabes.

—Gracias. Paso.

Roman suspira y se echa hacia atrás.





—Las chicas de su edad quieren un hombre que hable más de cinco frases al día, Mikhail. Esperan besos, abrazos. ¿Has pensado en eso?

—Lo solucionaremos.

El silencio. Me observa con la cabeza inclinada hacia un lado, y sé exactamente lo que está meditando.

—Ella no es uno de tus polvos habituales. ¿Cómo esperas que una

chica de veintiún años se ocupe de tus. . problemas?

—No tendrá que hacerlo. Yo mismo me ocuparé de mis problemas.

—¿Oh? ¿Cuándo fue la última vez que tocaste voluntariamente a alguien que no fuera Lena?

Lo miro fijamente sin responder. No porque no quiera, sino porque no me acuerdo. —Me ocuparé de ello, Roman.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Está bien entonces. —Suspira y continúa—. Sabes que probablemente nos espiará e informará a los italianos. Tú estás a cargo de la mayoría de nuestras operaciones de drogas, así que necesito que tengas mucho cuidado con lo que dices delante de ella. Además, asegúrate de eliminar toda la información sensible de tu oficina en caso que ella decida husmear cuando no estés allí.

—Lo haré.

—Hay una cosa más que debes saber sobre ella, y si decides cambiar de opinión, asignaré a Kostya con ella.

—No voy a cambiar de opinión.

—Ella no habla, Mikhail.

Me pongo rígido y miro a Roman, sin estar seguro de haberlo escuchado bien.

—No puede ser sorda —digo yo—. Es una bailarina.

—No es sorda. Hubo un accidente de coche cuando era adolescente. No tengo ningún detalle. Es todo lo que compartió Scardoni.

—¿Cómo se comunica?

—No tengo la menor idea. Escribe en un cuaderno o en lenguaje de signos, supongo. ¿Aún estás dentro?





—Sí.

Roman levanta una ceja, pero no comenta mi decisión.

—¿Quieres que organice una reunión antes de hacer la boda?

Siento que me quedo inmóvil.

—No.

—¿Por qué? —pregunta, como si no supiera ya la respuesta a esa pregunta.

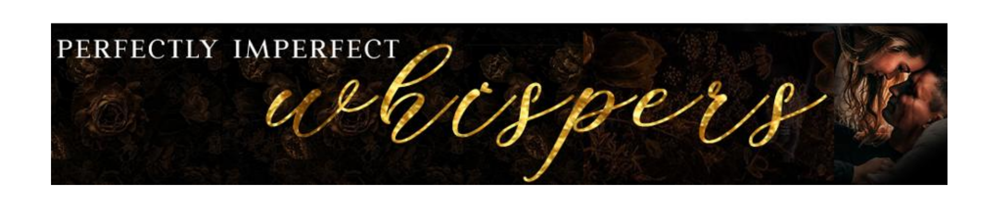
—Ella no puede decir que no. Ya está todo arreglado.

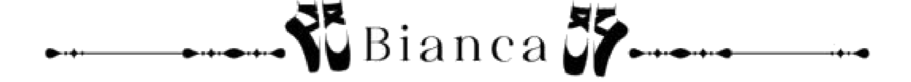
—No hay reunión.

Roman me observa y luego sacude la cabeza.

—Vamos a organizar la boda entonces.







Capítulo 2

La luz del sol de la mañana entra en la habitación a través de las cortinas de gasa de las ventanas, bañándola de calidez. Sería un día perfecto para una boda, si no fuera la mía. Puede que haga calor en el exterior, pero en mi interior se desata una maldita

tormenta de hielo.

Me inclino hacia delante, coloco la punta del delineador en el rabillo del ojo y trazo una línea larga y fina en el párpado. Tal vez debería haber salido corriendo. Al final me habrían encontrado, pero habría merecido la pena.

—¡Eres tan hermosa! —exclama Milene desde la puerta y entra corriendo en mi habitación—. ¡Voy a llorar!

Sonrío por el bien de mi hermana y continúo maquillándome. Para ser una persona que odia las bodas, ha estado inusualmente emocionada con todo el asunto, así que no pude atreverme a decirle la verdad.

—Ojalá Angelo estuviera aquí para verte, se enfadó mucho cuando papá le hizo ir a México.

Sí, yo también desearía que mi hermano estuviera aquí hoy. Es el único miembro de la familia, a excepción de Milene, que realmente se preocupa por mí, y estoy bastante segura que papá lo envió a propósito.

—Hice que Agosto me llevara a ver la sala de recepción a las seis de la mañana. Es increíble. Todavía no puedo creer que hayas aceptado un matrimonio arreglado. Siempre pensé que nos quedaríamos solteronas juntas, viviendo solas con un montón de gatos.

Empieza a tantear mi vestido, suavizando el material.

—Hoy estoy viviendo indirectamente a través de ti. Es lo más cerca que pienso estar de una boda. Nunca. —Riendo, se inclina para comprobar el dobladillo del vestido mientras la contemplo a través del espejo.





Milene no tiene la menor idea de lo cerca que ha estado hoy de estar en mi lugar. Piensa ir a la universidad después del instituto. Convertirse en enfermera es lo único de lo que habla desde que cumplió ocho años, y es lo único que siempre quiso. Espero que su deseo se haga realidad. Conociendo lo testaruda que es Milene, probablemente lo consiga, a no ser que nuestro padre decida casarla también antes que se escape de sus garras.

—Entonces, háblame de él. ¡Quiero saber todo sobre tu futuro marido! ¿Por qué no lo has traído para que nos conozca?

Dejo el lápiz de ojos en el tocador y me giro en la silla para mirar a Milene, mi dulce hermanita que pasó horas de su tiempo libre en YouTube, aprendiendo el lenguaje de signos, por mí. Mi madre y mi hermano también aprendieron lo básico, pero solo practicaron lo suficiente para entender frases sencillas. Mi hermana mayor, Allegra, y mi padre nunca se molestaron.

—Se llama Mikhail Orlov, —digo por señas. Milene ha mejorado tanto en el lenguaje de signos en los últimos años, que podemos mantener una conversación normal, pero todavía necesita que vaya despacio.

—¿Y? ¿Qué aspecto tiene? ¿Está bueno? ¿Qué edad tiene? Vamos, cuéntame.

—Eso es todo lo que sé.

—Oh, no seas tan reservada. —Milene se ríe y me pellizca el brazo—.

¡Dime!

—No nos conocemos. Y no sé nada más que su nombre. —La verdad es que no me importa, así que nunca pregunté. ¿De qué me serviría? Me voy a casar con el hombre, lo quiera o no.

—¿Qué? ¿Estás loca? Pensé que al menos lo conociste y decidiste seguir con lo del matrimonio porque te gustaba el tipo.

—Ve a cambiarte. Llegaremos tarde.

—¿Bianca? —Pone su mano en mi hombro—. ¿Estás de acuerdo con el matrimonio? ¿O Padre te obliga a hacerlo?

—Por supuesto, lo hice.

—¿Accediste a casarte con alguien que nunca conociste? No me mientas, cariño.

—No estoy mintiendo. Por favor, ve a cambiarte.





Me mira entrecerrando sus ojos, y finalmente se va. Termino de maquillarme, me pongo los tacones y me dirijo a mi infelicidad, rezando para que Milene no corra la misma suerte.

Mikhail

La boda se celebra en el salón de recepciones del lujoso hotel Four Seasons, en el centro de Chicago, y en el momento en que llegamos, todas las cabezas se vuelven hacia nosotros. Decenas de miradas siguen nuestro camino mientras Roman y el resto del

grupo van a sentarse en las dos primeras filas del lado derecho. Solo somos ocho en total, mientras que el lado izquierdo, donde se sientan los italianos, está repleto. Las veinte filas están ocupadas con rostros sombríos. Supongo que a nadie le hace gracia que uno de los suyos se case con la Bratva, pero eso no los disuade de venir a cotillear y comer gratis.

Los italianos se toman muy en serio sus celebraciones y apariencias. Hay enormes arreglos florales blancos por todas partes y cintas de seda atadas en arcos alrededor de cada silla. Incluso depositan un montón de pétalos blancos por todo el maldito suelo. Para los italianos, siempre se trata de causar una gran impresión.

Mientras los demás se sientan, Kostya y yo nos situamos cerca de la primera fila. Los italianos empiezan a hablar entre ellos, se dan codazos y nos observan. La mayoría aparta los ojos, nada más ver mi cara y se centran en Kostya, evaluándolo. Con su larga melena rubia y su sonrisa traviesa, Kostya es un chico guapo. Las mujeres siempre se han lanzado a por él, así que no es de extrañar que esta gente haya llegado a la conclusión que es él quien se va a casar hoy.

Doy un paso adelante y me sitúo al frente, donde el oficiante de la boda espera al otro lado de la mesa alta. Kostya, mi padrino, me sigue, pero se detiene dos pasos a mi derecha. En el momento en que se hace evidente que soy el novio, se produce un jadeo colectivo y toda la sala se queda en silencio.

Enfrentándome a la multitud de italianos, que me observan con una evidente sorpresa en sus ojos, recorro por encima de ellos con mi mirada hasta llegar a Bruno Scardoni. ¿No se supone que acompañe a su hija al altar? Está sentado en medio de la primera fila, con una sonrisa de





satisfacción en los labios. Interesante. Las tres mujeres a su derecha, su esposa y sus dos hijas, están sentadas sin moverse, con una expresión de horror en sus rostros. Eso, cuando menos, es lo que se esperaba. Me pregunto dónde estará el hermano. Por la información que he recopilado, Bianca y su hermano están muy unidos, así que es extraño que se pierda la boda de su hermana.

Justo cuando empiezo a preguntarme si debería haber tenido esa reunión con Bianca antes de la boda, los sonidos de la marcha

nupcial llenan la habitación. Espero que no salga corriendo gritando al verme, porque la perseguiré.

Bianca

Miro la puerta blanca, delante de mí y me pregunto qué clase de vida me espera al otro lado. Catalina, mi prima y dama de honor hoy, juguetea con el velo, acomodando los pliegues para que caigan sobre mi rostro.

Vendida. Me venden como ganado para que los objetivos de otro den sus frutos. No había nada que pudiera haber hecho para evitar esto, salvo arruinar la vida de mi hermana a cambio de la mía. No puedo volver atrás, así que seguiré adelante con la cabeza alta para que el bastardo de mi padre vea que no me ha roto.

Se enfadó mucho cuando le dije que iría sola al altar.

—¿Qué dirá la gente? —había gritado.

Lo que diga la gente me da igual. No tengo intención que el hombre que decidió utilizarme como daño colateral haga de padre responsable. Y desde luego no voy a entrar con la cara cubierta como si fuera una recatada víctima asustada.

Un hombre con uniforme de hotel abre la puerta cuando suenan las primeras notas de la canción. Agarro el dobladillo del velo, me lo quito de la cabeza y dejo caer la tela de encaje al suelo. Catalina jadea detrás de mí, pero la ignoro, respiro hondo y entro en la sala de recepción.





Mikhail

La mujer por la que he estado obsesionado durante meses entra en la sala y siento escapar mi respiración. Sabía que era hermosa, pero al verla tan cerca y en persona.. Estaba muy equivocado. No es solo hermosa, esa palabra es demasiado simple. Con el largo vestido blanco fluyendo sobre su cuerpo y terminando en una corta cola, está de infarto. Suaves rizos rubios caen libremente a ambos lados de su rostro y hasta la cintura. No creo haber visto nunca a una mujer con el cabello tan largo. Me recuerda a una

princesa elfa. Me pregunto qué clase de monstruo sería en esa historia.

Con la cabeza en alto, camina por el pasillo con pasos seguros y rápidos, hacia mí. Me mira y me sostiene la mirada, sin inmutarse al ver mi rostro arruinado y el parche en el ojo, sin vacilar en su paso mientras se acerca.

Esperaba una chica tímida, asustada por la situación en la que se ha visto envuelta, pero no hay rastro de miedo en esos ojos, solo determinación.

Se presenta ante mí, tan hermosa y desafiante, y siento una repentina e inexplicable necesidad de tocarla. De asegurarme que es real. Es una sensación extraña. No disfruto del contacto con la piel de nadie excepto de Lena. No me gusta y nunca lo inicio.

El oficiante de la boda comienza a hablar y, al girarnos hacia él, no puedo resistirme a rozar con mi dedo el dorso de su mano. Es un pequeño toque. Estoy seguro que ni siquiera lo notará. El hombre que está delante de nosotros sigue parloteando y agacho mi mirada para contemplar de nuevo a mi novia. Es bajita y su pequeña mano parece tan delicada junto a la mía.

Quebradiza. Pero entonces eleva la vista y no hay nada frágil en esos ojos, mirándome sin parpadear.

Bianca

No es lo que esperaba.

Cuando el oficiante de la boda empieza a recitar su parte, no escucho ni una palabra de lo que dice. Todo mi ser está concentrado en el hombre que está a mi lado. Cuando entro en la sala y mis ojos se posan en su enorme figura al final del pasillo, casi me tropiezo, y solo los años de práctica en el





escenario me hacen seguir avanzando. Tiene la complexión de un luchador profesional, sus anchos hombros tensan el material de su chaqueta. Lleva una camisa y pantalones de vestir negros, y con su cabello negro como la tinta y ese parche en el ojo, parece un oscuro ángel vengador.

No me fijé en las cicatrices porque estaba demasiado concentrada en su imponente figura. La mayor de las cicatrices comienza sobre la ceja derecha y desciende por su rostro, desapareciendo bajo el parche y continuando hasta la mandíbula. Hay otra al

lado, que empieza en algún lugar bajo el parche del ojo y desciende hasta un punto ligeramente por encima de la comisura de sus labios. La del lado izquierdo de la barbilla, recorre la longitud del cuello y desaparece bajo el cuello de la camisa de vestir. No tengo la menor idea de lo que pudo sucederle para infligirle tales heridas, pero debió de ser algo horrible. La mayoría de los hombres que conozco se habrían dejado crecer la barba para ocultar al menos algunas de las líneas que marcan su cara. Parece que mi futuro marido no oculta sus cicatrices, porque va bien afeitado, como si le importara una mierda lo que puedan pensar los demás.

El oficiante de la boda termina su discurso, y el hombre que está al lado de mi novio se acerca y coloca sobre la mesa una pequeña caja de terciopelo con alianzas. Mikhail coge la más pequeña y me mira, esperando. Levanto la mano y veo cómo desliza el anillo en mi dedo sin tocar mi piel. Parece que lo ha evitado deliberadamente. Saco la alianza grande de la caja y la levanto, pero en lugar de ofrecerme la mano, él mismo toma el anillo de entre mis dedos y se lo desliza en el dedo.

El oficiante nos declara marido y mujer y señala el gran libro abierto que hay sobre la mesa. No hay ninguna parte de "puedes besar a la novia", y me pregunto si fue intencionado o si se le olvidó, porque el hombre parece extrañamente angustiado, jugueteando con sus manos, mirando a cualquier parte menos a mi marido.

Mikhail coge el bolígrafo, escribe su nombre y me lo ofrece. Levanto la vista y lo encuentro mirándome como si esperara que me diera la vuelta y saliera corriendo. Sin romper nuestra mirada, arqueo una ceja, tomo el bolígrafo de su mano y firmo con mi nombre. Bianca Orlov. Está hecho.





Mikhail

Observo a la multitud "atacando" las mesas del bufé, apilando sus platos con comida y charlando a gritos. Bianca está a mi lado, observando en silencio la sala, y tengo la sensación que no le gustan las multitudes.

Tenemos eso en común.

Roman se acerca a mí, diciendo que se irá con Dimitri.

Probablemente esté ansioso por volver con su mujer, que se ha quedado en casa. Me sorprende que haya venido a la boda, teniendo en cuenta lo reacio que es a perderla de vista. Se gira hacia Bianca, se presenta y le ofrece su mano. Cuando sus palmas se unen, me consume una extraña necesidad de apartar la mano de Roman para que no toque a mi mujer.

—¿Quieres irte? —pregunto cuando Roman se pierde de vista.

Bianca mira por encima de la multitud, levanta la cabeza para mirarme y asiente. Me dirijo hacia la salida, haciendo un gesto con la cabeza a Kostya y al resto de nuestros hombres. Ya casi estamos en la puerta cuando siento que la mano de Bianca me toca el antebrazo, apretándolo ligeramente, y me tenso durante una fracción de segundo antes de querer que mis músculos se relajen. Ella mira hacia la mesa donde está sentada su familia como si quisiera despedirse, así que me giro y empiezo a caminar en su dirección.

La hermana menor se levanta de la silla y se precipita hacia Bianca, abrazándola por la cintura y susurrándole algo al oído. Bianca da un paso atrás y empieza a hacer señas con las manos. Me aseguro que nada en mi rostro muestre mi reconocimiento, y observo discretamente cómo sus dedos forman las palabras.

—Nos vamos. Todo está bien. Te enviaré un mensaje por la mañana y hablaremos.

—Papá se enfadará si te vas tan pronto —susurra su hermana.

—Puedes decirle a tu querido padre que se vaya al infierno. —Bianca firma esto lentamente, como si quisiera asegurarse que su hermana capta cada palabra, luego la agarra de la mano y gira a la niña hacia mí.

La pobre traga saliva, pero se recompone rápidamente y sonríe. No ofrece su mano, y me alegro de ello. Cuando es necesario, no tengo problemas con





las interacciones sociales estándar, como apretones de manos, pero prefiero evitarlas.

—Soy Milene. Encantada de conocerlo, Sr. Orlov.

No se me escapa que Milene es la única de su familia a la que Bianca presenta personalmente. Con los demás, solo intercambio asentimientos bruscos, lo que no es tan extraño teniendo en cuenta que intentábamos matarnos mutuamente no hace no un mes.

Milene se gira para decirle algo a Bianca cuando un disparo estalla en la habitación.

Bianca

Apenas un segundo después que el sonido del primer disparo atraviese el aire, un fuerte brazo me agarra por la cintura. Lo siguiente que sé es que estoy tirada en el suelo junto a Milene, con Mikhail agachado sobre nosotras, protegiéndonos con su cuerpo de la línea de fuego.

—La puerta de servicio. Manteneos agachadas. ¡Ahora! —ladra por encima del estruendo del griterío de la gente y más disparos.

Consigo desenredar las piernas de la cola del vestido, recojo la tela con una mano y me arrastro tan más rápido como puedo detrás de Milene hacia la puerta a unos metros. Tan pronto como llego al estrecho pasillo, me apoyo en la pared y agarro a Milene en un fuerte abrazo. Está temblando como una hoja, su respiración es agitada, y no estoy muy lejos de ella. Lanzo una mirada hacia la puerta, esperando encontrar allí a Mikhail, pero no está en el pasillo con nosotras.

Se oyen otros dos golpes rápidos antes que los disparos cesen por completo, y lo único que oigo son gritos de hombres y mujeres. Espero un par de segundos, vuelvo a acercarme a la puerta y vislumbro la sala. Es un caos.

La gente se dirige en estampida hacia las puertas dobles del otro lado de la sala, sin prestar atención a los demás a su alrededor. Un hombre mayor, que reconozco como uno de los primos de mi padre, está tendido en un charco de sangre, inmóvil. No muy lejos de él, una mujer está sentada en el suelo con dos hombres arrodillados a ambos lados, uno de ellos sujetando su brazo sangrante. Hay más personas alrededor de la sala, aparentemente heridas, ya sea por disparos o por la estampida, pero nadie más parece





muerto o gravemente herido. Varios hombres se pasean por la sala con sus armas desenfundadas, revisando a los heridos. Reconozco a algunos de ellos como los que vinieron con Mikhail, pero el resto son hombres de mi padre.

A un lado, cerca de una pared, Mikhail está de pie con un grupo reunido sobre el cuerpo de un camarero que yace tendido en el suelo. Observo cómo Mikhail guarda su arma en la funda oculta bajo su chaqueta y se agacha junto al cadáver. Desabrocha la manga derecha del muerto y la levanta, inspeccionando el

antebrazo. Mi padre se pone al lado de Mikhail. Hablan de algo durante unos segundos, luego Mikhail se gira y se dirige hacia mí.

—Ve con tu padre, Milene —dice a mi hermana, y luego se vuelve hacia mí—. Por aquí.

Me conduce por un largo pasillo, atravesando la lavandería del hotel, donde el personal uniformado se asoma por detrás de grandes lavadoras de servicio. Salimos por una puerta metálica y giramos a la derecha hacia el aparcamiento. Me siento como si me moviera en un vacío, sin oír nada y apenas consciente de nuestro entorno. Es la primera vez que presencio un tiroteo fuera del campo de tiro, y puede que esté en estado de shock.

Mikhail se acerca a un coche y me abre la puerta del pasajero. Si alguien me pregunta por el modelo, o incluso el color, del coche en el que me subo, no sabría decirlo. Llama a alguien durante el trayecto, pero toda la conversación es en ruso, así que no tengo idea de lo que dice ni con quién habla.

Poco después de cortar la llamada, aparca en el garaje subterráneo de un alto edificio moderno. Como no he prestado atención hacia dónde íbamos, lo único que sé es que estamos en algún lugar del centro.

Mikhail me abre la puerta del vehículo, lo sigo hasta el ascensor plateado y veo cómo pasa una tarjeta de acceso por la pequeña pantalla, y luego pulsa el botón de la última planta. Poco después, las puertas del ascensor se abren a un pequeño vestíbulo con una sola puerta delante.

Respiro profundamente. Me ha traído a su casa. No sé por qué este hecho me golpea tanto. Por supuesto que me llevaría a su casa. No es que esperara que me dejara en casa de mi padre, pero, aun así, es como si acabara de comprender lo diferente que será mi vida a partir de ahora. Vuelvo a respirar y entro en la casa de Mikhail.

—Salón, comedor, cocina, baño de invitados. —Mikhail señala el enorme espacio abierto con ventanales del suelo a techo en el lado opuesto—. La habitación que uso como gimnasio. La habitación de Lena. Mi despacho.





¿Quién es Lena? Tal vez tenga un ama de llaves.

Mikhail se gira y señala el otro lado del espacio abierto.

—Mi dormitorio. Puedes quedarte con la habitación de invitados de al lado.

Lo miro fijamente, procesando lo que acaba de decir. ¿No me obligará a acostarme con él?

Me mira, su único ojo azul mirándome con interés, y estira la mano para quitarme un mechón de cabello que me ha caído sobre la cara, enganchándolo detrás de mi oreja.

—No fuerzo mujeres, Bianca. ¿Está claro?

Asiento con la cabeza.

—Bien. Tengo que irme ahora, y probablemente no volveré antes de la mañana. Hay comida en la nevera. Come. Dúchate y vete a dormir, necesitas descansar. Dame tu teléfono.

De alguna manera, el pequeño bolso de mano colgando de mi pecho con una fina cadena de oro, ha sobrevivido a los acontecimientos de esta noche.

Introduzco la mano en él, saco mi teléfono y se lo doy con reticencia. No esperaba que me lo confiscara.

En lugar de quitarme el teléfono, comienza a teclear.

—Estoy introduciendo mi número, así como el número del centro de seguridad de la planta baja. Si necesitas algo, puedes enviarme un mensaje.

Quizá no pueda devolverte el mensaje de inmediato, pero lo haré en cuanto pueda. —Me ofrece de nuevo mi teléfono, levanto lentamente la mano y lo cojo.

—Siéntete libre de ir por ahí y explorar, pero mi oficina está fuera de los límites. Todo lo demás está bien. ¿Queda claro?

Vuelvo a asentir con la cabeza y me quedo mirándolo, esperando que me diga algo como "Nos vemos por la mañana" o "Buenas noches", pero en lugar de eso, simplemente se acerca y me recorre el dorso de la mano con su dedo, un toque muy ligero. Dura apenas un segundo, y luego se va sin decir nada.

Qué hombre tan extraño.





Mikhail

—Tenía un tatuaje de una banda albanesa en el interior del antebrazo —

digo a Roman—. ¿Crees que es Dushku?

—Posible. Tal vez descubrió que fui yo quien mató a su amigo Tanush. O

tal vez estaba enojado porque le ganamos para hacer un trato con los italianos.

—Podría ser ambas cosas. —Afirmo—. O alguien quiere que pensemos que fue Dushku. Solo enviaron a un hombre, y la mitad de la gente en esa habitación estaba armada. Fue una misión suicida. Y qué conveniente que tuviera un tatuaje que lo relacionara con los albaneses. Algo no cuadra.

Roman se inclina hacia delante, tamborileando con los dedos sobre el escritorio.

—Podrían ser los italianos los que están jugando con nosotros, preparando el terreno para algo más grande. Estaban a cargo de la seguridad de la boda, y un hombre armado logró pasar. —Me señala con el dedo—. Tienes que vigilar a tu mujer. Vigilarla muy de cerca.

—Lo haré. —Asiento y salgo del despacho del Pakhan.

De vuelta a casa, pienso en lo que dijo Roman. ¿Podría Bianca estar actuando como espía para su padre? Sería una gran oportunidad, una que estaba seguro que un capo tan despiadado como Bruno Scardoni no desaprovecharía. Sin embargo, tengo la sensación que no es el caso. El desprecio que vi en los ojos de Bianca cada vez que miraba a su padre no podía ser fingido. Sí, mi mujer tiene unos ojos muy expresivos.

Me pregunto si debería decirle que domino el lenguaje de signos.

Facilitaría mucho la comunicación, pero me llevaría a cosas que aún no estoy preparado para discutir con ella. De momento, tendremos que arreglárnoslas sin el lenguaje de signos.





Bianca

Cuando estoy estresada, limpio o cocino. Aquí no hay nada que limpiar.

Todo está impecable. Así que me dirijo a la cocina y empiezo a buscar ingredientes para hacer mi pasta rápida con queso.

Anteriormente, me he duchado en el baño de la suite de invitados y pasé un rato paseando por la casa de Mikhail. El

apartamento es enorme, ocupa toda la planta superior y su decoración es de estilo moderno, principalmente con cristal y madera oscura combinados con detalles blancos. Primero revisé la cocina, el sueño de un chef y totalmente equipada. Me topé con algunos artículos interesantes, como cacao en la despensa, pequeños paquetes de yogur de fresa en la nevera y un cajón lleno de dulces. Mi marido no me pareció una persona a la que le gustaran los dulces y el yogur de fresa, pero bueno, la gente tiene gustos extraños.

Luego estaba el dormitorio de Mikhail. Me sentí mal al hurgar allí, así que fui a su armario y cogí la primera camiseta que vi. No estaba durmiendo en toalla ni desnuda. No llevar bragas ya era bastante malo.

Después del dormitorio de Mikhail, me salté la habitación del ama de llaves y me detuve en la puerta del gimnasio, confundida. Esperaba un montón de máquinas de musculación de alta gama, una cinta de correr y cosas similares. En cambio, solo había un estante con pesas de la vieja escuela de diferentes tamaños en una esquina, una barra de dominadas al lado y un saco de boxeo. Todo estaba alineado a lo largo de la pared frente a ventanales del suelo al techo, y no ocupaba ni una quinta parte de la habitación. Qué desperdicio de espacio. Podría haber cabido otra habitación allí. Del gimnasio volví directamente a la cocina, ignorando la puerta de su despacho.

Cuando termino de cocinar la pasta, me hago un plato y dejo la olla con el resto en la encimera. Miro a mi alrededor, buscando algo para escribir y algún papel, y finalmente encuentro un bolígrafo en uno de los cajones. Pero no hay papel. Cojo la caja de pasta vacía, rompo un lado, me siento en la mesa del comedor y empiezo a escribir en el cartón.

Cuando termino, dejo la nota en el suelo junto a la puerta de entrada, donde Mikhail no puede pasar por alto, y vuelvo a la habitación de invitados.





Mikhail

Recojo el trozo de cartón que hay en el suelo y empiezo a leer.

Hice pasta. La dejé en el mostrador.

Tomé prestada una de tus camisetas. Espero que no te importe.

Con todo lo que ha pasado, se me olvidó que tenía que pasar por la casa de mi padre y recoger una bolsa con mis cosas. ¿Puedes

pasar mañana a recogerla?

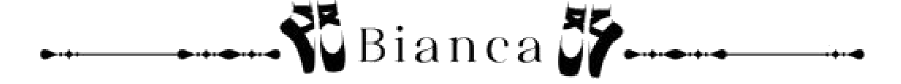
Puede que tengamos que pasar por una tienda donde pueda comprar una muda de ropa. No puedo ir a casa de mi padre llevando solo tu camiseta.

No pude encontrar café en la cocina. Me llamo Bianca y soy una adicta a la cafeína. Si lo tienes en algún sitio, por favor mándame un mensaje con la ubicación antes de irte a dormir. No soy la persona más agradable por la mañana antes de recibir mi dosis.

Mis labios se curvan ligeramente ante esta última frase y me dirijo a la puerta de la habitación de invitados, ligeramente entreabierta. Bianca duerme profundamente bajo un grueso edredón, con el cabello enredado en la cabeza. Me apoyo en el umbral de la puerta y observo su figura dormida hasta que la luz del amanecer comienza a filtrarse en la estancia.







Capítulo 3

Son casi las nueve cuando me despierto, y me parece bastante sorprendente haber dormido como un tronco durante ocho horas en casa de un desconocido. Cuando me acosté la noche anterior, me desmayé tan pronto mi cabeza tocó la almohada. Podría ser

algún efecto extraño tras haber sufrido un tiroteo.

Después de pasar por el baño para ocuparme de mi vejiga gritona y lavarme los dientes, me dirijo a la cocina. En la encimera, junto a la máquina de café, encuentro mi nota, una de cuyas esquinas está debajo de una bolsa de granos de café sin abrir. Al lado de cada una de mis notas, hay comentarios con una caligrafía muy clara.

Gracias.

No me importa.

Sí.

He llamado a mi ama de llaves y le he dicho que te compre algo para vestir mañana hasta que tengamos tus cosas. Lo dejará en el mostrador.

El armario de la derecha, el estante superior. Pero puedes ponerlo donde quieras.

Junto a la nota, hay una bolsa de papel. Miro dentro y saco un pantalón de yoga gris y dos camisetas. En el fondo, hay un paquete de ropa interior y calcetines. No hay zapatos, así que parece que combinaré mis tacones de tiras con unos pantalones de yoga y una camiseta cuando vayamos a por mis cosas. Con clase.

Tras un pequeño desvío a la habitación de invitados para ponerme ropa interior, me preparo una taza de café, cojo un plátano del bol y me subo a una silla alta en la barra de desayuno que separa la cocina del comedor.

Probablemente debería enviar un mensaje a Milene.





09:22 Bianca: Solo me comunico para que sepas que todo está bien.

¿Sobrevivió el tío Fredo? ¿Alguien más resultó gravemente herido ayer?

¿Estás bien?

09:23 Milene: Se ha ido. Esta mañana escuché a papá decir que Fredo solo gastaba el dinero de la Familia y cito: "Al menos algo

bueno salió de esa boda". La amante de Agapito recibió una bala en el brazo, pero creo que eso es todo. No puedo esperar a dejar esta vida idiota.

09:26 Bianca: Padre no te financiará la universidad, Milene.

09:28 Milene: Nonna Giulia ha dicho que lo pagará. Tres meses más y adiós a la mierda de la Cosa Nostra. Papá va a perderlo, ¡ja, ja! ¿Está todo bien allí? Quiero el informe completo. ¿Cómo ha ido? ¿Cómo está él?

¿Tuviste que dormir con él?

09:25 Bianca: Está bien, supongo. Un poco extraño. No habla mucho.

Me dejó ayer y se fue a algún sitio. Al trabajo creo. No lo he visto desde entonces.

09:26 Milene: ¿Qué diablos? ¿En su noche de bodas? Supongo que has tenido suerte. Tengo que irme, viene el profesor.

Hay otros dos mensajes nuevos, uno de mi madre y otro de Angelo. Leo primero el mensaje de Angelo.

02:11 Angelo: Felicidades, hermana. ¿Quién es el afortunado novio?

La conexión aquí es horrible, no escuché la mitad de las cosas que dijo papá cuando llamó.

Miro el mensaje y suspiro. Angelo nunca encontró nada malo en la tradición de los matrimonios concertados. Se esperaba y, por tanto, debía hacerse. Por lo que he oído, Padre ya ha arreglado su matrimonio con la nieta de Don Agosti. Pero Isabella y Angelo ya se conocen. No es la misma situación, y mentiría si dijera que esperaba que fuera tan indiferente.

09:29 Bianca: Mikhail Orlov. ¿Cuándo vas a volver? ¿Y qué haces en México?

El siguiente mensaje es de mamá. Lo abro y un montón de texto llena la pantalla. Gruño, disminuyo el tamaño de la letra y empiezo a leer su redacción.

07:44 Mamá: Ayer estabas muy guapa. Todo el mundo hablaba de

ello.

Y ese vestido valía cada céntimo. La madre de Catalina me preguntó dónde lo habíamos comprado para poder pedir uno para Catalina. Esa mujer siempre





nos está copiando. No la soporto. Lástima que todo terminó tan abruptamente. No puedo creer que Fredo recibiera un disparo y muriera, pero supongo que es mejor él que otra persona. Tenía más de ochenta años.

¿Notaste que Luca Rossi vino solo? A Simona nunca le gusté, pero ¿perderse tu boda? Nunca entendí cómo esos dos terminaron juntos. Es una pena que un hombre como Luca termine con una perra como ella. Alguien debería decirle que es hora que se corte ese cabello, no es apropiado. Es un capo, por el amor de Dios.

Cierro los ojos y suspiro. Las prioridades de mi madre siempre han sido bastante raras. No es culpa suya. Si no fuera la mujer de un capo, estoy segura que habría sido una asesina en serie, o algo parecido. No es que la hayan diagnosticado, pero estoy casi segura que mi madre es una sociópata al límite. Me pregunto en qué momento de su mensaje me preguntará cómo llevo lo de estar casada con un desconocido. Sigo leyendo su texto novelesco.

Como ya has terminado con el ballet, ahora tendrás más tiempo libre, deberíamos ir de compras juntas un día, estoy segura que la distracción te sentaría bien. No tengo idea de lo que pensaba tu padre cuando aceptó casarte con ese hombre. Para ser sincera, me alegro de no haber traído mis gafas ayer, así que no pude ver tan bien. Ayer por la mañana volví a probar las lentillas, pero me empezaron a picar los ojos. Tal vez debería probar otra marca.

Allegra dice que es monstruoso. ¿Es eso cierto? Deberías haberte casado con Marcus...

Tomo un sorbo de mi café. Allegra ...siempre metiendo la nariz donde no debe. No, no es cierto. El hombre tiene un ojo, ¿y qué? No es que le falte la mitad del cerebro. Como a Marcus. Respecto al personaje. . . no puedo decirlo.

No interactuamos mucho, así que no puedo concluir qué clase de hombre es.

Pero cuando sonó el primer disparo, nos cubrió a mí y a mi hermana con su cuerpo. Y eso dice mucho. Con desgana, termino de leer.

¿Cómo te trata? Si te levanta la voz, avísame y haré que tu padre hable con él. Nadie trata a la hija del capo con nada menos que respeto. Por favor, usa protección, eres demasiado joven para niños. Te quiero.

Sí, como si Padre me respetara.

09:42 Bianca: Todo está bien. Te informaré sobre las compras.

Dejo el teléfono y cojo la taza de café cuando se abre la puerta del gimnasio y sale Mikhail. Me cuesta mucho trabajo evitar que se me caiga la mandíbula al suelo. Ayer llevaba un traje, pero incluso con la chaqueta puesta, me di cuenta que tiene una buena masa muscular debajo. Ahora





lleva un chándal y una camiseta de manga larga que se extiende sobre sus hombros increíblemente anchos y sus brazos musculosos. El hombre es una maldita potencia.

—Me voy a duchar y luego podemos ir a buscar tus cosas —dice y se dirige a su dormitorio.

Lo sigo con la mirada, sintiéndome un poco como un bicho raro. Había muchos chicos en la compañía de danza, y todos ellos estaban muy en forma, pero ninguno tenía ese aspecto. Nunca había conocido a nadie con ese aspecto. Probablemente podría hacer pesas durante horas sin sudar siquiera.

Cuando salgo de mi habitación treinta minutos más tarde, con mi atuendo matador de camiseta, pantalón de yoga y tacones de tiras con lentejuelas, Mikhail me está esperando junto a la puerta. Esperaba que volviera a estar de traje, pero al parecer hoy no lo lleva, ya que viste vaqueros negros desteñidos y una camisa Henley negra. Al hombre le gusta mucho el negro y, aparentemente, las mangas largas.

En el garaje, Mikhail me conduce hacia un monstruoso todoterreno. Estoy bastante segura que no es el mismo coche en el que llegamos anoche, porque no tengo idea de cómo voy a entrar en esa cosa con los tacones. El suelo está a por lo menos un metro del suelo.

Mikhail me abre la puerta, y estiro la mano para coger algo que me ayude a elevarme cuando sus manos me sujetan por la cintura.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta, su tono completamente serio, su rostro a pocos centímetros del mío.

No espera mi respuesta, me levanta, me deposita en el asiento y cierra la puerta.

—¿Encontraste todo lo que necesitabas anoche? —pregunta después de subir al vehículo—. Le dije al ama de llaves que te comprara algunas cosas básicas.

Afirmo con la cabeza. Había una gran cesta con jabón corporal, champú, acondicionador, un cepillo de dientes, pasta de dientes e incluso un cepillo de cabello nuevo en el baño.

—Si necesitas algo más, mándame un mensaje con la lista y enviaré a alguien a comprarlo.

Pone en marcha el vehículo mientras finjo mirar a la calle que tengo delante, aunque disimuladamente lo observo con el rabillo

del ojo. ¿A él





también le parece extraña esta situación? ¿Ha elegido casarse o se lo ha ordenado su jefe? ¿Y si tiene novia? ¿Seguirá viéndola? ¿Y si la lleva a su apartamento mientras yo estoy allí? ¿Espera que me acueste con él?

Dejo que mi mirada ascienda por su brazo, observando los contornos de los duros músculos visibles incluso bajo la manga. Parece concentrado en la carretera, y como estoy sentada en su

lado ciego e inclinada hacia atrás en mi asiento, estoy bastante segura que no se percata que lo estoy observando.

Aprovecho para inspeccionar mejor su rostro. Sea lo que sea lo que le haya sucedido, no es reciente. Esas cicatrices parecen antiguas. Lo interesante es que no me molestan en absoluto. En realidad, mi marido me parece extremadamente apuesto, así que físicamente no tengo ninguna queja.

El vehículo reduce la velocidad, probablemente por un semáforo en rojo en la calle, deteniéndose. Mikhail gira la cabeza hacia mí y me clava su mirada. Supongo que me ha pillado, pero no aparto la mía. No dice nada, no me llama la atención por mirarlo, solo me observa hasta que el semáforo cambia a verde. Entonces, vuelve a la carretera y sigue conduciendo. Creo que nunca he conocido a una persona tan serena y controlada. Su rostro es completamente inexpresivo. No puedo deducir nada. ¿Está enfadado porque le he mirado fijamente? O tal vez le importa un bledo. Es un hombre extraño.

* * *

Mikhail aparca el vehículo delante de la casa de mi padre y se acerca justo cuando estoy abriendo la puerta. Vuelve a ponerme las manos en la cintura y me ayuda a bajar. En el momento en que mis pies llegan al suelo, retira rápidamente sus manos.

—Toma solo lo que necesitas para los próximos dos días. Enviaré a alguien por el resto. Será mejor que te espere aquí.

—Cinco minutos —articulo con la boca las palabras, me doy la vuelta y me precipito al interior de la casa, esperando no encontrarme con nadie de camino a mi habitación. Milene está en el colegio y no hay nadie más a quien quiera ver.

—Querido Dios, Bianca. —La voz de Allegra me llega por detrás mientras me dirijo a las escaleras—. ¿Cómo puedes soportar estar cerca de ese monstruo?





Me detengo al pie de la escalera y me giro para mirar a mi hermana mayor, de pie, con sus manos en sus caderas, mirándome con desagrado. Por alguna razón, Allegra siempre me ha odiado y ha hecho todo lo posible por menospreciarme con sus comentarios venenosos, incluso cuando éramos niñas.

Angelo dijo una vez que estaba celosa de mí, lo cual era ridículo porque Allegra siempre fue la hija perfecta. Todo el mundo la ha adorado siempre, mientras que a mí me veían como una oveja negra en nuestra familia, una chica bonita pero defectuosa por

no hablar.

Doy dos pasos en su dirección y me detengo frente a ella. Extiendo mi mano para coger la suya, miro su dedo anular desnudo, burlándome de su tragedia, luego le doy una palmadita en el dorso de la mano y levanto la mía con el anillo de boda. Después de haber dejado claro mi punto de vista, me doy la vuelta y la dejo mirando fijamente mi espalda. Conozco bien los puntos débiles de mi hermana y no tengo ningún problema en explotarlos.

El principal objetivo de Allegra en la vida siempre ha sido casarse. Empezó a hacer planes para el día de su boda en cuarto grado. En su estrecho cerebro, que yo me casara antes que ella era lo más desastroso que podía suceder.

Mis acciones han sido mezquinas, lo sé, pero no pude controlarme. Nadie puede hablar así de mi marido. Puede que tengamos un matrimonio concertado, pero me ha tratado mejor en las últimas veinticuatro horas que algunos miembros de mi familia. Y que me aspen si permito que mi hermana diga algo así sin devolver el golpe.

En mi habitación, cojo la bolsa que había hecho antes y me doy la vuelta para salir, solo para encontrar a mi padre bloqueando la puerta.

—Esperaba un informe anoche, Bianca.

Doy un paso adelante, con la intención de pasar junto a él, pero me aprieta el antebrazo y empuja su cara contra la mía.

—¿Dónde está el teléfono que te di?

Asegurándome que cada gramo de repugnancia que siento por él sea visible en mi rostro, levanto la vista y señalo el cubo de basura junto a la puerta, donde me deshice del teléfono el mismo día que me lo dio. Lo mira, aprieta los dientes y me da una bofetada en la mejilla. Un sólido golpe con la palma de la mano abierta siempre ha sido su forma favorita de mostrar su descontento conmigo.

—Te arrepentirás de tu desobediencia, niña —me dice con desprecio en la cara y se va.





Dejo la bolsa en el suelo y me apresuro a ir al baño para echarme un poco de agua fría en la cara y comprobar los daños en el espejo. Esta vez no hay labio roto, pero hay una enorme marca roja que cubriendo la mayor parte de mi mejilla izquierda. Mierda. Me echo un poco más de agua, recojo la bolsa al salir de mi habitación y salgo de casa a toda prisa.

Mikhail me espera fuera, apoyado despreocupadamente con su espalda contra el capó, pero en el momento en que ve la marca en mi cara, se endereza y me mira fijamente a los ojos. Agacho la

cabeza y sigo caminando, una ola de vergüenza envolviéndome. Sé que no debería avergonzarme -no es culpa mía tener un gilipollas como padre-, pero aun así lo estoy.

La mano de Mikhail entra en mi campo de visión cuando coloca un dedo bajo mi barbilla y alza mi cabeza. Me gira ligeramente hacia un lado, inspeccionando mi mejilla.

—¿Tu padre? —pregunta entre dientes apretados, y asiento con la cabeza—

. Sabes, he cambiado de opinión. —Coge mi bolso y lo lanza al asiento del copiloto por la ventanilla—. Me encantaría hablar con mi suegro.

—No —digo con la boca y sacudo la cabeza.

—Voy a hablar con Bruno —dice con voz tranquila—. Puedes quedarte aquí, o puedes venir conmigo. Hay muchas más posibilidades que salga vivo de esa conversación si vienes.

Respiro profundamente y le acompaño a la casa.

Mikhail entra en el despacho de mi padre sin llamar, se dirige tranquilamente a su escritorio y se sienta en la silla que yo frecuentaba a menudo. Cierro la puerta y me apoyo en ella, sin interés en acercarme a mi padre más de lo estrictamente necesario.

—¿Cómo te atreves a entrar aquí sin avisar? —ladra mi padre—. ¡Fuera de mi casa!

—Parece que me faltó explicarte algunas reglas básicas, Bruno.

—¿Reglas? ¿Hablas en serio? —Mi padre se ríe, se levanta y golpea con la palma de la mano la mesa que tiene delante—. ¿Quién coño te crees que eres?

Sucede tan rápido que apenas logro seguirlo. Mikhail coge el abrecartas decorativo con una mano y la muñeca de mi padre con la otra, y clava la cosa justo en el centro de la palma de mi querido padre en el escritorio de madera.





El grito de dolor que sale de la boca de mi padre es escalofriante, y habría hecho que todo el mundo dentro de la casa corriera a su despacho si no estuviera insonorizado. Siempre tuvo la paranoia que alguien escuchara sus conversaciones secretas.

—Cállate, Bruno —dice Mikhail y se echa hacia atrás en su silla —. Y ni se te ocurra pulsar el botón de alarma que sé que tienes bajo el escritorio. Te romperé el cuello antes que llegue alguien a salvarte.

Milagrosamente, mi padre deja de gritar y los únicos sonidos que quedan son sus respiraciones agitadas. Agarra el mango del abrecartas e intenta sacarlo, pero no cede.

—Ahora, vamos a aclarar algunas cosas —dice Mikhail—. Si vuelves a tocar a mi mujer, de cualquier manera, te corto la mano. Si te escucho hablar mal de ella, te corto la lengua. Si te atreves a pensar en volver a golpearla, te corto la cabeza. ¿Queda claro, Bruno?

En lugar de responder, mi padre se limita a mirar fijamente, con los ojos abiertos como los de un loco.

—Creo que no me has escuchado, Bruno. ¿Qué tal ahora? —Mikhail coge el mango del abrecartas que sigue incrustado en la mano de mi padre y empieza a girarlo.

—¡Sí!

—Perfecto. —Mikhail se levanta y se dirige hacia mí—. Que tengas un buen día, Bruno.

Lanzo una mirada a mi padre, que está mirando la espalda de Mikhail, sonrío y sigo a mi marido fuera de la habitación.

Mikhail

Aparco el vehículo, apago el contacto y miro a Bianca.

—¿Por qué te pegó?

Tardé cerca de una hora en calmarme lo suficiente como para poder hablar de ello. Si se lo hubiera preguntado cuando todavía estábamos cerca de la casa de su padre, probablemente habría dado la vuelta y regresado para matar al hijo de puta.





Bianca mira al frente, sus ojos vidriosos, como si estuviera debatiendo consigo misma si debe responderme o no. Después de un momento, coge su teléfono, teclea unas palabras y gira la pantalla hacia mí.

Quería que espiara a la Bratva para él. Me negué.

Bueno, no es nada que no esperara ya.

—¿Por qué te negaste?

Levanta una ceja, vuelve a teclear y me da el teléfono.

No soy suicida.

—Una decisión inteligente.

Estiro la mano y recorro su mejilla con un dedo, sin tocarla demasiado. Su piel es tan suave que tocarla no me molesta. Todo lo contrario. Rozo su mejilla una vez más, esta vez con el dorso de mi mano. El enrojecimiento ha desaparecido casi por completo. Debería haber matado a ese bastardo de todos modos.

Bianca

La mirada en el rostro de Mikhail mientras acaricia mi mejilla es extremadamente desconcertante. No puedo describirlo. Quizá esté entre la sorpresa y confusión, pero puede que me equivoque porque ninguna de las dos tiene sentido. Se da cuenta que lo estoy mirando y retira la mano. Ojalá no lo hiciera.

—Vamos. Probablemente, Sisi preparó algo para comer.

¿Sisi? Pensé que el nombre del ama de llaves era Lena.

Vamos al ascensor y subimos en silencio. Me pregunto si el silencio es normal para él, o si simplemente no siente la necesidad de hablar ya que no puedo responder. Me abre la puerta del apartamento, entro y me detengo en seco.

A cinco metros de la puerta, y mirándome directamente, hay una niña con un bonito vestido rosa, su cabello oscuro recogido en coletas en la parte superior de la cabeza. No puede tener más de tres o quizá cuatro años, y es la viva imagen de Mikhail.

BROKEN

PERFECTLY IMPERFECT whispers

—Hola —dice, su rostro serio, ladeando su cabeza mientras me mira con interés.

—Lenochka... —Mikhail dice por detrás de mí y entra.

—¡Papi! —La niña chilla de alegría, sus labios se ensanchan en una enorme sonrisa mientras corre y salta a los brazos de Mikhail.

Observo con asombro cómo la coge en brazos y le da un beso en

su mejilla y luego en la frente, con la mano acariciando la nuca todo el tiempo.

Mikhail tiene una hija. Todavía estoy procesando el hecho cuando ella se inclina, besa el parche de su ojo, riéndose, y Mikhail sonríe.

No puedo dejar de mirar, asombrada por la transformación que estoy presenciando. Parece que una persona completamente diferente ocupara su lugar. Y no es solo la sonrisa. La postura de su cuerpo es diferente, relajada.

La forma en que la mira con tanta calidez... este hombre no tiene nada en común con la persona fría y controlada con el que me casé ayer.

Todavía con la niña en la cadera, Mikhail se vuelve hacia mí y nuestras miradas se encuentran.

—Esta es mi hija. Lena.

Muchas preguntas pasan por mi cabeza. ¿Por qué no dijo nada antes?

¿Está viviendo con él? ¿Dónde está su madre? ¿Sabe ella quién soy? ¿Y si no le gusto? En lugar de preguntar nada, sonrío y saludo con la mano.

—Lenochka, ella es Bianca. ¿Recuerdas lo que hablamos?

—Sí. Bianca vendrá a vivir con nosotros —dice la niña con su vocecita, y luego me mira—. Eres muy bonita. ¿Quieres jugar? Tengo juguetes nuevos.

Papi, papi, ¿puedo enseñarle a Bianca mis juguetes?

Dice todo eso de un tirón y no puedo evitar reírme de lo preciosa que es.

Quiero acercarme a ella y tocar su manita, pero no me parece apropiado. Y

no quiero asustarla, ya que nos acabamos de conocer. Espero agradarle. Me encantan los niños.

—Más tarde, zayka[1]. ¿Dónde está Sisi?

Una mujer de unos sesenta años sale de la habitación de Lena con un montón de ropa en los brazos.

—Mikhail, no te escuché entrar. Pensé que...

1 Zayka; en ruso, conejito, apelativo cariñoso.





Se detiene en mitad de la frase cuando se da cuenta de mi presencia, y sus ojos se agrandan.

—Sisi, esta es mi esposa.

Por un momento parece un poco confusa, mirando de mí a Mikhail y de nuevo a mí, pero luego se recompone.

—Oh, sí, por supuesto. Sra. Orlov, encantada de conocerla. —Ella me parpadea de nuevo, luego se vuelve hacia Mikhail—. El almuerzo está en el horno. Lena ya ha comido, así que quería llevarla fuera a jugar.

Mikhail asiente, deja a la niña en el suelo y se agacha frente a ella.

—Sisi te llevará al parque. Ve a buscar tu mochila.

—Bien. —Lena corre a su habitación, solo para volver unos segundos después llevando una pequeña mochila rosa brillante con orejas de conejo.

La observo mientras abre un armario de zapatos cerca de la entrada, saca un par de pequeñas zapatillas blancas y se sienta en el suelo para ponérselas. Tengo un primo de su edad y no sabría ponerse los zapatos por sí mismo, aunque su vida dependiera de ello. Cuando termina, toma la mano de Sisi, nos saluda y se van.

Siento un ligero toque en mi espalda y me giro para encontrar a Mikhail sujetando un mechón de mi cabello entre sus dedos.

—Vamos a sentarnos y podrás hacer tus preguntas —dice y deja caer el mechón.

Me lleva a la mesa del comedor, desbloquea su teléfono y lo desliza por la superficie de madera hacia mí. Lo miro a él y luego al teléfono antes de cogerlo con la mano y empezar a escribir. Cuando termino, le devuelvo el teléfono.

Mira a la pantalla.

—La madre de Lena se ha ido —dice—. Lena no estaba prevista. Su madre quería abortar. Le dije que la mataría si abortaba a mi hija, así que después de dar a luz, la dejó conmigo, cogió el dinero que le di y se marchó. Hace unos meses me enteré que había sufrido una sobredosis de heroína.

Aspiro y miro fijamente a Mikhail. Ha criado a Lena desde que

era un bebé. Si hubiera dicho eso antes de verlo con ella, nunca lo habría creído.

Parece tan cerrado e inaccesible.

Vuelve a mirar el teléfono, leyendo la siguiente pregunta.





—Intenté explicarle la situación a Lena, pero no estoy seguro que haya entendido mucho. Ella sabe que vas a vivir con nosotros a partir de ahora.

Ella se adapta bien. No espero ningún problema.

Su mirada encuentra la mía y me observa en silencio durante unos instantes, y me encuentro mirando su ojo. Tiene el tono de azul más inusual, como el agua clara del océano.

—¿Será esto un problema para ti? ¿Que tenga una hija?

Me inclino hacia atrás y alzo las cejas hacia él. ¿Por qué iba a ser un problema? Supongo que lee la respuesta en mi cara porque asiente y vuelve a mirar el teléfono.

—¿El programa diario de Lena? —pregunta y levanta la vista, sorprendido.

Asiento con la cabeza.

—Se levanta a las siete. Sisi viene a llevarla a la guardería y la trae de vuelta a casa sobre las tres. Comen y van a dar un paseo o al parque. Sisi normalmente se va sobre las cinco, pero viene a cuidar a Lena por la noche cuando tengo que ir a trabajar. A veces, cuando las nietas de Sisi se quedan con ella, se lleva a Lena a su casa a dormir. Como anoche.

Coloca el teléfono sobre la mesa y asiente hacia él.

—¿Alguna otra pregunta?

Sacudo la cabeza.

—Vamos a comer entonces.

Mi extraño marido va a la cocina y empieza a sacar platos de la alacena, y yo me levanto para ayudarlo.

Mikhail

Observo a Bianca mientras coge los platos y los cubiertos, los lleva a la mesa y vuelve a por los vasos. Se ha tomado bien el hecho que tenga una hija de forma inesperada, sobre todo porque la he sorprendido con ello en lugar de decírselo con antelación. El caso es que quería ver su reacción. No todos los días una persona se ve obligada a casarse con un desconocido y se entera después que su nuevo cónyuge también tiene un hijo. No tengo idea





de lo que habría hecho si Bianca dijera que no le gustan los niños. Lena es la persona más importante de mi vida, y espero que las dos se lleven bien.

Bianca se da la vuelta y alcanza la jarra con agua, tropezando accidentalmente un poco conmigo, y me quedo quieto un segundo. Es más fácil cuando soy yo quien inicia el contacto. Me inclino hacia la izquierda, extendiendo la mano como para coger la ensaladera, y dejo que su cadera roce mi costado. Nada.

Se gira y se dirige hacia la mesa, llevando el agua, y la sigo con la mirada, fijándome en la forma en que sus pantalones se amoldan a sus piernas y a su apretado culo. Imágenes de ella desnuda en mi cama, inmovilizada por mi cuerpo, inundan de repente mi mente. Hacía tanto tiempo que no quería sentir el cuerpo desnudo de una mujer junto al mío, pero ahora lo hago. Y para alguien con problemas de contacto con la piel, es una constatación muy perturbadora.

*** * ***

—Necesito que escribas tus planes para las próximas dos semanas —digo—.

Si quieres ir a algún sitio, te llevaré. O si no estoy disponible, uno de mis chicos te acompañará.

Bianca levanta la vista de su plato y sacude la cabeza.

—No es negociable. No sé quién está detrás de ese tiroteo de ayer, o lo que estaban tratando de lograr. Por favor, no dejes el apartamento sola. ¿Puedo confiar en ti en eso, Bianca?

No le gusta, lo veo en su cara, pero asiente y vuelve a su comida. La observo disimuladamente, sus manos, su larga melena rubia. Maldita sea, me fascina su cabello. Se lo ha trenzado antes de comer y ahora cae por encima del hombro hasta el frente. Anoche soñé con ensartar mis dedos en esas ondas rubias.

La puerta detrás de mí se abre y, al instante, me llega el sonido de unos pies pequeños golpeando el apartamento.

—Las manos, Lenochka[2] —digo cuando entra corriendo en el comedor.

—No están sucias.

2 Lenochka - forma diminutiva de Lena.





—Tienes que lavarte las manos, zayka. Vamos, despídete de Sisi y vayamos al baño.

Bianca

No puedo dejar de mirarlo.

Me sorprende la forma en que Mikhail interactúa con su hija. Nunca ignora sus preguntas, por muy tontas que parezcan. Lo cariñoso que es con ella. Esta tarde se le ha soltado una coleta y

ha acudido a él para que se la arregle. No podía dejar de mirar sus enormes manos mientras le trenzaba el cabello con cuidado. Hay tanto amor en cada acto.

Hace un rato que entraron en la habitación de Lena, después que ella cenara, y me vi atraída hacia la puerta que Mikhail dejó abierta, asomándome al interior. Está sentado en el borde de la cama, sosteniendo un gran libro con una princesa en la portada, mientras Lena está tumbada bajo la manta. Le está leyendo un cuento. ¿Cómo puede ser este el mismo hombre que esta misma mañana ha clavado casualmente un abrecartas en la mano de mi padre?

—¡Bianca! —grita Lena cuando me ve—. Ven, Bianca. Papi está leyendo un cuento.

Miro a Mikhail, esperando a ver qué dice. No quiero entrometerme en su tiempo. Me observa por un momento y luego asiente cuando voy a sentarme en el suelo junto a sus piernas y apoyo mi espalda en el lado de la cama. Hay unos momentos de silencio y luego reanuda la lectura. La historia tiene algo que ver con un caballo perdido, pero no presto atención a la trama porque estoy demasiado concentrada en el tono de su voz.

Profundo. Un poco áspero. Cierro los ojos y me limito a escuchar.

Siento un ligero toque en la mejilla, que en un momento está ahí y al siguiente ya no. Mantengo los ojos cerrados, fingiendo que no lo he notado.

Pasan unos instantes y luego siento un tirón en el cabello cuando me quita el lazo que ata mi trenza y los mechones se sueltan. Al principio no ocurre nada más, y me pregunto si eso es todo lo que ha planeado hacer. Luego, sus dedos empiezan a peinarme. Sigue leyendo, pero continúa jugando con mi cabello, y yo inclino la cabeza hacia atrás para que me toque. Y su voz... se siente como una caricia en sí misma. Me doy cuenta que tiene acento. Es sutil, pero está ahí. Me encanta.





Un dedo roza el punto sensible de mi nuca y un ligero escalofrío recorre mi cuerpo. La mano en mi cabello se detiene y luego desaparece. No, no, no…

Inclino aún más la cabeza hacia atrás, esperando que entienda el mensaje.

Lo hace. Unas cuantas caricias lentas a lo largo de mi cabello, y luego un roce de un dedo en la sien. No estoy segura de cuánto tiempo transcurre, pero cuando Mikhail termina el relato y retira

su mano de mi cabello, tengo el cuello rígido por mantener la cabeza en ese ángulo antinatural. Han debido pasar al menos veinte minutos.

—Tengo que terminar un trabajo —dice—. Estaré en mi despacho si necesitas algo.

Se levanta de la cama, camina a mi lado para ajustar la manta alrededor de los hombros de Lena y sale de la habitación. No es una persona habladora, eso está claro.

Miro alrededor de la habitación, observando las paredes de color rosa pálido cubiertas de imágenes de animales y personajes de dibujos animados y las sedosas cortinas bordadas con flores. En un rincón hay una gran casa de muñecas y dos enormes cestas rebosantes de juguetes. Me levanto y me dirijo a la cómoda situada frente a la cama, contemplando los marcos de fotos que recubren su superficie. No hay suficiente luz para ver los detalles, pero hay al menos diez, y Lena está en cada una de ellas. A un lado, hay una gran caja con lazos para el cabello en un arco iris de colores. Me cuesta imaginarme a Mikhail curioseando en una tienda y comprando cortinas rosas o cojines con volantes, alineados en la pared a un lado de la cama, pero de alguna manera, sé que fue él quien los compró. Este marido mío es un enigma.







Capítulo 4

Estoy abotonando el jersey de Lena cuando escucho unos pasos ligeros, acercándose y levanto la cabeza para encontrar a Bianca de pie en la puerta. Mira a su alrededor, se acerca a la cómoda para coger la caja con los lazos de cabello de Lena y se vuelve

hacia mí con una pregunta en sus ojos.

Miro la caja que lleva en su mano y luego vuelvo a mirar su rostro. Bianca suspira, señala la caja, a sí misma y luego a Lena. Quiere peinar a mi hija, y al darme cuenta de ello, algo en mi pecho se aprieta.

—Lenochka, ¿quieres que Bianca te peine hoy?

Lena levanta la cabeza y sonríe.

—¡Sí! Quiero muchas tenzas, como Noemi de la guardería. Bianca, Bianca,

¿sabes hacer muchas tenzas? Papi solo conoce coletas.

Bianca intenta no reírse de los balbuceos de mi hija y no lo consigue. Se sienta en la cama a mi lado y hace un gesto para que Lena se suba a su regazo. La observo mientras coge un pequeño mechón y empieza a trenzarlo en una fina trenza, y luego pasa al siguiente mechón. Repite el proceso hasta que tiene al menos quince trenzas. Tarda bastante tiempo, porque Lena se mueve nerviosamente durante todo el proceso, dándose la vuelta, eligiendo distintos lazos. Bianca no la regaña ni una sola vez. Se limita a sonreír, sacudiendo la cabeza.

En cuanto termina de peinarse, Lena salta del regazo de Bianca y sale corriendo de la habitación, dejándonos a los dos sentados en la cama uno al lado del otro. Escucho a Sisi desde algún lugar de la sala de estar, felicitando a Lena por su cabello mientras mi hija sigue parloteando, pero no me muevo de mi sitio en la cama. La mano de Bianca está justo al lado de la mía y no puedo resistir esta loca compulsión de volver a tocarla.

Extiendo la mano y la pongo sobre la suya.





—Gracias por peinar a Lena. —Cuando giro la cabeza para mirarla, me está mirando.

Nuestros rostros están a pocos centímetros de distancia, y me pregunto cómo una criatura tan dolorosamente bella puede soportar mirarme y no inmutarse.

—Tengo que ir a comprobar algo en uno de los almacenes, pero volveré en un par de horas —digo—. Si quieres, puedes invitar a tu hermana a venir, pero acláralo con los de seguridad de abajo.

Solo tienes que enviarles un mensaje. Dejaré en el mostrador los códigos de la alarma y la tarjeta llave de repuesto para el ascensor y la puerta.

Bianca asiente y su mano empieza a moverse bajo la mía, pero en lugar de apartarse como yo esperaba, gira la palma hacia arriba y entrelaza sus dedos con los míos.

—¡Papi!

Miro nuestras manos unidas y luego vuelvo a mirar la cara de Bianca.

—¡Papi! ¡Papi!

Sí, Lena siempre tiene el mejor momento.

—Tengo que irme. —Me pongo de pie y dejo que la mano de Bianca se separe de la mía—. Si necesitas algo, mándame un mensaje.

Levanta la vista y esos ojos color whisky me miran con interés. Podría pasarme horas mirando los ojos de Bianca.

—Bien —articula con la boca y se levanta de la cama. Al pasar junto a mí, se acerca y roza el dorso de mi mano con la suya.

Bianca

—Guau. Simplemente... guau. —Milene se da la vuelta en medio del salón y se dirige hacia los altos ventanales que dan a la ciudad—. Esa vista es para morirse.

Me pongo a su lado, mirando los tejados y las calles que se ven abajo.

—Así que... ¿ustedes dos, saben?

—¿Qué?





—¿Habéis tenido sexo?

—No.

—Renata me contó que su marido la obligó a acostarse con él esa misma noche —dice—. El suyo también era un matrimonio concertado, pero a su marido no le importaba que fueran básicamente extraños. Le hizo mucho daño, Bianca. Tenía mucho miedo que te sucediera lo mismo.

—Me dio la habitación de invitados. Y no intentó nada hasta ahora.

—¿Quieres que lo haga?

—Sí.

Milene me mira fijamente, con los ojos muy abiertos.

—¿Hablas en serio?

—¿Por qué? Es mi marido. Me siento atraída por él.

—¿Atraído por él? Bianca, ¿estás ciega? Él es. .

—Él es, ¿qué?

—Es… tiene un solo ojo, por Dios, ¿y dices que te gusta?

—Sí, me gusta. ¿Tienes algún problema con eso?

—No, yo solo… guau. ¿Preguntaste qué pasó? A su cara, quiero decir.

—No. Él me lo dirá cuando lo considere oportuno. No le preguntaré.

—¿Y no te molesta? ¿Las cicatrices? ¿El parche en el ojo?

—No. Encuentro a Mikhail muy sexy.

—Estás loca.

—Espera a verlo con ese Henley ajustado que se puso esta mañana. Sexy.

Apuesto a que está aún más sexy sin él.

—Dios mío, realmente te gusta. ¿Cómo es posible? Quiero decir… mírate.

Podrías haber tenido cualquier hombre que quisieras. Tú…
…dejaste a Marcus, por el amor de Dios.

—Marcus es un idiota malcriado.

—Vale, pero. . —Se detiene a mitad de la frase y mira algo por encima de mi hombro—. ¿Eso es. .? Es la habitación de una niña.

¿Por qué hay un…?

La tomo el antebrazo para que vuelva a prestarme atención.

—Mikhail tiene una hija.





—¿Qué? ¿Lo sabías?

—No.

—Bien, se lo diré a papá. Debe haber algo que pueda hacer para anular el matrimonio.

—No te atrevas.

—¿Estás hablando en serio? ¡Tienes veintiún años y espera que críes a su hija!

—Baja la voz. Nunca dijo eso, y créeme, no me necesita para criar a su hija. Lo está haciendo increíblemente bien él mismo. Y me gusta Lena. Es una gran niña.

—Bianca . . .

—¿Cómo está mi querido padre? Mikhail lo apuñaló bastante fuerte, espero que su mano no esté muy dañada.

Milene me mira con horror en los ojos.

—¿Tu marido hizo eso?

—Mi padre me golpeó de nuevo ayer cuando fui a buscar mis cosas.

Mikhail no estuvo conforme con eso. —Sonrío al recordar la mirada de mi padre mientras miraba el abrecartas alojado en su palma—. Fue muy emocionante verlo.

—Bien, ya está. Voy a llamar al psiquiatra de mamá. Necesitas ayuda profesional.

—No, no creo que la necesite.

* * *

Milene se fue a casa hace horas, y Mikhail aún no ha vuelto. Me mandó un mensaje sobre las dos diciendo que Sisi se iba a llevar a Lena a dormir.

Probablemente no quería dejar a su hija con un extraño, aunque a mí no me hubiera importado vigilarla.

Es casi medianoche. ¿Debería preocuparme o esto es lo normal? No tengo ni idea de cuál es exactamente su trabajo en la Bratva.

Cojo mi teléfono y abro la lista de contactos. ¿Debo enviarle un mensaje para preguntarle si todo está bien? ¿Sonará estúpido? Sí,

probablemente lo





sea. No quiero que piense que lo estoy controlando. Tal vez podría preguntar algo inocente. Si responde, significa que está bien.

23:14 Bianca: Con respecto a mis planes. Tengo que hacer algunas compras mañana. Además, he aceptado una oferta para dar una clase de ballet como invitada en la escuela de ballet local el jueves de la semana que viene.

Empieza a las 9 y debería terminar a las 12.

23:22 Mikhail: Probablemente no volveré antes de mañana por la tarde. Enviaré a Denis a buscarte a las 10 para que te lleve de compras.

Leo el mensaje y siento una inesperada punzada de decepción. Al parecer, esperaba secretamente verlo esta noche. Empiezo a colocar el teléfono en la mesa junto a la cama, pero luego cambio de opinión y escribo otro mensaje.

23:26 Bianca: ¿Puedo usar el gimnasio de vez en cuando?

23:28 Mikhail: Por supuesto. Normalmente termino mi entrenamiento a las 9, así que es tuyo después. Solo una petición: no me gusta que haya público cuando hago ejercicio, así que, por favor, espera hasta que termine.

Qué petición tan extraña. Estoy segura que disfrutaría viendo a Mikhail hacer ejercicio, pero respetaré sus límites.

23:29 Bianca: Trato hecho.

Dejo el teléfono, apago la luz y me deslizo bajo la manta cuando oigo el ping de un mensaje entrante.

23:31 Mikhail: ¿Puedo llevarte a cenar el viernes?

Una sonrisa idiota se extiende por mi cara mientras miro la pantalla. Me siento como una adolescente a la que acaban de invitar a una cita por primera vez.

23:32 Bianca: Sí, se puede.

Mikhail

Guardo el teléfono, compruebo el vendaje de mi brazo y me vuelvo hacia el hombre atado a la pared.

—Ahora, ¿dónde estábamos? —pregunto mientras cojo un cuchillo de la mesa metálica. Compruebo su filo sosteniéndolo a la luz de la bombilla





desnuda, y luego me pongo delante del hombre atado. Ya se encuentra en un estado lamentable. Decir que no se alegró cuando Yuri y yo le tendimos una emboscada cuando salía de la casa de su novia, sería quedarse corto.

—Oh, sí. Ibas a decirme quién te pagó para enviar a uno de los miembros de tu banda a mi boda, y quién dejó entrar a ese bastardo. Esa fue una jugada realmente estúpida.

El jefe de la banda albanesa escupe en el suelo.

—Una de los duros. Genial. —Vuelvo a la mesa, dejo el cuchillo y cojo las tijeras de jardinería—. Empecemos con las orejas, entonces, y veamos a dónde nos lleva.

*** * * ***

La puerta detrás de mí se abre con un chirrido, pero sigo sentado en mi silla, observando los pequeños regueros de sangre descendiendo por los brazos del albanés, para terminar, goteando uno tras otro en un gran charco en el suelo. Hay una oreja cortada junto a su pie derecho y varios dientes esparcidos por ahí.

—¿Alguna coda? —pregunta Yuri y coloca una taza de café para llevar sobre la mesa.

—Alguien lo contrató por internet —digo—. Nunca conoció al hombre que encargó el trabajo. Todo se arregló por teléfono. El cliente transfirió veinticinco mil dólares antes del trabajo, y veinticinco más justo después que se hiciera.

—¿Quién era el objetivo?

—No lo sabe. El tirador debía reunirse con el cliente antes de la boda para recibir los detalles. El cliente es el que se encargó que entrara en el hotel.

—Así que, de momento, no tenemos nada. —Yuri camina hasta situarse frente al líder de la banda y ladea la cabeza, inspeccionando mi trabajo—.

¿Está muerto?

—Se acaba de desmayar. —Agarro el café, tomo un sorbo y hago una mueca—. Te dije que nada de azúcar.

—Lo siento. —Murmura y golpea al albanés en el pecho con el dedo. El hombre se revuelve, deja escapar un ruido estrangulado y vuelve a desmayarse—. Siempre he admirado cómo te las arreglas para mantenerlos vivos durante tanto tiempo.



—La práctica hace la perfección, Yuri.

—Sí. Recuérdame que nunca me ponga en tu contra. —Me lanza una mirada por encima del hombro—. Eres un hijo de puta aterrador.

—No me digas. —Me recuesto en la silla y tomo otro sorbo de café. Es horrible—. ¿Ha vuelto Anton?

—Sí. Atrapamos a otro tipo de la misma banda. Anton lo tiene en su camioneta. Podría saber algo. ¿Cuánto tiempo necesitas para terminar con este?

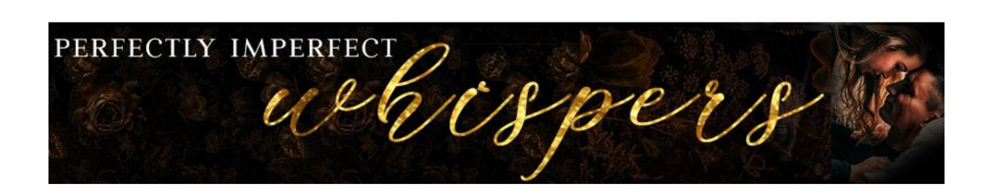
Dejo el café y cojo el arma de la mesa.

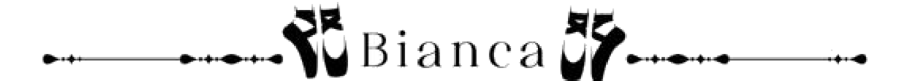
—Aléjate.

Yuri da un paso hacia un lado. Apunto y disparo al albanés en el centro de su cabeza.

—Ya está. Terminado. Puedes traer al siguiente.







Capítulo 5

Denis me abre la puerta del coche y se apresura a coger mis maletas del asiento trasero. Intento quitárselas, pero se apresura a apartarlas de mi alcance.

—No. El jefe me mataría. —Sacude la cabeza y empieza a caminar hacia la entrada del edificio.

Miro al cielo y lo sigo al interior. Son solo algunos productos cosméticos y algunas prendas de ropa, pero no me ha dejado tocar las bolsas en toda la mañana, insistiendo en llevarlas por mí. Denis es un tipo simpático, de unos veinticinco años, y por lo que dijo, lleva trabajando para Mikhail desde los dieciocho. Y habla sin cesar. Me contó la versión corta de la historia de su infancia, que no era agradable, y luego un informe sobre todas las chicas con las que ha salido en los últimos seis meses. Eran al menos veinte. Después de eso, me dio una rápida lección sobre cómo cambiar una rueda pinchada.

Claramente que no le molesta que no pueda contribuir a la conversación, porque no ha dejado de parlotear durante dos horas.

Cuando llegamos a la última planta, Denis me da las bolsas, finalmente, y se va. Utilizo la tarjeta para entrar en el apartamento y me detengo en el umbral.

—Creía que los viajes de compras duraban al menos varias horas —dice Mikhail mientras está de pie frente al fregadero de la cocina, presionando un trapo ensangrentado contra su antebrazo.

Dejo caer las bolsas al suelo, me precipito hacia él y miro las cosas que tiene alineadas en el mostrador, spray antiséptico, crema antibiótica, vendas y una aguja con hilo. ¿Piensa coserse a sí mismo?

—Ve a tu habitación. Te llamaré cuando haya terminado.

Lo ignoro, abro el grifo y empiezo a frotarme las manos con jabón.

—Bianca, déjalo.





Hay algo muy peligroso en el tono de su voz, como si estuviera enfadado conmigo por alguna razón, aunque subyacentemente hay algo más. No puedo definirlo.

Muy despacio, me vuelvo hacia él y, sin romper el contacto visual, coloco mi mano sobre la suya, que aún sostiene el trapo ensangrentado en su brazo. Está mirándome, sus labios apretados en una línea dura, y sus ojos azules observándome con tal intensidad que tengo la impresión que puede ver hasta mi alma.

Finalmente, su agarre se afloja y se retira el trapo. Solo entonces me doy cuenta que lleva una camiseta, algo que nunca antes había visto. Miro su antebrazo y necesito todo mi autocontrol para no mostrar ninguna reacción ante lo que veo. La herida en sí no es tan grave, unos pocos centímetros de longitud y no tan profunda. Parece una herida de cuchillo. Lo que es realmente malo es. . todo lo demás.

El interior del antebrazo está gravemente quemado, una larga franja de piel moteada recorre en diagonal desde la muñeca hasta el interior del codo. Parece una cicatriz muy antigua, como las demás. Líneas largas y finas cruzan su brazo en diferentes direcciones, probablemente heridas infligidas por la punta de un cuchillo. Solo me tomo un segundo para recomponerme, luego cojo un paquete de gasas estériles y el antiséptico y empiezo a limpiar el corte.

—Veo que has hecho esto antes —dice.

Sin apartar mis ojos del corte, levanto cuatro dedos, tiro la compresa ensangrentada al fregadero y cojo una nueva. Angelo era un idiota cuando era más joven, siempre metiéndose en peleas, así que obtuve mucha experiencia lidiando con las consecuencias de su comportamiento imbécil.

Después de repetir el proceso de limpieza varias veces, cojo la aguja y empiezo a buscar el spray anestésico entre las cosas del mostrador, pero no lo encuentro. Levanto la vista y encuentro a Mikhail observándome. Mierda, cómo explicarlo. Imito el movimiento de rociado y señalo hacia su herida.

—Puedes coser sin ello. No necesitará más de dos puntadas.

No puede hablar en serio.

—Solo hazlo. —Asiente—. Tengo una alta tolerancia al dolor.

Miro su brazo, observando la multitud de cicatrices. Sí, probablemente lo tenga. Respiro profundamente, pellizco la piel a cada lado del corte y empiezo con la primera puntada. Mikhail ni siquiera se tensa cuando la aguja atraviesa su piel. Es inquietante. Cuando termino de remendar, coloco una compresa limpia sobre el corte y le vendo el antebrazo.

Recibo un ligero toque en la cara, justo por encima del pómulo. Dura apenas un instante y luego retira su dedo.





—Gracias, solnyshko[3] —dice y sale de la cocina.

*** * ***

Saco la cazuela de carne del horno, la pongo en la encimera y miro hacia la habitación de Mikhail. Se metió dentro después que le curara y no ha salido desde entonces. Probablemente esté durmiendo. ¿Dónde ha estado toda la noche? ¿Cómo se hizo esa herida de cuchillo? ¿Y qué le pasó antes en el brazo para dejar esas cicatrices? Cuando se trata de mi marido, tengo una larga

lista de preguntas y cero respuestas. ¿Será siempre así?

La puerta principal se abre y Lena entra corriendo, riendo, y Sisi la sigue. Despertará a Mikhail. Cojo mi teléfono de la encimera, corro hacia Lena, sentada en el suelo quitándose los zapatos, y me agacho frente a ella.

Rozo su mano con la mía y ella levanta la vista sonriendo.

—Bianca, Bianca, tengo un nuevo dibujo. ¿Quieres verlo?

Coloco un dedo sobre mis labios y señalo la habitación de Mikhail.

Cuando mira y me devuelve la mirada, junto las palmas de las manos en la mejilla para mostrar una pose de sueño.

—¿Tienes sueño, Bianca?

Suspiro. Comunicarse con una niña pequeña va a ser difícil sin poder hablar, y ella es demasiado pequeña para leer. Tomo mi teléfono del suelo, escribo un mensaje y se lo doy a Sisi, que está a mi lado y observa mi interacción con Lena. Levanta la vista de la pantalla y asiente, con una sorpresa visible en su rostro.

—Papi está durmiendo, Lena. Tenemos que estar calladas.

—Vale —susurra Lena.

—Bianca preparó el almuerzo. Dice que, si estás en silencio y comes tu almuerzo, te enseñará ballet

—¡Sí! Sí, Bianca. Me quedaré callada. ¿De verdad sabes ballet?

Sonrío y asiento con la cabeza, y vuelvo a ponerme el dedo en los labios.

—Vamos, Lena. —Sisi le coge su mano—. Vamos a cambiarnos para que no te manches de comida tu bonito vestido.

Mientras Sisi ayuda a Lena a cambiarse, pongo la mesa para las tres y limpio el desorden que hice en la cocina mientras preparaba el almuerzo.

Sisi trae a Lena de vuelta unos minutos después y las tres nos sentamos a comer. Durante la comida, tenemos que recordarle a Lena al menos cinco

3 Solnyshko: pequeño sol, utilizado cariñosamente.





veces más que se calle. Observo a Sisi con Lena, parece que se llevan excepcionalmente bien. Se me ocurre una pregunta, así que cojo mi teléfono, escribo y le enseño la pantalla a Sisi.

—Trabajo para Mikhail desde que Lena era un bebé —responde ella—.

Me contrató cuando Lena vino a vivir con él. Tenía dos semanas.

Mis ojos se agrandan. ¿Cómo se las arreglaba Mikhail con un bebé tan pequeño, él solo? Sisi no podía estar allí las veinticuatro horas del día. Cojo el teléfono y escribo otra pregunta, luego se lo paso a Sisi.

—Sí, fue duro. Pero Lena fue un bebé muy bueno, apenas lloraba, y yo venía todos los días, aun así. . —Ella suspira—. No sé cómo lo consiguió.

Durante los dos primeros meses, apenas dormía, pero después que Lena empezara a dormir toda la noche, fue más fácil. Le ofrecí empezar a llevarla a la guardería durante el día y quedarme por la noche, pero se negó. Me costó una semana convencerlo que finalmente la dejara ir a los dos años. La quiere mucho.

Sí. Cualquiera puede ver cuánto adora Mikhail a su hija.

Especialmente alguien como yo, que fue criada por padres como los míos.

—Bianca, Bianca, ¿puedes enseñarme ballet ahora? —pregunta Lena, balanceando las piernas hacia delante y hacia atrás.

La ayudo a bajar de la silla y, tomando su mano entre las mías, la llevo a mi habitación.

—¿Seguro que no quieres que me quede? —pregunta Sisi, pero me limito a negar con la cabeza y a levantar el pulgar. Ya encontraré la forma de entretener a Lena hasta que Mikhail se levante.

Mikhail

Tomo mi teléfono de la mesita de noche y miro la hora. Casi las seis de la tarde. Mierda. Parece que me estoy haciendo demasiado mayor para aguantar dos noches seguidas. Probablemente Sisi ya se haya ido a casa, lo que significa que Bianca está cuidando a Lena. Mi hija es una buena niña, pero es muy difícil de manejar.

Después de una ducha rápida, salgo de mi habitación, esperando encontrar a las chicas viendo televisión o algo así, pero no hay nadie en el salón ni en ninguna parte. La puerta de la habitación

de Lena está cerrada, y desde dentro se oye un débil sonido de una canción infantil. Abro ligeramente la puerta para ver qué está pasando, y mi mano se queda quieta en el pomo. De espaldas a la puerta, Bianca está de pie en medio de





la habitación, con los brazos levantados sobre la cabeza. Lleva una de esas faldas blancas mullidas sobre los vaqueros y las zapatillas de ballet. A su lado, Lena está en una posición similar, de puntillas y con una de las faldas de escenario más cortas de Bianca. Llega casi hasta los pies de Lena.

Bianca baja una de sus manos, le da unos golpecitos a Lena en la espalda para enderezar su columna vertebral y empieza a girar lentamente hasta que me ve de pie en la puerta. Me sonríe, y se siente como un rayo de luz sobre una piel helada.

—Papi, papi, soy una bailarina. ¿Ves?

Miro a Lena, dando vueltas sobre las puntas de sus pies.

—Ya veo, zayka.

—Quiero zapatos de bailarina como los de Bianca. Por favor. Bianca, dile a papi que necesito los zapatos. Tengo la falda, pero necesito los zapatos.

Me agacho para coger a Lena en brazos, la pongo sobre mi cadera y le doy un beso en la cabeza.

—Compraremos los zapatos, Lenochka —digo y miro a Bianca, sentada en la cama, quitándose las zapatillas—. Lo siento. Me he quedado dormido.

Lanza la cabeza hacia un lado, mirándome, y luego se levanta y camina hacia mí. Deja las zapatillas en la cómoda de Lena, coge el dobladillo de mi manga izquierda y empieza a subirlo con cuidado. Cuando lo ha subido hasta el codo, inspecciona el vendaje de mi antebrazo. No hay sangre, pero está mojado por la ducha. Bianca suelta mi brazo, estrecha los ojos y se dirige a la cocina.

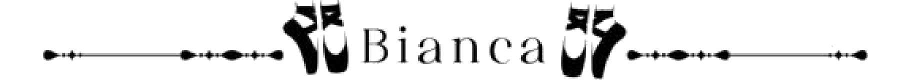
—Papi, ¿podemos ver a Elsa en el televisor grande? ¿Podemos, papi?

—Claro, zayka.

Llevo a Lena al salón, pongo la película y me siento en el sofá junto a ella. Debe ser la centésima vez que la veo, pero a Lena le encanta. Se oye el ruido de unos pies descalzos en el suelo y Bianca se acerca y se sienta en la mesa de centro frente a mí, sosteniendo la caja con compresas y vendas que guardo bajo el fregadero. Coloca la caja en la mesa de al lado y me mira fijamente el antebrazo hasta que extiendo el brazo izquierdo. Me quita la venda húmeda y el apósito, luego limpia suavemente el corte y envuelve una venda nueva. Esperaba que se fuera cuando terminara. En lugar de eso, se sienta en el sofá junto a mí, con las piernas recogidas, y se concentra en la película.







Capítulo 6

Leo la receta en mi teléfono, comprobando los ingredientes dispuestos en la encimera. Hay harina y azúcar en la alacena,

pero me faltan pasas y almendras. También necesitaría más chocolate.

Ayer, Lena dijo que una de sus amigas llevó galletas a la clase de la guardería, y habló de ellas durante veinte minutos, describiendo las diferentes formas y sabores. Le preguntó a Mikhail si podía hacerle galletas para que las llevara también a clase. La expresión de su rostro no tenía precio. Me imaginé a mi enorme marido haciendo galletas, y apenas conseguí mantener la cara seria mientras le explicaba a Lena que no se le da bien la repostería. Yo tampoco soy una gran cocinera. Puedo hacer algunos platos decentes y algunos dulces, pero nada épico. La mayor parte de mi tiempo al crecer, estaba reservado al ballet, pero cuando tenía una o dos horas libres, me encantaba ir a la cocina y ayudar a nuestra cocinera a preparar la comida. Nunca he intentado hacer galletas, pero no puede ser tan difícil. Cojo mi teléfono y le envío un mensaje a Mikhail.

14:17 Bianca: Tengo que ir a la tienda de enfrente. Vuelvo en 20

minutos.

Un minuto después se abre la puerta del despacho de Mikhail. Sale, se acerca a la cocina y mira las cosas que he colocado en la encimera. Su mirada baila sobre la gran sartén que he forrado con papel pergamino, un cuenco con chocolate rallado que he preparado y una pequeña olla con un enorme trozo de mantequilla que he dejado derretir.

—Estás haciendo galletas para Lena —dice y me mira. No puedo calibrar la expresión de su rostro, pero parece confundido.

Me encojo de hombros, tecleo en mi teléfono y le enseño la pantalla.

No te hagas ilusiones. Es mi primera vez, así que no sé qué tan comestibles resultarán.

Coloca su dedo en mi barbilla e inclina mi cabeza, su ojo azul observándome. Me encuentro concentrada en sus labios. Duros, apretados. ¿Se quedarán así si lo beso?





—Vamos a esa tienda —dice y suelta mi barbilla.

Lo sigo con la mirada mientras va a recoger sus llaves y su cartera. Me recuerda a una pantera -grande, negra y aparentemente relajada-, pero tengo la sensación que debajo de toda esa compostura y calma hay una bestia.

*** * ***

La tienda de enfrente es diminuta, aunque consigo encontrar

todo lo que necesito, así como un pequeño juego de moldes de galletas de diversas formas y algunos coloridos adornos comestibles. Mikhail me ha seguido en silencio, siempre un paso por detrás. Cuando me detengo en el pasillo de la fruta y empiezo a meter algunas manzanas y plátanos en la cesta, se acerca para cogerla de mi mano y nuestros dedos se tocan. Suelto lentamente el asa, pero me aseguro de rozar el dorso de sus dedos antes de seguir hojeando la fruta.

Mikhail paga mis compras y lleva las bolsas al apartamento. Después de colocarlas en la encimera de la cocina, espero que vuelva a su trabajo. En cambio, se apoya con su espalda en los armarios, cruzando los brazos delante de él, y me observa mientras me lavo las manos. Puedo sentir su mirada sobre mí todo el tiempo que preparo la masa. Cada vez que lo miro de reojo, tengo que releer la receta. Me cuesta concentrarme sabiendo que está ahí, observándome, pero no es porque esté nerviosa. Es porque me gusta.

Cuando consigo terminar la masa sin estropearla, la divido en dos, coloco la mitad en la encimera frente a mí, la otra un poco a la derecha, y me giro hacia Mikhail. Señalo con un dedo la segunda mitad de la masa, luego a él, y enarco una ceja. Él ladea la cabeza, mirándome, y creo que la comisura de sus labios se curva ligeramente hacia arriba. Sin romper el contacto visual, se aleja del mostrador y se coloca a mi derecha. Una sensación de calma me invade cuando está cerca, lo que me parece bastante inusual. No me siento cómoda con personas que no conozco bien. Me resulta difícil comunicarme con ellos y generalmente terminamos en un silencio incómodo. A Mikhail no parece importarle que no pueda hablar, probablemente porque él mismo no es hablador, y el silencio entre nosotros no resulta para nada incómodo. Todo lo contrario.

Rompo el contacto visual y empiezo a trabajar la masa frente a mí, preguntándome qué hará. Mikhail me observa durante un minuto, luego coloca sus manos en su trozo de masa y copia mis movimientos. Tiene unas manos preciosas. Grandes, fuertes con dedos largos, y no puedo evitar preguntarme qué se sentiría al tener esas manos sobre mí.

Las carcajadas se suceden con la apertura de la puerta principal.



—Papi, papi, ¿qué estás haciendo? —Lena se precipita hacia nosotros mientras Sisi cierra la puerta tras ellas—. ¿Yo puedo? ¿Yo puedo?

—Las manos primero, Lena —dice Mikhail y señala con la cabeza el baño—. Luego puedes hacer galletas con nosotros.

Lena se ríe y corre al baño. Sisi se queda en el umbral, sus ojos muy abiertos mientras observa a Mikhail trabajando la masa. Ciertamente es una imagen interesante, tan grande y con aspecto

de malote con su parche en el ojo y esa camisa negra estirada sobre sus anchos hombros.

Especialmente con una mota de harina en el lateral de la barbilla. Levanto la mano con la intención de limpiársela, pero tan pronto mis dedos tocan su piel, su cuerpo se queda totalmente inmóvil. Se concentra intensamente en sus manos enterradas en la masa frente a él. Retiro parte de la harina de su barbilla con el pulgar y retiro rápidamente la mano. ¿He cruzado algún límite?

—¡Papi, papi! —Lena corre a la cocina—. ¡Estoy lista! ¿Me das un poco, por favor?

—Bien, zayka.

Mikhail deja la masa, se dirige a la mesa del comedor y vuelve con una silla. La coloca junto a la encimera, ayuda a Lena a subirse encima y desliza su masa frente a ella.

—Haré un pastel. Con chocolate. —Sonríe y me mira—. ¿Te gusta el chocolate? A papi no le gusta el chocolate, pero se comerá la tarta si la hago.

Me encanta el chocolate, pero papi dice que es malo para mis dientes.

Asiento con la cabeza, sonriendo. Se frota las manos en la parte delantera del vestido y coge el cuenco.

—Oh, tengo harina en el vestido. —Mira a Mikhail—. ¿Se lavará?

—Se lavará, Lenochka. No te preocupes.

—Tienes harina en la cara, papi. —Lena se ríe, y luego procede a jugar con la masa.

Mikhail vuelve su mirada hacia mí, observa mi mano sobre la superficie de trabajo y luego inclina la cabeza hacia un lado, ofreciéndome su barbilla. Lentamente, extiendo mi mano y retiro los restos de harina con el dorso, tomándome un poco más de tiempo del necesario.







Capítulo 7

Los dos tipos sentados en la cafetería llevan casi un minuto mirando a Bianca. Aprieto la mano en un puño y respiro profundamente. Si conseguimos terminar este viaje de compras sin que mate a alguien, me llevaré una grata sorpresa.

Lena lleva días dándome la lata con lo de las zapatillas de ballet, y finalmente he cedido y la he llevado al centro comercial. Le pedí a Bianca que viniera porque no tenía idea de dónde comprar zapatillas de ballet y porque quería pasar más tiempo con ella.

Mala decisión.

Bianca es una mujer excepcionalmente bella, así que esto es algo esperado. Que un hombre la mire de vez en cuando, podría soportarlo. Tal vez. Lo que no esperaba era que todos los hombres del centro comercial la miraran fijamente, ni lo furioso que me pondría cada una de esas miradas.

Giro la cabeza hacia la derecha y observo a mi mujer, agachada frente a un escaparate, señalando vestidos de verano a Lena. Bianca lleva unos vaqueros pitillo y una camisa blanca sin mangas atada al cuello. Los tacones blancos que lleva hacen que sus piernas parezcan increíbles, pero aun así, no es nada provocativo. Intento imaginarme cómo actuarían los hombres de aquí si se hubiera puesto una minifalda, y casi me rompo. No voy a ir allí.

Se ha dejado el cabello suelto y, con ella agachada, las puntas de sus mechones rubios pálidos casi llegan al suelo. Lena dice algo y señala el vestido de la derecha. Bianca inclina la cabeza y todo ese cabello se desliza desde su espalda hacia un lado, y algunos mechones acaban tocando las baldosas del suelo. Me agacho y recojo su cabello con la mano izquierda, levantándolo del suelo. Bianca me mira, y luego a mi mano que sostiene los sedosos mechones. Sonríe un poco y vuelve a señalar los vestidos a Lena.

—¡El rojo! Papi, ¿podemos comprar el rojo?

Miro a mi hija y suspiro.





—Tienes más de veinte vestidos, Lenochka.

—¡Por favor! Solo este, por favor, papi. A Bianca le gusta. Bianca, ¿te gusta?

Bianca se ríe en esa forma silenciosa suya y asiente, mirándome por encima del hombro. Las mujeres. Nunca hay suficiente ropa.

—Está bien, pero solo este.

Las sigo mientras entramos en la tienda y navegamos entre los estantes. Por el camino, Bianca saca lo que parecen ser todos los vestidos disponibles de la talla de Lena. Deja el montón de al menos diez vestidos sobre un taburete, coloca a Lena frente a un espejo que hay al lado y sostiene el primer vestido frente a ella. Es el rojo que le gustaba a Lena, y mi hija chilla de alegría. Bianca me mira y yo asiento con la cabeza. Coge el siguiente vestido, uno verde oscuro con detalles negros, y coloca la percha bajo la barbilla de Lena. Se miran en el espejo y Bianca la mira con una cara cómicamente disgustada. Lena se ríe y copia la expresión de Bianca.

Continúan con el calvario de cada vestido, divirtiéndose mucho, y disfruto viéndolas. Cuando terminan, Bianca se dirige a mí y sostiene no uno, sino cuatro vestidos, mirándome con ojos de perrito triste. Por supuesto, acabamos comprando los cuatro.

Cuando salimos de la tienda, Lena corre hacia la gran pecera que hay en el escaparate de una tienda de enfrente. Bianca y yo nos quedamos unos pasos atrás. De repente, me doy cuenta que un hombre se dirige en nuestra dirección -unos veintitantos años, traje de ejecutivo, parece que tiene prisa-, pero en el momento en que ve a Bianca, su paso se ralentiza. Sus cejas se alzan ligeramente mientras la observa.

Las vías neuronales de mi cerebro deben haberse roto y reorganizado, porque en ese instante decido que he terminado. Mis problemas con el contacto con la piel se pueden ir a la mierda. Agarro la mano de Bianca, la atraigo a mi lado y la rodeo con mi brazo. No está bastante cerca. No está lo suficientemente cerca. Estrecho mi brazo alrededor de ella con su espalda pegada a mi frente. La presión en mi pecho se alivia. Esto es suficiente. No necesito que un psiquiatra interprete mis acciones. Cuando un hombre ya ha perdido todo lo que amaba, es normal que se desquicie un poco y tenga miedo que pueda suceder de nuevo.

El tipo elegante levanta la vista, sus ojos se ensanchan al ver mi mirada asesina. Sí, hijo de puta. Es mía. Traga saliva, gira a la derecha y entra en la tienda más cercana. Mucho mejor. Miro a Bianca y me encuentro que me observa sorprendida, y me pregunto si debo explicar mi comportamiento errático. Entonces, una comisura de sus labios se levanta ligeramente y, como si no hubiera sucedido nada extraño, reanuda la observación de Lena siguiendo un pez con el dedo.





Bianca

No sé qué ha sucedido, pero algo se ha apoderado de Mikhail. Desde el momento en que nos conocimos, ha estado extremadamente distante, evitando casi cualquier tipo de conexión física. Aparte de algunos toques ligeros y de ayudarme a subir a su coche, rara vez ha iniciado el contacto.

Incluso empecé a preguntarme si algo iba mal. Tal vez haya decidido compensar los últimos días, porque no me ha soltado la

mano en las últimas dos horas. Fuimos a una tienda a comprar zapatillas de ballet para Lena y comprobamos algunas tiendas más por el camino. En un momento dado, Lena se quejó que estaba cansada, así que Mikhail la cogió en brazos. No me soltó la mano en ningún momento mientras la llevaba sobre su cadera izquierda, y mis ovarios casi estallaron al ver cómo sostenía a Lena con tanta naturalidad sobre su costado.

—¿Necesitamos algo más? —pregunta cuando salimos de la librería que visitamos para comprar un libro infantil para Lena.

Gira la cabeza y me mira, y por un momento me pregunto por qué.

Luego, me doy cuenta que estoy en su lado ciego y probablemente no pueda ver mi respuesta de otra manera. Sacudo la cabeza.

—Bien. Llamaré a Sisi para que venga a cuidar a Lena esta noche. Te llevaré a cenar. ¿Te parece bien?

Sonrío y asiento con la cabeza. Sí, está más que bien.

* * *

¿Es demasiado?

Me pongo de lado y me inspecciono en el espejo. El vestido es largo, con una abertura lateral y un modesto escote. Sin embargo, es rojo. Quizá debería cambiarme.

La voz de Mikhail viene del otro lado de la puerta.

—¿Estás lista?

Parece que finalmente va a ser el vestido rojo.

Abro la puerta y me encuentro con Mikhail de pie. Por la forma en que me mira, le gusta lo que ve, y eso me produce una pequeña emoción.

Me giro para coger el abrigo que dejé en la cama, pero Mikhail me lo quita de las manos y me lo tiende. Este oscuro marido mío es siempre un caballero.

Intento sacar mis mechones de debajo del abrigo, pero él se me adelanta,





deslizando sus manos bajo mi cabello en la base del cuello y levantándolo con cuidado.

—Me dejas sin aliento —me susurra al oído.

Escalofríos recorren mi columna cuando sujeta mi mano, llevándome fuera del apartamento.

Llegamos al restaurante y, mientras seguimos al maître hasta la mesa del rincón, la gente nos mira fijamente. Intentan ser

discretos, pero se centran en el parche y cicatrices de Mikhail, y luego bajan la mirada a nuestras manos unidas, con la sorpresa claramente escrita en sus rostros. Parece que Mikhail no se da cuenta, o tal vez finge que no lo hace. Lo odio por el bien de Mikhail, y finjo que no me doy cuenta de sus frías miradas o de sus susurros silenciosos.

Una vez sentados, tomo el menú para ver qué tienen, pero todo está en francés. Podría elegir algo al azar, pero me arriesgaría a que me dieran caracoles o algo igualmente repugnante. En lugar de eso, lo dejo, muevo mi silla junto a la de Mikhail y miro el menú que tiene en la mano. También está en francés, pero supongo que sabe leerlo porque nos ha traído aquí.

Mikhail me mira, pone su brazo en el respaldo de mi silla y empieza a enumerar los platos para mí. No soy especialmente exigente, así que saco mi teléfono y tecleo rápidamente.

Tú eliges, pero nada de caracoles ni nada desagradable por el estilo.

Luego dejo el teléfono en la mesa frente a él.

Mientras esperamos la comida, el camarero nos trae el vino, colocando las copas a la derecha de nuestros platos. Cuando se va, Mikhail coge su copa y la mueve hacia la izquierda.

Alcanzo mi vaso, rozo ligeramente la parte inferior de su antebrazo y miro hacia arriba.

—Está bien —dice—. Casi curado.

Vuelvo a escribir en el teléfono.

Nunca pregunté qué había pasado.

Le enseño la pantalla y le señalo el antebrazo.

—Seguimos la pista del tirador hasta una banda albanesa y fuimos a atrapar al líder para interrogarlo. Se resistió.

¿Averiguaste algo?

—No, pero lo haremos. Es solo cuestión de tiempo.





Me pregunto qué hará con los que ordenaron el tiroteo, y cuál es exactamente el trabajo de Mikhail en la Bratva, pero, de nuevo, no estoy segura de querer saberlo.

El camarero nos trae la comida poco después. No tengo idea de lo que voy a comer. Sabe a cerdo en salsa de setas y se me hace la boca agua. El plato de Mikhail también parece cerdo, cortado en pequeñas rodajas y con un fuerte condimento por encima. Huele de maravilla, así que me acerco, pincho un trozo de carne con el tenedor y me lo meto en la boca.

—¿Te gusta? —Hay una sonrisa apenas visible en sus labios, como si le divirtiera que le robe la comida.

Debería sonreír más. Saco un trozo de carne de mi plato y levanto el tenedor hacia él, preguntándome qué hará. Mikhail mira el tenedor, luego a mí y se inclina hacia adelante, tomando la ofrenda.

—Perfección absoluta —dice mirándome fijamente, y creo que no se refiere a la comida.

Por un momento me pregunto si va a besarme. La forma en que mira mis labios hace que mi cuerpo zumbe de excitación, pero entonces mira hacia otro lado. ¿Estoy haciendo algo mal? Sé que se siente atraído por mí.

Veo cómo me mira cuando cree que no estoy mirando, como si quisiera quemar la ropa de mi cuerpo con sus ojos.

¿Qué demonios pasa por tu cabeza, Mikhail?







Capítulo 8

Dimitri llama el martes por la tarde para decirme que hemos llegado a otro callejón sin salida con los albaneses, lo que agrava aún más el mal humor que tengo desde hace días. Me levanto del escritorio y me dirijo a la pared de ventanas que da a la calle.

Después que Sisi vino a recoger a Lena para una fiesta de pijamas, Bianca entró en el gimnasio, llevando sus zapatillas de ballet y su teléfono.

Unos minutos más tarde, el suave sonido de una melodía clásica llegó a mi despacho. Eso fue hace cuatro horas. He intentado ignorarlo y hacer algo de trabajo, pero las imágenes de ella bailando seguían acudiendo a mi cabeza, y no podía concentrarme en nada más.

También he tratado de evitarla durante los últimos dos días, porque cada vez que la veo, tengo unas ganas locas de agarrarla, arrastrarla a mi habitación y follarla hasta dejarla sin sentido. Antes de casarme con ella, tenía sexo regularmente. Cada una de mis parejas conocía mis reglas, la principal de las cuales era no tocarse. Pero Bianca… . . Quería tocarla por todas partes.

No sé si Bianca estaría dispuesta a ello. Parecía tan sorprendida cuando vio mi brazo. Solo duró una fracción de segundo, y si no hubiera estado atento, me lo habría perdido porque se recompuso enseguida. Mi pecho y mi espalda están en mucho peor estado que mis brazos, y no tengo idea de cómo reaccionará al verlo. Al final me verá sin camiseta. Quizá debería empezar a llevar camisetas delante de ella, para que vea mejor mis brazos y pueda estar algo preparada. Cojo el dobladillo de la camiseta y me lo subo al pecho, observando la piel cicatrizada y tratando de imaginarme mirándola a través de sus ojos. No, nada puede prepararla para eso.

Por muy malo que sea, mi ojo derecho es mucho peor. Eso, nunca lo verá.

La música que viene del gimnasio cambia a una balada de rock lenta, y no puedo ignorar las ganas locas de verla bailar un segundo más. En la puerta del gimnasio, procuro ser lo más silencioso posible mientras la abro y me apoyo en el marco de la puerta para observarla. Lleva unos leggings





negros y un top de gran tamaño, cayendo por un hombro. Su cabello recogido en lo alto de la cabeza en un moño desordenado. Sus pies están descalzos, las zapatillas de ballet tiradas junto a la pared, mientras se desliza por la habitación en una complicada serie de pasos y saltos. Termina con una hermosa pirueta.

Espero a que se dé la vuelta, pero durante varios minutos se queda de pie, mirando la pared de enfrente con las manos presionadas en la parte baja de la espalda. Cuando por fin se

gira, tiene los ojos rojos y las lágrimas le caen por la cara. Se estremece al notar mi presencia, luego aparta rápidamente la mirada y comienza a caminar hacia sus zapatillas de ballet.

Hace un gesto de dolor cada dos pasos, con la mano derecha todavía presionada en la parte baja de la espalda. Es entonces cuando me doy cuenta. La razón por la que sus papeles en las obras se acortaron en los últimos meses. La razón por la que decidió dejar la compañía. Recuerdo el cartel que decía que era su último espectáculo. Pensé que se refería a la temporada. No fue así.

Me toma varios pasos largos para alcanzarla y tomarla en mis brazos.

Ella no se resiste, solo engancha sus brazos alrededor de mi cuello y coloca su cabeza en mi hombro, todavía de cara a mí. Las lágrimas siguen cayendo, pero la expresión de su rostro es extrañamente inexpresiva. Si no fuera por las lágrimas y sus ojos rojos, nadie sabría que está llorando. La llevo al salón y me siento en el sofá, abrazándola contra mi pecho. Es extraño lo mucho que disfruto teniendo su cuerpo presionado contra el mío. Hay una manta doblada a un lado, así que la cojo y la cubro, colocándola alrededor de su mentón y sus piernas. Se siente tan pequeña acurrucada contra mí, como un gatito.

No sé cuánto tiempo estamos sentados así. Probablemente pasa cerca de una hora, porque la noche empieza a caer y la habitación se vuelve más oscura. Ha estado tan quieta que empiezo a preguntarme si se ha quedado dormida, pero entonces su mano se mueve, trazando líneas en mi pecho. Al principio, pienso que es un patrón aleatorio, pero luego me doy cuenta de la repetición de las formas. Está dibujando letras con el dedo, y tardo unos instantes en comprenderlo. No es tan difícil, solo dos palabras cortas, pero aún así espero a que repita el patrón unas cuantas veces más para asegurarme que lo he entendido bien.





Bianca

Me doy cuenta del momento exacto en que Mikhail se da cuenta de lo que estoy dibujando en su pecho, porque su cuerpo se tensa. Solo por si acaso, lo hago una vez más y trazo las letras.

B-E-S-A-M-E

Al principio no hace nada, pero luego siento que su dedo acaricia mi mejilla. Coloco mi mano alrededor de su cuello y me levanto

hasta sentarme a horcajadas sobre sus piernas. Solo el contorno de su rostro es visible en la oscuridad. La noche ha caído fuera y ninguna de las luces de la habitación está encendida. Hay suficiente luz entrando por el ventanal para que vea su cabeza inclinada y al momento siguiente, sus labios se estrellan contra los míos.

No es ligero ni tenue, sino un reclamo. Sus manos acunan mi rostro. La piel de sus manos resulta dura y callosa, pero la forma en que me abraza, como si fuera algo precioso, es demoledora. Entierro mis dedos en su cabello y me dejo devorar por sus labios pecadores mientras el fuego del deseo me consume. Rompe el beso y comienza a arrastrar besos por mi barbilla, y me inclino hacia él, sintiendo su dureza presionando en mi interior mientras mi respiración se produce en breves y rápidas ráfagas. Me quito la camiseta y procedo a desabrocharme el sujetador, pero mis manos tiemblan demasiado, así que me lo quito por encima de la cabeza.

—¿Estás segura, Bianca? —Mikhail me susurra al oído para después depositar un beso en el lateral de mi cuello.

¿Está loco? Llevo días imaginando esto. Coloco mi boca en su barbilla y lo muerdo ligeramente.

Es como si hubiera estado conteniéndose hasta ese momento, esperando mi confirmación. Se levanta del sofá sosteniéndome en brazos y me lleva hacia su dormitorio. Mientras tanto, hago lo posible por desabrocharle la camisa. Consigo desabrochar los dos primeros botones, pero hay al menos cinco más y no puedo concentrarme en desabrocharlos todos. En su lugar, meto las manos en la abertura, agarro ambos lados de la camisa y los separo con todas mis fuerzas. El material se rompe. Los botones se sueltan y caen al suelo.

Mikhail me tumba en la cama, me quita los leggings y las bragas y empieza a desabrocharse los pantalones. Demasiado lento. Lo necesito dentro de mí ahora o me volveré loca. y en el momento en que se quita los pantalones, salto de nuevo a sus brazos y engancho mis piernas alrededor de su cintura.





Nunca había sido tan atrevida con un hombre. Marcus me dijo una vez que debería ir a terapia porque era fría y poco cariñosa. Tenía razón.

Nunca he disfrutado realmente del sexo con él o con otros. Durante años, pensé que algo podría estar muy mal en mí, ya que ninguna de mis parejas podía excitarme. Como el sexo es necesario para una relación, me limitaba a soportarlo porque era lo que se esperaba, y fingía el orgasmo.

Frígida. Pensé que era frígida. Aparentemente no, porque estoy tan húmeda que, si pudiera pensar racionalmente, me avergonzaría.

Sujetándome por debajo de los muslos, Mikhail se da la vuelta y presiona mi espalda contra la pared. Está diciendo algo en ruso y, aunque no entiendo ni una palabra, el mero hecho de escuchar su áspera voz en mi oído hace que me derrita por dentro. Dios, tengo tantas ganas de sentirlo dentro de mí que todo mi cuerpo tiembla.

—Mi pequeña bailarina —dice mientras besa mi cuello—. Sería mucho más fácil si no fueras tan hermosa.

Mikhail se posiciona y me baja lentamente sobre su polla. No ha llegado ni a la mitad de camino dentro de mí, y ya tengo espasmos en torno a su enorme longitud. Cuando se hunde completamente en mi interior, jadeo y mi cuerpo se estremece. La sensación de su dura polla dentro de mí y la áspera pared contra mi espalda me llevan al borde del orgasmo mientras me estira de la mejor manera posible.

Susurra palabras extrañas pero seductoras en mi oído mientras sus grandes manos aprietan mis nalgas. Sus labios besan el punto sensible de mi cuello cuando finalmente comienza a moverse. Con cada embestida, se introduce más en mi interior, llegando a un punto que ningún hombre había alcanzado antes. Lento al principio, y luego más rápido. Clavo mis uñas en su piel a medida que sus embestidas aumentan en intensidad, y siento que mi cuerpo empieza a cosquillear con mi inminente orgasmo. Es una locura. Embriagador. La más absoluta devastación de mi cuerpo y mi mente. Me penetra como un poseso, cada golpe de sus caderas contra las mías hace que mi espalda se estrelle contra la pared, robándome el aliento.

Me corro y Mikhail sigue justo detrás de mí.

Estoy tan agotada que no puedo reunir las fuerzas necesarias para soltar mis brazos del cuello de Mikhail, así que simplemente escondo mi cara en el pliegue de su cuello y dejo que me lleve a la cama. Lo último que recuerdo antes de quedarme dormida son unas palabras en voz baja y un ligero beso en mi cabello.





Mikhail

Acerco a Bianca más a mí, maravillado por la sensación de tenerla finalmente entre mis brazos mientras observo su rostro iluminado por la luz de la luna. Trazo el contorno de su ceja con un dedo, luego su pequeña nariz y sus labios carnosos. Es tan hermosa que jodidamente duele. Me parece un sacrilegio tenerla atada a alguien como yo, o que mis manos manchadas de sangre la toquen, manos que han matado y mutilado a tantos. Ella se merece algo mejor. Una casa con una valla y una vida sin

preocupaciones con un hombre normal. Un hombre honesto que no tuviera que mentirle ni ocultar las cosas malas que hace cuando va a "trabajar". Un hombre que nunca volvería a casa cubierto de sangre.

Se merece poder ir a un restaurante sin que la miren fijamente mientras la gente que la rodea cuchichea entre sí, discutiendo por qué coño está con alguien como yo. Hace años que me acostumbré a las miradas y a los susurros en voz baja. No me molestan en absoluto. Pero no me gusta que Bianca sea objeto de cotilleo. Si fuera un hombre mejor, la habría echado, anulado el matrimonio y liberado. Supongo que soy un mal hombre, porque no pienso dejarla ir.

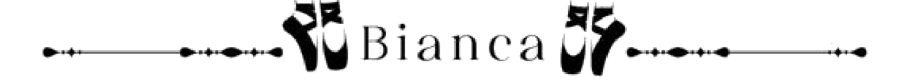
¿Cómo voy a decirle que le oculté el hecho de saber el lenguaje de signos? ¿Que, en lugar de facilitarle la situación, se la hice más difícil?

¿Cómo voy a explicarle mi egoísmo? ¿Me odiará por ello?

No me voy a mentir pensando que Bianca se siente atraída por mí, no soy un iluso. Ella estaba en un mal lugar esta noche, vulnerable, probablemente sola, y anhelando el contacto humano. Y yo era el único aquí. Por la mañana, es probable que se arrepienta de lo que pasó entre nosotros, así que disfrutaré de estos momentos robados. Tendrá que ser suficiente. Pongo mi cabeza en la almohada detrás de la suya, entierro mi cara en su cabello y el abrazo aún más fuerte.







Capítulo 9

La habitación en la que me despierto me resulta vagamente familiar.

Me siento en la cama y miro a mi alrededor. La habitación de

Mikhail. Yo, en la cama de Mikhail. Sonrío y vuelvo a caer sobre las almohadas. Dios, solo de pensar en la noche anterior me dan ganas de salir corriendo de la habitación, buscar a Mikhail y arrastrarlo a la cama conmigo.

El reloj de la mesita de noche marca las 7 de la mañana. ¿Dónde está?

¿En serio me ha dejado aquí y se ha ido a hacer ejercicio como hace cada mañana? No se hace eso después de darle a una mujer el mejor sexo de su vida la noche anterior. ¿Dónde están los abrazos? ¿Ducharse juntos? ¿Una segunda ronda?

Me levanto de la cama, voy al armario de la pared opuesta y robo otra de las camisetas de Mikhail. Si no recuerdo mal, la asistenta vendrá hoy a hacer la gran limpieza, y no quiero ponerla en evidencia si llega temprano. Cuando salgo de la habitación, no hay nadie alrededor. No hay ama de llaves ni rastro de mi marido. Me dirijo a la habitación de invitados para ducharme y lavarme el cabello, y luego voy a la cocina a preparar café.

Desplazo mi teléfono mientras bebo el elixir oscuro y veo tres mensajes, uno de Milene y dos de Angelo, todos con fecha de anoche.

21:12 Milene: ¿Qué le vas a comprar a Nonna? Por favor, dime que no le vas a comprar otro sombrero.

Maldita sea. Con todo lo que ha pasado, olvidé por completo la fiesta de cumpleaños de Nonna Giulia.

Abro una nueva ventana de mensajes y empiezo a escribir un mensaje para Mikhail.

07:29 Bianca: Se me olvidó que mi abuela cumple 96 años el próximo domingo. Tengo que ir a comprarle un regalo.

A continuación, abro los mensajes de Angelo.





23:44 Angelo: ¡¿PAPÁ DEJÓ QUE TE CASARAN CON

MIKHAIL ORLOV?!

23:45 Angelo: ¡No me jodas Bianca! No tiene gracia.

Miro fijamente los mensajes. Parece que Angelo conoce a Mikhail, y no es un fanático.

07:31 Bianca: No te estoy jodiendo. ¿Cómo conoces a mi marido?

La puerta del gimnasio se abre y Mikhail sale. ¿Por qué lleva otra vez una camiseta de manga larga? Nadie en su sano juicio lleva camisetas de manga larga en junio, y sé con certeza que tiene al menos veinte camisetas, menos las dos que robé. Entra en la cocina y se dirige a la nevera sin ni siquiera mirarme.

—Sisi vendrá sobre las tres con Lena, así que, si necesitas algo, hazle una lista y ella lo comprará por el camino. —Coge una botella de agua, cierra la nevera y se dirige a su dormitorio—. Podemos ir a comprar el regalo para tu abuela el viernes si quieres. —Me mira por encima del hombro.

¿En serio? ¿No hay beso de buenos días ni nada? Bueno, que se joda él y su serenidad. He terminado de jugar a este juego de caliente y frío.

¿Quiere fingir que no pasó nada anoche? No hay problema. Yo puedo hacer lo mismo.

Asiento y vuelvo a prestar atención a mi teléfono.

* * *

—Pero quiero que Bianca venga también.

Dejo la caja con las especias que estoy organizando y miro a Lena. Está de pie en la puerta con Mikhail agachado frente a ella y subiendo la cremallera de su chaqueta.

—Bianca, Bianca, ven con nosotros. Si te portas bien, papi te comprará un donut. Siempre me compra un donut si me porto bien en el parque.

Mikhail me observa durante unos segundos y, cuando no hago ningún movimiento, se dirige a Lena.

—En otro momento, Lenochka. Bianca está ocupada.

Sí, Bianca está ocupada con el orden de una cocina ya impecable, tratando de distraerse, meditando sobre todas las posibles explicaciones al extraño comportamiento de su marido. Suspiro, saco mi teléfono y envío un mensaje a Mikhail.





17:13 Bianca: No tengo chaqueta. La mayor parte de mi ropa para el frío sigue en casa de mi padre.

No esperaba que la temperatura bajara tanto. La mayoría de las cajas que Denis trajo de mi casa tenían vestidos, ropa de verano y mis conjuntos de teatro que no quería dejar atrás. Solo tengo aquí mi elegante abrigo, y pensaba pedirle a Milene que embalara el resto de mi vestuario.

El teléfono de Mikhail suena. Lo saca del bolsillo de sus

vaqueros, mira la pantalla y empieza a escribir. Mi teléfono vibra un segundo después. ¿En serio? Resoplo. Estamos a menos de tres metros de distancia y ¿me devuelve el mensaje?

17:14 Mikhail: Puedes tomar prestada una de mis sudaderas.

Levanto la vista y muevo la cabeza. Mientras él va a su dormitorio, yo vuelvo a guardar las especias en el cajón y me dirijo a la puerta para ponerme las zapatillas. Lena está saltando a mi alrededor, balbuceando sobre donuts, cuando siento la mano de Mikhail en la parte baja de mi espalda y me giro. Lleva una sudadera gris doblada en la otra mano. Parece que tiene algo más que ropa negra.

Me pongo la sudadera con capucha y me miro. El dobladillo casi me llega a las rodillas. Las mangas sobrepasan por lo menos la punta de mis dedos. Levanto la vista y veo a Mikhail observándome. Se esfuerza por mantener una expresión seria, pero tiene los labios muy apretados. Se cruza de brazos, se tapa la boca con el puño, sacude la cabeza y se echa a reír. Es rica y gutural, y no puedo apartar los ojos de él. Es tan hermoso cuando se ríe.

—Estira los brazos —dice.

Los levanto y él me sube las mangas, primero la izquierda y luego la derecha. Sigue sonriendo y quiero volver a besarle.

—Bianca, Bianca, te ves rara con la ropa de papi. —Lena se ríe a mi lado.

Hay un espejo a la izquierda de la puerta, así que doy unos pasos y miro mi reflejo. Mi aspecto es aún más cómico con las mangas remangadas tres veces. Mikhail se coloca detrás de mí y nuestros ojos se fijan en el espejo.

Ya no sonríe, solo observa nuestros reflejos durante unos segundos antes de apartarse bruscamente.

—¿Quieres que nos pasemos antes por una tienda? ¿Para comprarte algo de tu talla? —pregunta sin mirarme y abriendo la puerta.

Lo pienso por un momento. ¿Tengo cara de idiota? Probablemente.

¿Me importa? No. Me doy la vuelta, cojo la mano de Lena y me dirijo hacia el ascensor. Espero que no sea su sudadera favorita, porque me la quedo.





Mikhail

He jodido algo, y no estoy seguro de qué. Bianca está enfadada conmigo desde esta mañana por razones que no puedo entender. Me he pasado todo el día intentando averiguar qué he hecho mal, y aún no tengo idea. Aunque parece que lo peor ha pasado,

porque cuando le cogí la mano cuando salíamos del edificio, no se apartó. Sin embargo, me dirigió una mirada mordaz con los ojos entrecerrados.

Sentada en el banco del borde del parque infantil, observo a Bianca mientras persigue a Lena por el arenero. Llevan una hora jugando. Primero en el tobogán y luego en la casita infantil, donde Lena preparó un almuerzo imaginario con hojas y piedras que recogió. Bianca fingió que se las comía.

Mi mujer parece aún más joven con mi sudadera excesivamente grande, y por un momento siento una punzada de culpabilidad. ¿Y si Roman tenía razón? Tal vez debería haber dejado que Kostya la tuviera. Está más cerca de ella en edad, así que probablemente tendría más cosas de las que hablar con él que conmigo. De todos modos, no hablo mucho. Los dos habrían sido mucho más adecuados como pareja.

No puedo dejar de pensar en el momento antes de salir de mi casa, cuando me puse detrás de ella y vi nuestros reflejos en el espejo. Bianca, incluso con esa sudadera ridículamente grande, parecía tan hermosa y sofisticada. Y luego estaba yo, asomando sobre ella como un monstruo horrible. Sabía que hacíamos mala pareja, pero hasta ese momento no había comprendido hasta qué punto.

—¡Papi, papi! —grita Lena y me hace un gesto con la mano—. ¡Ven, papi!

Me levanto y me dirijo hacia el arenero.

—¿Qué pasa, Lenochka?

—Tú eres el lobo ahora, papi. Tú persigues. Bianca y yo nos escaparemos. —Se ríe y corre hacia el otro extremo del parque.

Me vuelvo hacia Bianca, de pie a unos pasos, observándome con una pregunta en los ojos. Doy unos pasos hasta estar frente a ella, me inclino y susurro en su oído—. Corre, mi corderito.

Inclina la cabeza hacia mí y sus labios se ensanchan en una sonrisa traviesa, luego gira sobre sus talones y corre hacia Lena, escondida detrás del tobogán. Doy las primeras zancadas en su dirección, y cuando Lena me ve llegar, grita y se lanza hacia la izquierda, riendo. Corro tras ella. Tardo menos de diez segundos en llegar hasta ella, y chilla de alegría cuando la





levanto por la cintura. Le doy un beso en la mejilla, la sujeto bajo el brazo izquierdo y me giro hacia Bianca.

Hay una expresión de suficiencia en su rostro mientras me observa, pero se transforma en sorpresa cuando corro hacia ella con Lena riendo locamente bajo mi brazo.

—¡Más rápido, papi!

Bianca se lanza hacia la casita infantil al otro lado, y es bastante

rápida. Sin embargo, soy más rápido y mis zancadas son mucho mayores.

La alcanzo a pocos metros de la casa de juegos, la agarro por la cintura con el brazo libre y la atraigo hacia mí. Se está riendo, no puedo escucharla, pero puedo sentir cómo se mueve su pecho bajo mi brazo. La levanto del suelo y las llevo a las dos hasta la pequeña cafetería que hay al otro lado de la calle del parque.

Bianca

Todavía me estoy riendo cuando se abren las puertas correderas dobles y Mikhail nos lleva a la cafetería. Algunas personas de la sala nos miran sorprendidas. Una pareja mayor sentada junto a la ventana sonríe y vuelve a sus tés y pasteles. En el otro lado de la tienda, una mujer de mediana edad sentada con otra señora mira la cara de Mikhail sin vergüenza, luego le da un codazo a su amiga e inclina la cabeza en nuestra dirección. Qué descaro tienen algunas personas.

Mikhail me suelta y, tomando mi mano entre las suyas, se dirige hacia la caja registradora.

—¿Café, sin leche? —pregunta, y yo asiento con la cabeza. Se acuerda que me tomo el café solo.

—Papi, tengo que orinar —susurra Lena.

—Solo un segundo, Lenochka.

Mikhail pide un café para mí y un zumo de naranja para Lena, le dice a la cajera que lo prepare para llevar y me da su cartera.

—Tengo que llevar a Lena al baño.

Sosteniendo la cartera en una mano, me señalo con la libre, ofreciéndome a llevar a Lena, pero Mikhail niega con la cabeza.

—Está bien. Yo la llevaré —dice y conduce a Lena hacia los baños.





Preparo la cantidad que aparece en la caja registradora y levanto la vista para encontrar al tipo del otro lado, observándome mientras sirve el café. Dirige una mirada hacia el baño, donde Mikhail acaba de entrar con Lena, y luego vuelve a mirarme y sonríe. No le correspondo.

—Tu padre es un tipo que da mucho miedo —dice y asiente hacia el baño.

Pongo los ojos en blanco. ¿En serio? A primera vista, Mikhail

puede parecer mayor de treinta y un años por el parche en el ojo y las cicatrices, pero es más que evidente que no puede ser mi padre.

—¿Crees que me dejaría llevarte al cine o algo así? —El camarero se inclina hacia delante y me guiña un ojo.

¿Este tipo es real? Apenas tiene diecisiete años, si es que los tiene. Es un idiota. Dejo el dinero en el mostrador y me giro justo cuando Mikhail y Lena salen del baño. Lo evalúo, observando la forma en que sus vaqueros negros le quedan perfectamente, y cómo su jersey negro se amolda a su pecho y estómago duros como una roca, recordando lo que sentí al ser inmovilizada contra la pared por ese magnífico cuerpo la noche anterior.

—¿Preparada para salir? —pregunta Mikhail cuando llega a mi lado.

Sonrío, cojo el zumo de Lena del mostrador y se lo doy con la pajita.

Luego, pongo la mano en el pecho de Mikhail y, recogiendo un puñado de tela entre los dedos, tiro de su jersey. Su rostro es inexpresivo, pero capto una ligera confusión en sus ojos mientras se agacha. Cuando su rostro se detiene unos centímetros por encima del mío, me pongo de puntillas y presiono mis labios contra los suyos.

Se suponía que iba a ser un beso rápido, pero en el momento en que siento su boca en la mía, toda la razón sale volando por la ventana. Lo siguiente que sé es que estoy agarrando la nuca de Mikhail mientras me aplasta contra su cuerpo. Mis pies cuelgan del suelo y nos besamos como si no hubiera un mañana.

—¡Puaj! —Escucho exclamar a Lena y mis ojos se abren de golpe.

Un ojo imposiblemente azul me mira con tal intensidad que, por un momento, me cuesta respirar. No recuerdo que nadie me haya mirado así, nunca.

—Ty luch solntsa v pasmurnyy den' [4], Bianca —dice en mis labios, me besa de nuevo y me baja lentamente al suelo.

Me siento como si hubiera corrido un kilómetro y medio, porque el corazón me late como un loco en el pecho. Respiro profundamente y me giro

4 Ty luch solntsa v pasmurnyy den': Eres un rayo de luz en un día nublado.





para coger mi café del mostrador. El camarero me mira fijamente, con los ojos muy abiertos.

—Ojos fuera de mi mujer, chico —dice Mikhail detrás de mí.

El tipo parpadea, mira a Mikhail y da un paso atrás.

—Papi, papi, ¿podemos ir a comprar donuts ahora? ¿Podemos papi?

—Seguro, zayka. —Mikhail se inclina para levantar a Lena, me toma de la mano y nos lleva hacia la salida.

Mikhail

Mi teléfono empieza a sonar justo cuando entramos en el apartamento.

—Lávate las manos, Lenochka. —Señalo la bolsa de papel que contiene su donut, que tiene aferrada a su pecho—. Y primero la cena. Puedes comerte el donut después. ¿De acuerdo?

—¡Bien, papi!

Saco el teléfono, miro la pantalla y me dirijo a Bianca.

—Es Roman. ¿Puedes ayudar a Lena? Tengo que coger esto.

Asiente con la cabeza, desliza su mano por mi antebrazo y se apresura a ir al baño. Todavía me cuesta procesar lo mucho que disfruto de sus caricias.

—¿Pakhan? —digo en el teléfono.

—Necesito que vayas a ver a Sergei —dice—. No contesta al teléfono desde esta mañana, y tiene una reunión con los hombres de Mendoza esta noche. Si él no está en condiciones de aceptarla, necesito que vayas tú en su lugar.

—Estaré allí en una hora.

Guardo el teléfono y voy al baño donde Bianca está ayudando a Lena a secarse las manos.

—Tengo que irme. —Alargo la mano y retiro un mechón de cabello de su mejilla—. Llamaré a Sisi para que venga a vigilar a Lena. No sé cuánto tiempo tardaré.

Bianca me mira, sacude la cabeza, se señala el pecho y luego a Lena.

—¿Estás segura?

Asiente y toma la mano de Lena.

BROKEN

PERFECTLY IMPERFECT whispers

—Lenochka. —Me inclino y rozo su barbilla con el pulgar—. Papi tiene que ir a trabajar. Bianca se quedará contigo, ¿vale?

—Bien, papi. —Sonríe y se vuelve hacia Bianca—. Bianca, Bianca,

¿podemos hacer una fiesta de pijamas? ¿Podemos, por favor?

—Primero la cena, zayka. Y pórtate bien.

—Sí, papi. —Coge la mano de Bianca y empieza a tirar de ella—.

Vamos Bianca. Primero la cena, luego el donut y después la fiesta de pijamas.

Bianca deja que Lena la guíe fuera del baño y hacia la cocina. Las sigo con la mirada y luego me dirijo a mi dormitorio para cambiarme en caso que acabe yendo a esa reunión más tarde.

Al salir, me desvío un poco hacia la cocina, donde las chicas están sentadas en la barra del desayuno, preparando sándwiches.

—Escucha a Bianca —le digo a Lena y le doy un beso en la cabeza.

Cuando levanto la vista, encuentro a Bianca mirándome. Dios, tengo tantas ganas de aplastar mi boca contra la suya, pero no me atrevo. No tengo ni idea de lo que ha pasado antes en la cafetería para que me bese, y no quiero presionarla. No puede ser fácil para ella, así que, en lugar de eso, me limito a rozar su mejilla con un dedo.

—Mándame un mensaje si tienes algún problema con Lena —digo y me giro para marcharme.

Cuando estoy en la puerta, miro hacia atrás y encuentro a Bianca observándome con los ojos entrecerrados. Puede que me equivoque, pero parece que está enfadada conmigo otra vez.

Mientras arranco el coche y me pregunto qué coño voy a encontrar cuando llegue a casa de Sergei, escucho mi teléfono emitir un mensaje entrante.

19:31 Bianca: No has comido.

Miro fijamente el mensaje. No lo he hecho. Y ella se ha dado cuenta.

19:32 Mikhail: Compraré algo en el camino.

19:32 Bianca: Te prepararemos un sándwich y lo dejaremos en la nevera. Por si acaso.

19:33 Mikhail: Gracias.

Dejo el teléfono en el salpicadero y salgo del garaje. En algún momento del camino, escucho llegar otro mensaje, pero no lo abro hasta que aparco frente a la casa de Sergei. Cuando lo hago,

me siento al volante durante cinco minutos, mirando su mensaje.





19:52 Bianca: A partir de ahora, yo también espero un beso de despedida. Por favor, tenlo en cuenta, Mikhail.

Bianca

Después de la cena y de un rápido baño, acuesto a Lena en su cama y la cubro con su manta de flores.

—Bianca, Bianca, ¿puedes contarme un cuento? Por favor, Bianca.

Cojo mi teléfono, busco el canal online que tiene cuentos infantiles y me tumbo en la cama con ella. Dios, se parece tanto a Mikhail, que me pregunto si hay algún rasgo que haya heredado de su madre. Quizá su nariz, que es muy pequeña. Alargo la mano para acomodar mejor su manta.

Se dirige a mí.

—A papi le gustas.

Sonrío y acaricio su mejilla. Ella no puede saberlo. Ni siquiera yo sé qué pensar del comportamiento de Mikhail.

—Papi te besó. Y te tomó de la mano. Creo que a papi le gustas mucho, mucho, Bianca. A papi no le gusta tocar a la gente.

Mi mano en la mejilla de Lena se congela, todo mi cuerpo se queda quieto.

—Tú también me gustas, Bianca. ¿Te gusto yo?

Vuelvo a rozar su mejilla y asiento con la cabeza.

—Bianca, ¿por qué no puedes hablar? ¿Te has hecho daño en la boca?

Mi papi se lastimó el ojo. Noemi dice que mi papi tiene un solo ojo, pero miente. Papi tiene dos ojos. Le pregunté y me lo mostró. Noemi dice que mi papi es feo. ¿Papi es feo, Bianca?

Se me corta la respiración. Coloco las manos a ambos lados de su carita, sacudo la cabeza y articulo con la boca: —No.

—Papi dice que es un poco feo. Le pregunté. Pero eres tan bonita, Bianca. Eres como una princesa. Me gusta tu cabello. ¿Tendré el cabello largo como el tuyo?

Entonces Lena comienza a contar lo que sucedió en la guardería, algo sobre un camión de juguete que uno de los niños rompió y que hizo llorar al otro, pero me resulta difícil concentrarme. Hubo una frase que dijo Mikhail anoche. Se me olvidó en ese momento porque estaba demasiado absorta con sus besos. Algo sobre que sería más fácil si no fuera tan bonita.





Oh, Dios. Cierro los ojos y sacudo la cabeza. Las mangas largas, la distancia que ha mantenido, todas esas señales de caliente y frío. . Las cosas tienen mucho más sentido ahora.

Mikhail

—¡Sergei! —Golpeo la puerta con la palma de la mano por tercera vez—

. Si no abres esta puerta, la voy a derribar.

La alarma zumba y la cerradura emite un chasquido. Agarro el pomo, abro la puerta y entro.

—¡No te atrevas a dispararme! —grito en la sala de estar vacía—. Y

frena a esa bestia tuya.

—No puedes romper una puerta reforzada que cuesta más que un coche, gilipollas. —Escucho la voz de Sergei desde la cocina y me dirijo hacia allí, luego me detengo en el umbral.

Sergei está sentado en la mesa del centro de la cocina, con un rifle de francotirador desmontado delante de él, puliendo una de sus piezas y silbando. Toda la superficie de una mesa de seis plazas está apilada con armas de diversos tipos. Pistolas, cuchillos, rifles automáticos y semiautomáticos, y Dios sabe qué más hay.

A unos metros, sobre una manta doblada junto a la pared, yace un perro negro del tamaño de un ternero pequeño. Me observa durante unos instantes, luego mira a Sergei y vuelve a dormirse.

Saco el teléfono del bolsillo y llamo a Roman.

—¿Cuándo y dónde es la reunión con los mexicanos? —pregunto en el momento en que coge la llamada.

—Estarán en Ural alrededor de las once.

Miro mi reloj. Las ocho y media.

—Probablemente seré yo quien vaya a la reunión. Avisa a Pavel.

—¡Joder! ¿Cómo está?

—Acabo de llegar. Te llamaré más tarde. —Corto la llamada y tomo asiento frente a Sergei.

—¿Pakhan te envió? —pregunta sin mirarme y sigue puliendo la pieza del rifle.



PERFECTLY IMPERFECT whispers

—Sí. No contestabas al teléfono. Se preocupa. —Señalo con la cabeza hacia la mesa—. ¿Haciendo el inventario?

—Como si lo fuera. No puedo dormir. —Coloca la pieza pulida en una caja que tiene a sus pies y que contiene el resto de las piezas del rifle de francotirador, y cierra la tapa.

—¿Desde cuándo?

—Dejé de contar. Tres días. Tal vez cuatro.

—Jesús, Sergei. —Sacudo la cabeza—. ¿Has estado comiendo?

—Creo que sí, sí. Tengo algunas latas en la despensa.

Me doy la vuelta, buscando a su septuagenario mayordomo-jardinero-cocinero.

—¿Dónde está Félix?

—Mandé a Albert a un hotel por una semana.

Desde que conozco a Sergei, nunca ha llamado a Félix por su nombre real. Siempre es Albert. No tengo la menor idea qué pasa con ellos dos, pero Félix ha estado viviendo en un pequeño apartamento encima del garaje desde que Sergei compró la casa y se unió a la Bratva hace cuatro años.

—¿Por qué enviarlo fuera? —pregunto.

—Me estaba poniendo de los nervios. Tenía miedo de matarlo por accidente. —Resopla, coge la pistola que tiene más cerca y empieza a desmontarla.

—¿Tal vez deberías ir a visitar a un psiquiatra?

Me mira, se echa hacia atrás en su silla y se cruza de brazos.

—Para que el asunto del psiquiatra funcione, Mikhail, tienes que hablar realmente con el tipo sobre las cosas que te molestan. Para la mayoría de las cosas que me molestan, firmé documentos que decían que mantendría la boca cerrada o acabaría en la cárcel. O algo peor.

Lo más peligroso de Sergei es que la mayor parte del tiempo no parece loco en absoluto. Sus ojos son claros, sus movimientos controlados, su voz es firme, y para alguien que lo observa desde fuera, parece una persona perfectamente equilibrada. Hasta que empieza a matar gente. Incluso ahora, si no fuera por las armas esparcidas por la mesa, lo único que se vería es un tipo limpio de unos veintitantos años. Relajado. Charlando como si nada lo molestara.

—¿Qué hay de los somníferos? —pregunto.

—¿No crees que ya los he probado? —Suspira y reanuda la limpieza del arma—. No funciona. Nada jodidamente funciona.



—¿Has pensado en dejarlo? ¿Dejar la Bratva e ir a alguna isla desierta o lo que sea?

—Yah, no lo haría por mí. Sin trabajo, probablemente me volvería loco por completo.

Y que Dios nos salve a todos si eso llega a suceder. Si Sergei enloquece en algún momento, alguien tendrá que sacrificarlo como a un perro rabioso.

—¿Qué tal si intercambiamos con Pavel? Podrías llevar los clubs.

Menos estrés allí.

Me mira y se echa a reír.

—¿Te imaginas a nuestro refinado Pavel negociando con Mendoza? No me malinterpretes, Pavel hace un gran trabajo con los clubes, pero Mendoza se lo comería vivo. Perderíamos millones.

Probablemente lo haríamos. Todavía me cuesta entenderlo, pero Sergei es excepcionalmente bueno en lo que hace. Parece que, para hacer buenos negocios con gente desquiciada, necesitas tener tu propio lunático que hable su tipo de locura.

—¿Y qué hay de la reunión con sus hombres esta noche? —pregunto—.

¿Puedes encargarte de eso, o debería ir yo en tu lugar?

Me mira y sonríe.

—Odias las reuniones.

—Sí, bueno, órdenes de Pakhan. —Me encojo de hombros—. ¿Entonces?

—Será mejor que te vayas. No estoy seguro de cuánta mierda puede soportar mi cerebro privado de sueño en este momento. A Roman no le gusta mi forma de mostrar desagrado.

—¿Como intentar cortarle la mano a Shevchenko cuando pidió mejores condiciones?

—Lo que pidió fue un robo. —Mete la mano debajo de la mesa, saca una gran caja de metal de aspecto bastante pesado y la coloca sobre la mesa—. ¿Sabes que les hacen a los ladrones en algunos países? Les cortan las manos. Me gusta esa práctica.

¿Por qué no me sorprende lo más mínimo? Miro el reloj.

—Será mejor que me vaya entonces.

Sergei asiente.

—No te dejes llevar por ellos. Ya hemos fijado las tarifas y las

cantidades para este trimestre, te mandaré un mensaje con los números.

—De acuerdo. —Me pongo de pie—. Llámame si necesitas algo. Y por favor, empieza a atender las llamadas de Roman.





—Seguro. —Se encoge de hombros, abre la tapa de la caja y saca algo que parece un pequeño lanzagranadas.

—No tienes un tanque escondido en el garaje, ¿verdad?

—¿Un tanque? ¿Por qué coño iba a tener un tanque en el garaje?

—No hay razón. Solo me preguntaba.

—Si necesitas un tanque, puedo pedírselo a Luca. Él tiene la mejor mierda.

—¿Luca Rossi? —Lo miro—. Si Roman descubre que estás comprando armas a los italianos, no acabará bien. Sabes que acordamos la exclusiva para la compra de armas con Dushku.

—Puedo comprar mis armas personales a quien quiera, Mikhail. —

Sonríe—. Pero sería mejor que Roman no se enterara. Probablemente le dará un ataque, ya sabes lo dramático que es mi hermano.

Sacudo la cabeza.

—Llámame si necesitas algo.

—Lo haré. Hazme saber si cambias de opinión sobre ese tanque.

Cuando vuelvo a mi coche, llamo a Sisi, luego a Denis, y después envío un mensaje a Bianca.

21:19 Mikhail: No sé cuándo regresaré, probablemente por la mañana.

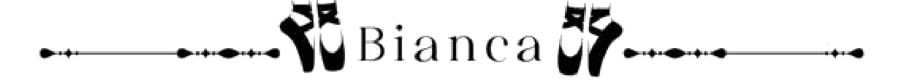
Sisi acudirá temprano para ayudar a Lena a prepararse para la guardería.

Denis irá a llevarte a tu clase de ballet después de dejarlas. Te estaré esperando cuando termines. Solo mándame un mensaje con la dirección.

Después, llamo a Roman para ponerlo al día sobre Sergei, pongo el teléfono en el salpicadero, arranco el coche y maldigo. Lo único que odio más que las negociaciones comerciales con nuestros proveedores son los clubes.







Capítulo 10

Cuando salgo del edificio de la escuela hacia el mediodía, Mikhail ya me está esperando junto a su monstruoso todoterreno. Está apoyado en el capó con los brazos cruzados delante del pecho, luciendo malvado y sexy en su traje negro y sus gafas de

sol. Su postura despreocupada indica que no tiene ninguna preocupación en el mundo, pero no me engaña. Es consciente de todo lo que ocurre a su alrededor. Me he dado cuenta que, cada vez que llega a un lugar, examina su entorno y sopesa todas las posibles amenazas que hay en los alrededores. Es como si siempre estuviera esperando que alguien saliera de los arbustos y empezara a disparar.

—¿Qué tal la clase? —pregunta cuando me acerco.

No tengo intención de hablar acerca que la clase ha ido muy bien, o que me han pedido que vuelva la semana que viene. Mikhail me debe algo de la noche anterior, y pienso cobrarlo. Me detengo frente a él, ladeo la cabeza y lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿Pasa algo, Bianca?

Asiento con la cabeza. Desde luego que sí. Levantando la mano delante de mí, curvo mi dedo, pidiéndole que se agache. Mikhail baja la cabeza. Ojalá no llevara esas gafas de sol, porque incluso sin ellas es difícil leerlo. Enfoco mi mirada en sus labios, todavía a un par de centímetros de los míos, y veo que se curvan ligeramente. Su mano sujeta mi barbilla, y al momento siguiente, choca su boca con la mía.

No es un beso suave, sino algo crudo y hambriento. Siempre está perfectamente controlado, pero las pocas veces que ha perdido la compostura me hacen preguntarme qué es lo que acecha. Estoy deseando que llegue el momento en el que las riendas de su control se rompan por completo.

Suelta mi barbilla, pero no se aparta.

—¿Y ahora? ¿Sigue habiendo algo mal?





Sonrío y niego con la cabeza. Está aprendiendo. Coloco mi mano en su cara, pero en el momento en que mis dedos tocan la piel de su mejilla derecha, levanta la cabeza bruscamente y da un paso atrás.

—Deberíamos irnos si queremos evitar el tráfico —dice y me abre la puerta del acompañante.

Estamos a medio camino del apartamento cuando Mikhail saca su teléfono y llama a alguien. Vuelve a hablar en ruso, y las únicas

palabras que capto son "Ford Explorer". La persona al otro lado dice algo, y entonces Mikhail corta la llamada.

—Vamos a tomar un pequeño desvío —dice.

Mantenemos un ritmo constante, conduciendo durante unos veinte minutos. Pronto dejamos atrás el ajetreo del tráfico de la ciudad y hay menos edificios frente a la autopista. Nos dirigimos a algún lugar fuera de la ciudad. De repente, Mikhail pisa el acelerador. Agarro el pomo de la puerta y me agarro como si mi vida dependiera de ello. El velocímetro del salpicadero empieza a subir, rápidamente, hasta alcanzar casi los cien kilómetros por hora. Mikhail mira por el espejo retrovisor y gira bruscamente a la derecha, tomando un estrecho camino de tierra. Miro por detrás al Ford Explorer negro tomando la misma curva y acelerando tras nosotros. Mikhail sigue conduciendo, manteniendo la distancia durante veinte minutos más, y luego gira por otro camino de tierra en dirección a una fábrica situada a lo lejos. Su teléfono suena una vez y se detiene.

—Toma mi teléfono —dice—. Envía un mensaje a Denis. Es el número al que acabo de llamar.

Cojo el teléfono, busco la llamada en el registro y abro una ventana de mensajes.

—Escribe. . Necesito uno de ellos vivo.

Me tenso, mis dedos se congelan sobre el teclado durante un segundo, luego escribo el mensaje y lo envío.

—Ahora, escúchame bien —dice, mirando de nuevo el espejo retrovisor—

. Voy a aparcar delante de la fábrica. Te encierras, te tiras al suelo y no sales del vehículo. Pase lo que pase. ¿Lo has entendido?

Asiento con la cabeza y trato de controlar el pánico invadiendo mi pecho.

—Si las cosas van mal, arrancas el coche y te vas. Ve al centro, aparca en un lugar concurrido y espera. Alguien acudirá a recogerte lo antes posible. El coche tiene seguimiento por GPS.

¿Y dejarlo en medio de la nada? ¿Está loco? ¿Cómo va a volver?

—¿Entiendes lo que digo, solnyshko?





No pienso dejarlo, pero no es el mejor momento para tener esa discusión, así que asiento.

—Bien.

El coche chirría hasta detenerse frente a la entrada de la fábrica.

Mikhail se quita las gafas de sol, mete la mano bajo el asiento y

saca un arma.

—Enciérrate.

Sale de un salto y cierra la puerta tras de sí, y luego se va.

Mikhail

Corro hacia el interior de la fábrica abandonada, amartillo el arma y me sitúo junto a la ventana rota, que me permite ver directamente la carretera y el portón de entrada. El vehículo que nos ha seguido atraviesa la puerta un momento después y se detiene a unos cinco metros de mi vehículo.

Nadie sale durante un par de minutos. Probablemente están debatiendo qué hacer. Finalmente, una de las puertas traseras se abre y sale un hombre con un arma preparado. Apunta a la ventana trasera de mi coche y dispara. No sucede nada, así que lo intenta tres veces más.

Es un coche blindado, idiota.

Lanzo una rápida mirada hacia la puerta. ¿Dónde diablos está Denis?

Si empiezo a disparar, podrían salir corriendo de aquí y los perderíamos.

La otra puerta trasera se abre y sale un hombre calvo de unos cuarenta años con una escopeta. Mierda. No estoy seguro de cuántos disparos puede soportar el cristal, y no pienso arriesgar la vida de Bianca.

Apunto a la cabeza del calvo, visible por encima de la puerta del vehículo, y disparo. Su cabeza se inclina hacia atrás y se derrumba en el suelo en el mismo momento en que disparo al segundo tipo. Hay unos segundos de silencio y luego se abren las dos puertas delanteras. Me agacho antes que el conductor y otro tipo abran fuego en mi dirección.

Los cristales de la ventana empiezan a llover sobre mí. Uno de los trozos más grandes se incrusta en mi espalda, junto al hombro. Me echo hacia atrás y lo saco, cortándome la mano en el proceso.

Un motor cobra vida y, por un segundo, creo que Denis ha llegado finalmente. Pero el sonido está demasiado cerca. Un

segundo después se escucha un ruido de aplastamiento y los disparos cesan. Miro por la





ventanilla y sacudo la cabeza. Mi sofisticada mujercita acaba de embestir el vehículo de los perseguidores.

Salgo corriendo del edificio y corro hacia los tiradores, que están tirados en el suelo. Sus puertas debían estar abiertas cuando Bianca los golpeó.

Parece que el conductor está más o menos ileso, y ya está cogiendo su arma tirada en el suelo a unos metros de él. Le disparo en la cabeza antes que llegue a ella, recojo el arma y rodeo el coche. El último tipo está agachado en el suelo, vomitando. A juzgar por la cantidad de sangre en la parte posterior de su cabeza, se ha golpeado bastante fuerte. Le quito el arma de una patada cuando oigo el sonido de otro coche acercándose. Cinco segundos más tarde, Denis aparca detrás de mí y sale de un salto.

—Veo que ya tiene todo controlado, jefe. —Sonríe como un idiota.

—¿Dónde coño estabas?

—Me equivoqué de camino. Lo siento, jefe.

Maldigo y señalo los otros tres cuerpos.

—Revísalos. Luego llama para que limpien. —Me vuelvo hacia el tipo que vomita—. Embolsa a este y llévalo al almacén este. Lo interrogaré mañana. Llama al médico para que lo vea, si es necesario. Lo necesito vivo.

Me doy la vuelta y me dirijo hacia mi todoterreno.

Bianca

¿Lo primero que dice mi marido cuando abre la puerta después que le haya salvado la vida?

—Has destrozado mis luces traseras.

Levanto las cejas, resoplo y me paso al asiento del copiloto. Mikhail sube y, cuando se acerca a encender el coche, me doy cuenta de la sangre que tiene en la mano derecha. Respiro con fuerza y pongo mi mano sobre la suya. Suelta las llaves y me deja inspeccionar su palma. Hay suciedad mezclada con la sangre. No puedo ver por dónde sangra y no quiero arriesgarme a empeorar la situación tratando de quitar la suciedad. Cojo el dobladillo de mi camiseta, arranco un trozo de tela y lo envuelvo con cuidado alrededor de su mano. Cuando levanto la vista, me encuentro con que me está mirando. Me señalo a mí misma y luego al volante.

—Es solo un rasguño, Bianca. Puedo conducir —dice y arranca el coche.





Mikhail se pasa todo el viaje de vuelta a su casa hablando con alguien por el altavoz. No estoy seguro de quién es, pero la voz me resulta familiar, probablemente su Pakhan. No tengo ni idea de lo que se dice porque toda la conversación ocurre en ruso, así que me reclino en mi asiento y cierro los ojos.

Me han disparado. Otra vez. En menos de un mes. ¿Se convertirá esto en una norma para mí ahora? Estar casado con la Bratva parece ser mucho más amenazante para la vida de lo que esperaba. Entonces, ¿por qué demonios no me estremece más ese

hecho? Abro los ojos solo un poco y observo a mi marido. Hay algo increíblemente sexy en la forma en que Mikhail habla en ruso, parece menos reservado. No sé si es porque utiliza su lengua materna o porque está cerca de Petrov. ¿Estará alguna vez tan relajado conmigo?

Mikhail aparca el coche en el garaje subterráneo y, cuando se inclina para abrir la puerta, observo una mancha roja en el asiento de cuero beige.

Está herido. ¿Por qué no ha dicho nada, maldita sea? Le sigo con la mirada y veo una mancha húmeda en su camisa, cerca del omóplato izquierdo.

¿Qué coño le pasa? Salto del asiento, cierro la puerta del coche y le miro.

—¿Otra vez enfadado conmigo?

Le señalo el hombro y lanzo las manos al aire. Por supuesto, estoy enfadado.

—No es nada, Bianca. Relájate.

¿Relajarse? ¿Está sangrando por todas partes y quiere que me relaje?

Me doy la vuelta y empiezo a marchar hacia el ascensor.

Cuando entramos en el apartamento, voy directamente a la cocina, abro el cajón de abajo donde guardé el botiquín la vez anterior y empiezo a sacar el material. Mikhail me observa desde la puerta, mientras yo alineo las cosas en la encimera de la cocina y luego me froto las manos. Una vez hecho esto, me vuelvo hacia él y espero.

Mikhail sigue de pie en el mismo sitio, mirándome fijamente, y juro que, si no viene aquí en este momento, voy a arrastrarlo yo misma.

Finalmente, se mueve y va directamente al lavabo. Después de quitarme el vendaje improvisado y lavar la sangre, pone la mano en la encimera frente a mí, con la palma hacia arriba.

Se ha cortado tres dedos, probablemente con un cristal, pero es bastante superficial. Le limpio los cortes, le aplico crema

antibiótica y le pongo una tirita en cada uno. Cierro la caja y le señalo el hombro, indicándole con el dedo que se dé la vuelta.

—No. Yo me encargo de eso.

¿Y cómo piensa tratar él mismo la herida de la espalda? Ladeo la cabeza hacia un lado y le digo: —El hombro.





Me ignora y coge el spray antiséptico. Por el amor de Dios, es un maldito testarudo. Coloco mi mano sobre la suya y presiono mi

otra mano sobre su pecho. Lentamente, trazo las letras de su pecho con la punta del dedo.

F-A-V-O-R.

Observa mi dedo, luego me mira a los ojos y hay una mirada en su rostro. . No puedo definirla, pero parece vulnerable.

—Bien —dice, y agarrándome por la cintura, me levanta para que me siente en la encimera.

Durante unos instantes se queda ahí, con las manos agarrando el borde del mostrador a ambos lados, el cuerpo inclinado hacia delante y la mandíbula marcando una línea dura. Nuestros rostros están tan cerca que puedo sentir su aliento en mi piel mientras el azul profundo de sus ojos me observa de cerca.

—No es un espectáculo bonito, Bianca —dice Mikhail con voz uniforme, con el rostro cerrado—. Si no puedes soportarlo, solo dilo.

No tengo problemas con la sangre. Él ya lo sabe. Me falta algo.

Mikhail me da la espalda y empieza a desabrocharse la camisa. Un sentimiento de temor se acumula en mi estómago. Recuerdo su brazo de aquella vez que lo vi. Siempre lleva mangas largas, y la otra noche, cuando puse mis manos en su espalda, noté crestas en su piel. Aunque estaba demasiado oscuro para ver nada. Su vacilación no es por la herida en absoluto. No quiere que le vea la espalda.

Mikhail termina de desabrocharse la camisa, se la quita y la tira al suelo. Miro fijamente su espalda mientras las lágrimas comienzan a acumularse en las esquinas de mis ojos, y ninguna cantidad de autocontrol puede evitar que caigan. Unas largas marcas, ligeramente levantadas pero descoloridas por la edad, cruzan su torso. Viejas heridas. Tantas... tantas. Hay algunos parches de piel intacta, pero aparte de eso, toda su espalda es un tapiz de tejido cicatricial.

Cierro los ojos un segundo y me quito las lágrimas con la mano.

Cuando vuelvo a mirar, Mikhail sigue en la misma posición, de espaldas a mí, mirando al frente y dejando que me sacie. Respiro profundamente, cojo la compresa y el spray antiséptico y me fijo en el corte de su omóplato izquierdo. No es muy profundo,

probablemente no necesite puntos. Limpio el corte con una gasa estéril varias veces, cubro el corte con una crema antibiótica y luego coloco vendas de mariposa para mantener la piel unida.

Una vez hecho esto, pongo una capa de gasa sobre la herida y la aseguro con unos trozos de esparadrapo. Vuelvo a respirar para prepararme para el dolor que vendrá y coloco mi mano en la parte superior de su brazo.





—Date la vuelta, Mikhail. —Mi voz es muy débil, apenas un

susurro, pero parece que estoy gritando porque me duele la garganta como si alguien me estuviera restregando papel de lija sobre las cuerdas vocales.

Mikhail se gira para mirarme, y el movimiento es tan rápido y repentino que me sobresalto. Me mira como si me hubiera crecido otra cabeza. Desplazo mi mirada hacia su pecho. No hay marcas de látigo, pero tiene quemaduras en el costado y el estómago, así como numerosas cicatrices de cortes de cuchillo, como las de los brazos. Dios mío, ¿cómo está vivo?

Miro su rostro cerrado, alzo las manos y las entierro en su cabello. Sin apartar los ojos de los suyos, engancho un dedo bajo el cordón de su parche y espero. No dice nada, solo aprieta los dientes y asiente. Asiento con la cabeza y le quito el parche.

Todavía tiene ambos ojos, pero mientras su ojo izquierdo es claro y de color azul marino intenso, el iris del derecho es mucho más pálido y está empañado. La piel que lo rodea y el párpado presentan fuertes cicatrices, como si alguien hubiera intentado extirparle el ojo.

—Me queda alrededor de un cinco por ciento de visión en el ojo derecho

—dice con voz distante—, pero interfiere con la vista en el izquierdo, haciendo que todo esté borroso. Llevo el parche todo el tiempo, excepto cuando duermo, hago ejercicio o me ducho.

Oh, Mikhail ... ¿qué te ha pasado? Me pregunto si alguna vez me lo dirá. Como estoy sentada a esta altura, estamos casi cara a cara, así que me inclino hacia delante hasta que nuestras narices se tocan y pongo las palmas de las manos a ambos lados de su cara, sintiendo las duras crestas que marcan su piel.

—Jesús, Bianca. —Cierra los ojos y toca su frente con la mía—. ¿Cómo puedes soportar mirarme?

Estiro la mano para retirarle un mechón de cabello que le ha caído sobre la frente y rozo con el dorso de mi mano su mejilla derecha. El dolor que experimentó al sostener esto debe haber sido insoportable. La más larga de las cicatrices divide su ceja derecha en dos partes, y trazo mi dedo a lo largo de ella, luego por su nariz, hasta llegar a su boca.

—Creo que... —Mi garganta grita de dolor, pero continúo de

todos modos—. Eres… sexy.

Acaricio su rostro con mis manos y le doy un beso en los labios. Luego otro. Estoy obsesionada con sus labios. Creo que podría pasarme horas besándolo.

—Estás loca, solnyshko.

No, no estoy loca. Solo enamorada de él.





No me importan las cicatrices ni su ojo. Para mí, es el hombre más apuesto que he conocido. Despacio, deslizo mis manos por su pecho y sus abdominales hasta llegar a la cintura de sus pantalones y comienzo a desabrocharlos. Mikhail suelta un sonido a modo de gruñido, me agarra por mi cintura y me lleva hacia su dormitorio.

—Quítate la ropa —dice mientras me deposita en la cama.

Me quito la camiseta y los vaqueros en un tiempo récord, y tanteo el cierre de mi sujetador mientras él engancha sus dedos en la cintura de mis bragas y las desliza por mis piernas.

—Eres ...—me da un beso en el tobillo—, tan jodidamente hermosa. —

Otro beso, este en el interior del muslo.

Le observo mientras se agacha, entierra su cara entre mis piernas y lame mi coño.

—No soy muy atractivo, —otro lametón—, pero me aseguraré que nunca pienses en ningún otro hombre, Bianca.

Me introduce un dedo y empieza a chuparme el clítoris. Es demasiado, pero al mismo tiempo quiero más. Añade otro dedo y, oh, Dios, creo que voy a estallar. Sus dedos están forzando mis paredes, su lengua rodea mi clítoris, y arqueo la espalda de la cama mientras una ola de placer sacude mi cuerpo. Mikhail retira su boca de mi coño y, de repente, siento la punta de su polla en mi entrada, pero no la introduce de inmediato. En su lugar, su gran cuerpo se cierne sobre el mío, su mano agarrando mi nuca mientras me mira con ojos desorbitados.

—¡Mía! —Gruñe mientras empieza a deslizar su polla dentro tan lentamente, que siento que voy a perder la cabeza—. Si veo que algún hombre te toca, lo mato, Bianca. —Apoya su palma en mi mejilla, se introduce en mi interior y se retira.

Respiro bruscamente y mis ojos se ponen en blanco. Mikhail levanta mis piernas para que se apoyen en sus hombros y se introduzca más en mi interior. Vuelve a tocar ese punto y siento que me acerco al clímax. Cuando levanta mis caderas de la cama y me penetra, los temblores empiezan a sacudir mi cuerpo. Las estrellas blancas estallan detrás de mis párpados al tiempo que siento mi orgasmo, mientras Mikhail continúa penetrándome,

destruyéndome de la mejor manera posible.







Capítulo 11

Felicidad. No recuerdo la última vez que me sentí realmente feliz.

Satisfecho, sí. Pero esta emoción, esta sensación de ingravidez que inunda todo mi cuerpo, es completamente extraña. Miro a Bianca, acurrucada a mi lado, su mano en mi pecho y una pierna metida entre las mías, y se me calienta el corazón.

—Tengo que levantarme —susurro depositando un beso en la parte superior de la cabeza de Bianca—. Sisi llegará con Lena en media hora.

Me mira, sonríe y coge mi mano para inspeccionar mis dedos. Al comprobar que las tiritas siguen en su sitio, se levanta, me hace un gesto para que me dé la vuelta. Las persianas de la ventana están subidas y toda la habitación está bañada en luz, lo que deja a la vista todas las marcas de mi piel. Aun así, me pongo boca abajo y, mirando a la ventana, espero.

Coloca la palma de su mano en la parte baja de mi espalda y la mueve lentamente hacia arriba, con un toque imposiblemente ligero. Siento el cosquilleo cuando su cabello cae sobre mi piel, y luego sus labios, depositando un beso entre mis omóplatos, donde las cicatrices son peores.

—Por favor, … no hagas eso.

La sensación de cosquilleo se extiende hacia arriba cuando las puntas de su cabello rozan la piel justo debajo de mi hombro, y ella se inclina y me susurra al oído.

—¿Por qué?

—Jesús, cariño, ¿cómo puedes siquiera preguntar?

—Me gustas… tú, Mikhail —dice ella, su voz apenas audible—. Cada…

parte… de ti.





La última palabra se pierde, y lo único que escucho son sus cortas respiraciones mientras un escalofrío recorre mi espalda. Me pongo en posición sentada, acuno su cara entre mis manos y espero equivocarme.

—Duele cuando hablas, ¿verdad?

Me mira y asiente.

Cierro los ojos y beso su frente. Deberían encerrarme como el

bastardo que soy. Un bastardo egoísta y mentiroso que hizo que se hiciera daño sin razón.

—No volverás a hacer eso. —Pongo mi dedo en sus labios—. Prométeme.

Su cara decae, pero asiente, haciéndome sentir aún peor. Mierda. Me levanto de la cama, me pongo los pantalones, colocándome delante de la ventana, observando las personas que se apresuran en la calle de abajo. Me va a odiar.

Llevo mis manos a la nuca y respiro profundamente.

—Necesito decirte algo.

Mikhail se comporta de forma extraña de repente, caminando de un lado a otro frente a la ventana. Se detiene un segundo, me mira, sacude la cabeza y vuelve a pasearse. ¿Ha pasado algo? Debe de ser algo malo, porque no recuerdo haberlo visto nunca tan angustiado.

Finalmente, se detiene y se vuelve hacia mí.

—Sé que te enfadarás, y tienes derecho a hacerlo. Espero que me perdones por no habértelo dicho enseguida. Lo siento.

Mis ojos se agrandan y mi mandíbula casi cae al suelo al ver sus dedos haciendo formas familiares mientras habla. La forma en que sus manos se mueven, rápidamente y con facilidad.. Dios mío, no solo está familiarizado con el lenguaje de signos. Sé lo justo para una conversación cotidiana. Nunca sería capaz de tener discusiones filosóficas y cosas así. Pero por la forma en que Mikhail hace los signos, es evidente que es un profesional.

—¿Por qué? —Hago una seña y lo miro fijamente, asegurándome que toda la tristeza y decepción sean visibles en mi rostro.

—Porque habría requerido explicaciones, y no estaba preparado para dártelas. Lo siento.

—¿Y no podías decirlo?

Bajando de la cama, sin mirarlo, voy directamente a la habitación de invitados, cerrando la puerta con todas mis fuerzas.





* * *

El sonido de la risa de Lena llega a mis oídos y me siento en la cama. Me he pasado dos horas tumbada, mirando al techo, pensando.

Mikhail conoce el lenguaje de signos, y no ha dicho ni una palabra en todo este tiempo. Fue egoísta y grosero, como ponerse los tapones en los oídos a propósito, solo para no escuchar lo que la otra persona tiene que decir. Me siento tan traicionada.

—Pero quiero tortitas —me llega la voz de Lena a través de la puerta—.

Por favor, papi.

No oigo lo que dice Mikhail, solo la respuesta infeliz de Lena.

—Está bien, papi.

Cuando salgo de la habitación de invitados, veo a Mikhail de pie junto a la encimera, con una sartén y un cartón de huevos delante. Lena está sentada en la alfombra del salón, jugando con el libro que compramos el otro día, pero cuando me ve llegar, se levanta de un salto y corre en mi dirección.

—Bianca, Bianca, ¿puedes hacer tortitas? Papi no sabe hacerlas. ¿Puedes hacer tortitas?

Sonrío, rozo con el dorso de mi mano su mejilla sonrosada y asiento con la cabeza.

Chilla de alegría, agarra mi mano y empieza a arrastrarme hacia la cocina.

—Papi, papi, Bianca va a hacer tortitas.

Me empuja hacia la cocina y me encuentro de pie junto a Mikhail, con mi hombro rozando su brazo. Lena me suelta la mano y vuelve corriendo al salón, dejándome a solas con mi marido, quien me ha engañado.

—No hace falta —dice sin mirarme—. Le haré huevos revueltos.

Lo ignoro y voy al otro lado de la cocina para coger la batidora del cajón, luego abro el armario para sacar un bol. Está en el segundo estante, así que me pongo de puntillas y lo cojo. Dos grandes manos me rodean la cintura mientras Mikhail me levanta los últimos centímetros. Una vez que consigo lo que busco, me baja sin decir nada, y luego sale de la cocina y se dirige a sentarse en el suelo junto a Lena. Ella coge el libro y se sienta en su regazo, y





lo observo mientras señala algo en la página, haciendo ruidos de animales.

Lena se ríe y le da un beso en la mejilla, y luego señala otra cosa.

Me pongo a hacer la masa de las tortitas, pero no puedo resistirme a echarles una mirada cada pocos minutos. Es tan extraño mi marido. No lo entiendo, y sigo enfadada con él, pero no puedo obligarme a ignorar su presencia. Es como si una fuerza mágica me atrajera hacia él. Aunque estoy enfadada, me cuesta

mucho autocontrol evitar ir hacia allí solo para estar más cerca de él.

Mientras espero a que las tortitas se doren, reviso mis mensajes en el teléfono. Hay tres de Milene, preguntando cómo van las cosas y por el regalo de Nonna. Mierda. Me he vuelto a olvidar de él. Le mando un mensaje rápido diciendo que todo va bien y preguntando por el colegio. El siguiente mensaje es de Angelo.

11:17 Angelo: ¡Todo el mundo conoce al maldito Mikhail Orlov! ¡No puedo creer que papá haya hecho eso! ¿Estás bien? No sé cuándo volveré.

Tengo que lidiar con algunas mierdas aquí, pero tan pronto como esté de vuelta iré a verte. Si te hace algo, tienes que decírmelo enseguida y me encargaré de él.

Doy la vuelta a las tortitas y leo el mensaje una vez más, confundida.

¿Qué cree que me está haciendo Mikhail?

21:13 Bianca: Estoy muy bien. ¿Cuál es el problema de estar casada con Mikhail? ¿Os habéis peleado en algún momento o algo así?

El mensaje de mi madre es el siguiente. Me pregunta por el viaje de compras que le prometí, otra vez. La ignoro, guardo el teléfono y vuelvo a las tortitas.

Casi he terminado cuando suena el teléfono de Mikhail. Coge la llamada y, durante unos instantes, se limita a escuchar a la persona que está al otro lado y luego maldice. Levantando a Lena, la lleva a la cocina, la coloca en uno de los taburetes y se gira hacia mí.

—¿Puedes vigilar a Lena durante una hora o así? Ha surgido algo y es demasiado tarde para llamar a Sisi.

Asiento con la cabeza y vierto más masa en la sartén.

—No tardaré mucho.

Me da un ligero beso en la parte superior de la cabeza y luego se va.

Cierro los ojos y respiro profundamente. Es difícil seguir enfadada con





Mikhail cuando cada célula de mi cuerpo parece, de alguna manera, estar en sintonía con él, anhelando acercarse.

Mikhail

Aparco el coche en el interior del almacén, salgo de él y me dirijo

a la esquina donde el albanés de esta mañana está sentado en el suelo. Parece medio muerto. Me vuelvo hacia Denis, que está junto a él, y aprieto los dientes.

—¿Dónde coño está el doctor? —Mordí.

—Está fuera de la ciudad. No puede llegar hasta mañana. Le conté los síntomas del tipo, y dice que fue una conmoción cerebral grave, o que tiene una hemorragia intracraneal. Necesita ir a un hospital.

Miro al bastardo sentado en un charco de su vómito.

—Se atrevió a disparar al coche mientras mi mujer estaba dentro. No va a ir a ninguna parte.

Hay una botella de agua en una silla cercana, así que la cojo y le tiro el contenido en su cabeza. Se estremece, murmura algo incoherente y se apoya en la pared. Por lo pálido que está y la mirada desenfocada de sus ojos, no durará mucho. Tendré que trabajar rápido.

Vuelvo a mi coche, abro el maletero y saco una caja de herramientas. Por fuera, parece una caja de herramientas normal y corriente, pero al levantar la caja interior se descubre un compartimento oculto, donde guardo las verdaderas herramientas de mi oficio. Cojo una de las jeringuillas y un bisturí, y vuelvo.

—¿Qué es eso? —pregunta Denis, señalando la jeringuilla.

—Disparo de adrenalina —digo mientras entierro la aguja en el costado del cuello del tipo—. Puede que lo haga más coherente durante un rato. Nunca lo he probado en alguien con una conmoción cerebral.

—Así que, ¿le hará mejorar? ¿Por qué no pensó Doc en eso?

—Porque Doc no se gana la vida matando gente. —Tiro la jeringuilla a un lado, me agacho y tomo la mano del albanés—. Cuando la adrenalina abandone su sistema, se estrellará. Con fuerza. Agarra sus hombros y mantenlo quieto.





Sujetando al tipo por la muñeca, le fuerzo la palma de la mano hacia el suelo y coloco el bisturí en la raíz del pulgar. El albanés vuelve en sí en el momento exacto en que le corto el dedo y empieza a gritar.

—Cállate de una puta vez. —Le doy una bofetada en la cara. No es lo más sensato teniendo en cuenta su estado, pero estoy de mal humor—. Escúchame bien. Vas a morir esta noche. Puede ser rápido, o puedo asegurarme que sea extremadamente doloroso y duradero. Asiente con la cabeza si lo entiendes.

Gime y asiente con la cabeza, tratando de sacar su mano de mi agarre.

Deslizo el bisturí y corto otro dedo, lo que provoca otro ataque furibundo.

—¿Quién te envió a interceptarnos y cuáles eran tus órdenes? —le grito a la cara.

—No sé —se atraganta—. Arben habló con el tipo que pagó el trabajo.

—¿Quién es Arben?

Murmura algo y cierra los ojos. Parece que la adrenalina no está funcionando.

Le doy otra bofetada.

—He dicho, ¿quién es Arben?

—El conductor.

Uno de los tipos a los que disparé. Mierda.

—¿Qué querían que hicieras?

—Matar al hombre con el parche en el ojo. —Me mira y se estremece—.

Era solo un trabajo.

—¿Qué pasa con la mujer?

—El tipo dijo que ella no es importante.

No es importante. Respiro profundamente, tratando de no matarlo de inmediato.

—¿Algo más?

—N-n-no.

—¿Sabes cómo era el hombre que se reunió con Arben?

—No. —Su voz es apenas audible ahora.

Joder. Me pongo de pie y sacando el arma de la funda bajo la

chaqueta.

—No es importante —escupo y le disparo en la cabeza.





Me vuelvo hacia Denis y le clavo la mirada.

—Asegúrate de no llegar tarde la próxima vez, Denis.

Da un paso atrás.

—Por supuesto, jefe.

—Bien. Limpia este desastre.

Bianca

Es casi medianoche y estoy empezando a preocuparme. ¿Dónde está Mikhail?

Cuando Lena se durmió, fui a la cocina a arreglar el desorden y luego me di una ducha rápida, esperando que él volviera para cuando yo terminara.

¿Pasó algo?

Cojo una de sus camisetas que le he robado y me la pongo. Estoy terminando de trenzarme el cabello cuando siento que unas palmas ásperas cubren mis manos. Suelto los mechones y mi cabello cae mientras miro el reflejo de Mikhail en el espejo. Colocándose detrás de mí vuelve a dividir mi cabello en tres secciones, y luego empieza a trenzarlo. Sus movimientos pueden ser un poco torpes, pero parece que sabe lo que hace.

—Mi hermana siempre me molestaba para que le trenzara el cabello cuando nuestra madre no estaba —dice sin mirarme a los ojos, y hay tanto dolor en esa única frase, que me atraviesa el corazón.

—Oksana era sorda de nacimiento. Era cuatro años mayor que yo, así que aprendí el lenguaje de signos antes de aprender a leer.

No es solo el hecho que esté usando el tiempo pasado. Puedo sentirlo en el tono de su voz. . Algo malo le ocurrió a su hermana. Mikhail levanta la cabeza y nuestras miradas colisionan en el espejo. Hay una mirada tan atormentada en sus ojos, que sé con certeza que lo que pasó es mucho peor de lo que puedo imaginar.

Tomo el lazo para el cabello del armario, se lo ofrezco a Mikhail y espero a que asegure la trenza.

—No es mi mejor trabajo, me temo. —Suspira—. Puede que quieras hacerlo de nuevo.





—Es perfecto —afirmo ante el espejo.

Mikhail coloca sus manos en mis caderas, me da la vuelta y alza su mano deslizando un dedo por un lado de mi rostro.

—Lo siento.

Suspiro, tiro de su brazo hasta que se inclina y le doy un beso en los labios.

—¿Estoy perdonado?

—Todavía no. Tendrás que trabajar mucho más para eso.

Levanta la ceja izquierda y sus labios se ensanchan ligeramente.

—¿Qué tenías pensado? ¿Algún tipo de trabajo manual?

—Sí. —Sonrío y empiezo a desabrochar su camisa.

Siento sus manos en mi estómago, subiendo y tirando de mi camisa.

—Será mejor que empiece entonces.

Tira de mi camisa por encima de mi cabeza, desliza mis bragas y me coloca de cara al espejo, con la espalda desnuda pegada a su pecho. Miro fijamente nuestros reflejos, yo completamente desnuda y él de pie detrás de mí con su camisa negra y sus pantalones de vestir. Me da un beso en el cuello mientras sus manos se acercan a mi cintura y empiezan a deslizarse lentamente hacia abajo, sobre los huesos de la cadera y luego hacia abajo.

—Quiero que veas —su mano derecha se desliza aún más abajo, entre mis piernas—, lo hermosa que eres cuando te corres.

Su palma se desliza por mi coño mientras muerde mi hombro al mismo tiempo, haciéndome estremecer por la sensación combinada. Un dedo entra en mi interior y me agarro a su antebrazo, presionándome contra su mano.

Hay algo impropio en verme así, con él tocándome tan íntimamente mientras sigue completamente vestido.

Su otra mano se desliza hacia abajo, su dedo rodea mi clítoris y luego presiona el punto más alto de mi coño. Un gemido silencioso escapa de mis labios y cierro los ojos, disfrutando de la sensación.

—Ojos en el espejo, Bianca. O me detengo.

Abro los ojos al instante.

—Buena chica.





No puedo apartar los ojos de la escena del espejo. El enorme cuerpo de Mikhail presionado contra el mío, sus manos entre mis piernas, sus labios trazando una línea de besos en mi hombro. Otro dedo entra en mí mientras él empieza a acariciar mi clítoris con la otra mano, cambiando el ritmo de lento a rápido, y luego de nuevo a lento, haciendo que mi cuerpo tiemble con más fuerza.

—Vente para mí, mi corderito —me susurra al oído y enrosca sus dedos dentro de mí, presionando mi clítoris, y yo exploto.

Los temblores que sacuden mi cuerpo son tan fuertes que no puedo mantenerme erguida, así que me agarro a su antebrazo con las dos manos y observo a Mikhail en el espejo. Sereno. Ni un cabello fuera de su sitio.

Mirándome directamente a los ojos. Malvado, hombre malvado. Los tipos silenciosos son siempre los más peligrosos.







Capítulo 12

Ha estado robando mi ropa. Según mis cálculos, se ha llevado al menos cuatro camisetas, mi sudadera favorita y una camisa de vestir. Y parece que ha decidido que necesita otra sudadera para su colección.

—¿Servirá esta? —pregunto.

—Sí, perfecto. —Bianca coge la sudadera negra que tengo en la mano, se la pone y empieza a remangarse.

Sé que tiene el resto de sus cosas. Denis fue a casa de su padre hace dos días y trajo las cajas que empaquetó su hermana.

—¿Hay alguna posibilidad que me la devuelvas esa? —le digo acariciando su rostro con el dorso de la mano.

Me mira, sonríe y sacude la cabeza. Mi pequeña ladrona. Sonrío, tomo su barbilla para inclinar su cabeza y la beso.

—¡Sisi, Sisi, se están besando de nuevo! —Lena grita desde algún lugar detrás de mí—. Roby me pidió que me besara hoy y le dije que sí. Me ha besado en la mejilla. Mañana le diré que me bese en la boca.

Levanto la cabeza. Giro sobre mis talones, doy una zancada hacia la cocina, donde Lena está viendo a Sisi preparar el almuerzo, y me agacho frente a mi hija.

—No beses a los chicos, Lena. Eres demasiado joven para eso.

—No lo voy a hacer. Me voy a casar con Roby —dice, muy seria, y Sisi se echa a reír.

Dios mío. No esperaba tener esta conversación durante otra década.

—¿Por qué quieres casarte con Roby? ¿Es una buena persona?

—No, siempre se pelea con otros chicos.

BROKEN NA

PERFECTLY IMPERFECT whispers

—Entonces, ¿por qué quieres casarte con él, Zayka?

—¡Tiene dos perros y un periquito, papi!

—¿Te gustaría tener una mascota, Lenochka? ¿Un pez de colores tal vez?

—Por favor, no digas un periquito.

—¡Quiero un periquito, papi! Por favor, por favor, ¿puedo tener

un periquito? Sisi, Bianca, ¡papi ha dicho que puedo tener un periquito!

¿Podemos ir a comprar un periquito ahora? Papi, ¿cuándo vamos a comprar mi periquito?

Maravilloso. Suspiro.

—De acuerdo. Iremos a comprar un periquito la semana que viene, Lena.

—¡Sí! —chilla encantada y empieza a correr alrededor de la mesa del comedor.

Hay un ligero toque en mi antebrazo derecho. Giro la cabeza y veo a Bianca de pie, observándome con una expresión divertida en su rostro.

—¿Crees que dejará de hablar de casarse con Roby cuando tenga el perico? —pregunto.

—No —Bianca se queda con la boca abierta y sonríe.

—Sí, yo tampoco lo creo.

—Eres un padre extraordinario —señala ella—. Ella tiene suerte de tenerte.

Coloco la palma de mi mano en su mejilla. No tiene idea de lo mucho que significan sus palabras para mí.

—Mikhail —dice Sisi desde la cocina—, hay una reunión de padres prevista para mañana por la tarde en la guardería. ¿Quieres que vaya?

—¡Papi irá a la reunión! —grita Lena por debajo de la mesa—. Papi, papi,

¿vas a ir?

—Papi irá a la reunión, zayka.

—¿Puede venir Bianca? Bianca, Bianca, ¿vienes con papi?

Miro a Bianca y la encuentro mirándome.

—No tienes que ir.

—Me encantaría ir —firma, ladea la cabeza y continúa—. ¿No te gusta ir a la guardería?

Le toco la barbilla. No pensé que fuera tan fácil de leer.



—No.

—¿Por qué?

—Porque algunos de los amigos de Lena me tienen miedo.

Pone los ojos en blanco.

—Los niños pueden ser estúpidos a veces.

Mi corderito. La mayoría de los días parece mucho más madura que sus veintiún años, pero la verdad es que es demasiado inocente. Si no lo fuera, probablemente vería lo que esos niños sienten inconscientemente, que deben darse la vuelta y correr tan rápido como puedan tan pronto me vean llegar.





Capítulo 13

Bianca quería comprar un regalo para su abuela, y yo esperaba que fuéramos a un centro comercial o a una joyería. En lugar de eso, me encuentro con una pequeña y estrecha tienda especializada en sombreros a medida. Cuando entramos, me convencí que me había equivocado de dirección. Nada de lo que se expone aquí se parece ni remotamente a un sombrero. Todo son plumas multicolores e ikebana. Uno, en particular, que atrae mi atención parece un pájaro muerto.

Bianca señala algo que parece un plato azul con un surtido de flores artificiales blancas y verdes que brotan de él. Es espantoso.

—¿Hablas en serio?

Se limita a asentir con la cabeza, coge la monstruosidad azul verdosa y se la pone. Me cuesta no reírme cuando se acerca al espejo y empieza a girar la cabeza a izquierda y derecha, observando el sombrero desde todos los ángulos. Incluso con esa locura puesta, es increíblemente hermosa. Ha elegido una falda de flores que le llega a las rodillas y la ha combinado con un top beige y unos tacones del mismo color. Me he acostumbrado a verla con el cabello suelto o en una trenza, pero hoy se lo ha recogido en un moño en la parte superior de la cabeza. Creo que quiere causar una buena impresión a la profesora de la guardería. Se vuelve hacia mí y me hace una señal.

—Nos lo llevamos. —Luego, lleva el horrible sombrero a la caja registradora.

Cuando salimos de la tienda, cojo a Bianca de la mano y la dirijo hacia el pequeño restaurante con mesas al aire libre que he visto al final de la calle.

Tengo que volver al trabajo después de recoger a Lena, y no volveré hasta tarde, así que quiero pasar un poco más de tiempo con ella.

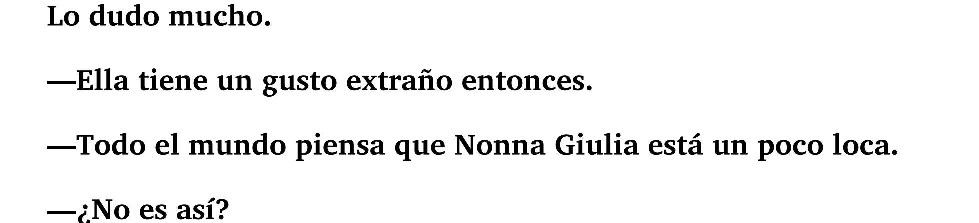




Tomamos una de las mesas laterales y, mientras esperamos la comida, observo los alrededores. Esta situación con los albaneses empieza a preocuparme.

—Entonces, ¿estás segura que a tu abuela le gustará esa.. cosa? —Doy un sorbo a mi vino y miro la caja que está en la esquina de la mesa.

—Le va a encantar —dice Bianca por señas y se zambulle en su comida.



Lo dudo mucho.

—Ella tiene un gusto extraño entonces.

—Todo el mundo piensa que Nonna Giulia está un poco loca.

—¿No es así?

—No. Solo finge que lo está, para poder salirse con la suya. Contrató strippers masculinos para su último cumpleaños.

Bianca se echa a reír cuando casi me ahogo con el vino. Me encanta su sonrisa, la forma en que llega a sus ojos me recuerda a un rayo de sol en un oscuro día de tormenta.

—V tvoyikh glazakh kusochek neba, solnyshko.

Me mira, confundida, así que le traduzco.

—Significa que hay un trozo de cielo en tus ojos.

Me cuesta creerlo, pero sus mejillas se ponen un poco rojas. A veces olvido lo joven que es.

—¿Te molesta la diferencia de edad entre nosotros? —pregunto.

Teniendo en cuenta todo esto, supongo que la diferencia de edad de diez años es el menor de los problemas.

—No. ¿Por qué?

—No lo sé. Tal vez te gustaría salir todas las noches, ir de fiesta, hacer lo que otras. . chicas de tu edad hacen.

—La mayoría de las chicas de mi edad no entrenan seis horas al día desde los doce años. Salir de fiesta hasta la madrugada nunca fue lo mío. Pero no me importaría que mi marido me llevara a bailar de vez en cuando. ¿O eres demasiado mayor para eso?

Me inclino sobre la mesa, tomo su barbilla entre mis dedos y beso sus labios carnosos.

—Ya veremos.



PERFECTLY IMPERFECT whispers

—¿Cómo es el trabajo?

—Lo mismo de siempre. La esposa de Pakhan nos invitó a cenar el lunes.

¿Quieres ir?

—Claro. ¿Cómo está ella? No estuvo en la boda.

—Tres meses de embarazo, y muy desagradable últimamente.

Creo que podría terminar matando a Roman.

—¿Por qué?

—Digamos que el comportamiento de Roman se volvió un poco extremo cuando se enteró que está embarazada. Ya lo verás.

—Nunca me dijiste lo que haces para la Bratva.

—Organizo la distribución de drogas —digo.

—¿Conoces a mi hermano? Angelo.

Una pregunta interesante.

—No creo que nos conozcamos.

—Extraño. Tengo la impresión que te conoce.

Sí, probablemente sabe de mí. La mayoría de la gente de nuestros círculos lo hace. Necesito cambiar la dirección de esta conversación.

—¿Cuándo empezaste con el ballet?

—Mi madre me llevó a mi primera clase cuando tenía cuatro años.

Empecé con un entrenamiento más intensivo a los seis.

—Quince años. Debe haber sido difícil dejar todo eso atrás.

—Lo más difícil que he hecho nunca. Podría haberme quedado, hacer algunos papeles secundarios con una coreografía menos exigente. Menos saltos. En cambio, decidí retirarme. Irme mientras aún estaba en la cima.

Suena vanidoso, lo sé.

—No eres vanidosa. —Tomo su mano y rozo con mi pulgar el interior de su palma. Tan suave—. ¿Qué pasó con tu voz, Bianca?

Siento que se queda quieta. Retira su mano de la mía, toma un sorbo de su zumo de naranja y mira hacia algún lugar detrás de mí.

—Tenía once años. Mi padre me llevaba al entrenamiento. Era

domingo, sobre las siete de la mañana. La noche anterior hubo una fiesta, estaban celebrando algo. Todavía estaba un poco borracho. Nos estrellamos.

Observo cómo respira profundamente y me mira.





—Me dijeron que no respiraba cuando llegó la ambulancia. Tuvieron que intubarme allí mismo. El paramédico que lo hizo era joven y estaba asustado. Se equivocó en algo. Me dañó las cuerdas vocales.

—¿Y tu padre?

—Hombro dislocado. —Ella sonríe y mira hacia otro lado—. Bruno Scardoni es como una cucaracha.

Es evidente que no quiere hablar más del tema.

—Lo siento. —Cojo su mano y beso la parte superior de sus dedos.

Alguien tiene que matar a ese bastardo.

Bianca

No me gusta la forma en que la profesora de Lena mira a Mikhail.

Desde que entramos en la sala de juegos, lanza miradas en nuestra dirección de vez en cuando, así que me acerco a él y rodeo su cintura con mi brazo. La profesora habla de algunos libros que los padres deberían comprar para las actividades del próximo mes y, por un momento, sus ojos se desvían hacia mí, mirándome de pies a cabeza como si me estuviera evaluando. Es evidente que le gusta Mikhail, y eso no me gusta nada.

Cuando termina de enumerar los materiales, algunos de los padres se reúnen para hablar de los niños, pero Mikhail y yo nos quedamos atrás y esperamos hasta que la multitud se disipa. Cuando nos acercamos a la profesora, dejo que mi brazo se separe de la cintura de Mikhail y decido quedarme unos pasos atrás. No me parece bien entrometerme.

—Sr. Orlov —dice la profesora con voz azucarada—. Hace tiempo que no te vemos.

Es guapa, tiene poco más de treinta años y, por la enorme sonrisa que tiene, le gusta mucho mi marido.

—¿Cómo le va a Lena? ¿Algún problema? —pregunta Mikhail, ignorando su comentario.

—Oh, Lena es una niña maravillosa, tan bien educada. Estás haciendo un gran trabajo con ella. —Mueve sus pestañas como una colegiala enamorada, y mi vista se vuelve roja. Recorro los pocos metros que me separan de ellos





en dos segundos, vuelvo a rodear la cintura de Mikhail con la mano y sonrío.

El brazo de Mikhail me rodea la espalda.

—Señorita Lewis —dice—, esta es Bianca. Mi esposa.

No recuerdo la última vez que sentí tanta satisfacción como ahora, viendo cómo sus ojos se abren como platos. Así es, perra. Está cogido. Como ya deberías haber deducido tú misma.

—Si eso es todo, deberíamos irnos. Lena nos espera en el vestíbulo. —

Mikhail asiente hacia la puerta.

—Sí, por supuesto.

Mientras nos vamos, lanzo una mirada por encima del hombro para encontrar a la profesora observándonos. Sin apartar mis ojos de los suyos, deslizo mi mano desde la parte baja de la espalda de Mikhail hacia abajo hasta que se posa en su culo duro como una roca, y no puedo resistirme a apretar un poco.

Cuando salimos al pasillo, Mikhail se inclina para susurrarme al oído.

—¿Acabas de apretarme el culo?

—Tal vez —digo con la boca y lo hago de nuevo.

—¡Papi, papi! —Lena salta del pequeño banco de nuestra derecha y corre a saltar a los brazos de Mikhail—. ¿Podemos ir a comprar mi periquito ahora, papi?

Mikhail suspira y besa su frente.

—Sí.

Pasamos por la tienda de animales de camino a casa y Lena elige un pequeño periquito azul. Mientras Mikhail pregunta al dependiente por las pautas de alimentación, Lena y yo nos dirigimos a la estantería de la izquierda para coger algunos juguetes para pájaros. La puerta de la tienda se abre y dos niños de la edad de Lena entran corriendo, seguidos por su madre, y corren hacia las peceras expuestas en la pared.

—¡Mamá, quiero un pez de colores! —grita uno de los niños.

—No quiero un pez de colores. Quiero uno negro, como Batman —exclama el otro—. Los peces de colores son para las niñas.

Cuando salimos de la tienda, siguen peleando por el pez y, mientras nos dirigimos al coche, miro a Lena, que de repente se ha quedado inusualmente





callada. Esperaba que estuviera emocionada, pero no dice ni una palabra mientras Mikhail coloca la jaula con el pájaro en el asiento trasero y ata a Lena a su silla de coche. Es extraño, normalmente balbucea sin parar.

Cuando estamos todos dentro y Mikhail comienza a arrancar el coche, Lena finalmente habla.

—¿Papi? ¿Dónde está mi mami?

La mano de Mikhail se detiene con las llaves a mitad de camino hacia el encendido. Respira profundamente, se gira y toma la pequeña mano de ella entre las suyas.

—Tu mami está ahora con los ángeles, Zayka.

—¿Por qué?

—Ella.. ella estaba enferma, Lenochka.

—¿Como el padre de Charley?

—Sí, zayka. Como el padre de Charley.

Me acerco y pongo mi mano en el muslo de Mikhail. Esto es difícil para él. Lo veo en la forma en que aprieta el volante con la otra mano, los nudillos blancos por el esfuerzo.

Lena ladea la cabeza, me mira un momento y se vuelve hacia Mikhail.

—Charley tiene ahora un nuevo papi. ¿Bianca es mi nueva mami?

Se me corta la respiración y, al mismo tiempo, siento que el cuerpo de Mikhail se queda inmóvil bajo mi mano. Nunca hemos hablado de cómo me llamará Lena. Supuse que sería Bianca, pero no conté con que es demasiado joven para entenderlo. Por la expresión de ligero pánico en la cara de Mikhail, él tampoco se lo esperaba. Aunque deberíamos haberlo hecho.

—¿Recuerdas cuando hablamos de esto? ¿Que papi y Bianca se iban a casar y que íbamos a vivir todos juntos?

—Sí, papi. El nuevo papi de Charley también vive con ellos.

Deberíamos haber asumido que "la mujer de papi" podría ser igual a

"mami" para ella. Siempre he querido tener hijos, pero parecía algo que no llegaría tan pronto. No creo que me importe que Lena empiece a llamarme mamá. Lo considero por un momento. No, no me importaría en absoluto. De hecho, me gusta la idea. Si a Mikhail le parece bien, claro.

—Bueno, Lenochka, es... —Mikhail empieza, pero presiono su muslo y se vuelve hacia mí.





—Puedes decir que sí. Si te parece bien.

No dice nada, solo me mira fijamente. Quizá no le guste la idea que Lena me considere su nueva madre. Me duele darme cuenta de ello, pero me aseguro que no se me note en la cara.

—No tienes que hacerlo. Yo solo... —Suspiro—. No pasa nada. Podemos intentar explicárselo.

Mikhail extiende la mano, ahueca mi mejilla y se inclina hacia

delante.

—Lena nunca hablaba de su madre, y yo. . —cierra el ojo y maldice—, la cagué. Creí que ella lo entendía. Es demasiado joven. Debería haber intentado explicarle mejor las cosas. Tú y yo deberíamos haber hablado primero. No puedo pedirte esto, Bianca.

—Eres un buen padre y no has jodido nada. —Hago una señal y rozo su mano—. Y me parece bien que Lena piense en mí como su nueva madre.

—Tienes veintiún años, cariño. —Mikhail frunce las cejas.

—Mi madre tuvo a Angelo cuando tenía diecinueve años. Está bien.

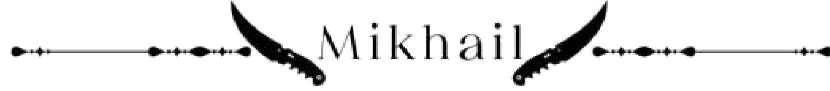
—¿Estás segura?

Me inclino y coloco mis labios sobre los suyos.

—Sí —susurro en su boca y lo beso.







Capítulo 14

Estoy apoyada en la encimera de la cocina y recorriendo mi teléfono en busca de novedades del trabajo cuando entra Bianca. Levanto la vista y mi respiración se detiene por un momento. Lleva un vestido negro largo que le envuelve la parte superior del

cuerpo, para caer al suelo en numerosas capas de tela sedosa, con el cabello recogido en una gruesa trenza, parece salida de las páginas de una revista de moda. Me ve mirar, sonríe y se da la vuelta dos veces, haciendo que la tela sedosa flote a su alrededor, revelando sus tacones de aguja negros y sus esbeltas piernas a través de una profunda abertura lateral. No puedo dejar de mirarla.

—¿Qué te parece? —firma.

No soy capaz de pensar racionalmente, y lo único que tengo en mente en este momento es ella, desnuda, en mi cama.

—Ty zazhgla ogon' v moyey dushe, solnyshko.

Sonríe, se acerca a mí y empieza a trazar la forma de un signo de interrogación en mi pecho con su dedo.

—Significa que has encendido un fuego en mi alma, Bianca. Y si no nos vamos inmediatamente, no nos iremos.

Sus labios se amplían con una sonrisa, coge mi mano y me lleva hacia la puerta. Sigue sonriendo en el coche mientras salimos del garaje, y me pregunto en qué estará pensando cuando se inclina y me susurra al oído.

—No llevo. . bragas.

El coche se desvía, pero consigo enderezarlo, evitando a duras penas el pilar de hormigón del lateral. Cuando lo tengo bajo control, me vuelvo hacia Bianca y la encuentro recostada en su asiento, con una sonrisa de satisfacción en el rostro.





* * *

Hay cuatro grandes carpas instaladas en el extenso y cuidado césped. Al menos doscientos invitados se arremolinan en torno a largas mesas cubiertas con telas blancas, charlando entre ellos, riéndose de lo que probablemente sean chistes poco convincentes. La mayoría son italianos. A algunos de ellos recuerdo haberlos visto en la recepción de nuestra boda. También hay algunos políticos. Un grupo interesante, sin duda.

En medio del grupo más numeroso se encuentra una mujer pequeña y frágil, con un vestido verde petróleo y una extraña cosa en punta sobre su cabeza de cabello gris. Un hombre extremadamente atractivo y joven, probablemente de unos veinte años, la rodea con su brazo por la cintura y le susurra algo al oído.

Bianca me aprieta la mano y, al mirarla, veo que sonríe ampliamente, señalando con la cabeza a la mujer del vestido verde. Supongo que es la famosa Nonna Giulia.

Nos acercamos al grupo, y tomo nota de cada persona que entra en mi campo de visión, catalogando cualquier cosa remotamente sospechosa. No me gustan las multitudes, pero tampoco me gustan los espacios abiertos.

Ambos son un riesgo para la seguridad.

La abuela de Bianca se gira y, tan pronto nos ve, suelta una risita de alegría como una niña pequeña y se apresura a acercarse a nosotros. Su joven acompañante la sigue.

—¡Bianca! Llegas tarde. —Besa a Bianca en ambas mejillas y se vuelve hacia mí—. Veo que has traído a tu marido. Guapo. Alto. En forma. —Se inclina ligeramente hacia mí, mirándome—. Elegiste bien, tesoro.

No solo loca, sino también ciega, aparentemente. Asiento con la cabeza.

—Me alegro de que lo apruebe, Sra. Mancini.

—Oh Dios, no. Solo llámame Nonna. Sra. Mancini suena a nombre de mujer mayor. Y me divorcié hace dos meses, de todos modos —dice y hace un movimiento de despedida al joven que está a su lado—. Ve a comer algo, Tony. Te encontraré más tarde.

El tipo asiente y se va sin preguntar.

—Lo contraté específicamente para hoy. Los jóvenes son caros, pero valdrá la pena. Bruno va a enloquecer. —Sonríe ampliamente, y no estoy seguro que no esté un poco loca.





Bianca saca su teléfono, teclea y se lo da a Giulia, que mira la pantalla y luego a Bianca.

—Por supuesto. ¿Por qué, tienes algo en contra de los gigolós? Es un trabajo honesto. Oh, está Luca Rossi. Es una pena que ya esté casado. Un espécimen masculino tan fino. —Ella estrecha los ojos —. ¿Está Franco con él? He oído que se divorció de su esposa el mes pasado, así que es temporada abierta.

Tengo que ir.

Miro a Bianca, que niega con la cabeza mientras ve a su abuela correr hacia el hombre, presumiblemente Franco.

—Solo está haciendo el tonto. —Bianca hace señas—. Vamos a buscar un lugar para sentarnos.

Elegimos una de las mesas milagrosamente libres del lateral, y observamos a la multitud en silencio. El camarero nos trae las bebidas, y Bianca coge mi vaso, moviéndolo de mi lado derecho al izquierdo. No creo que lo haya hecho conscientemente, porque parece demasiado concentrada en elegir un canapé del plato que tenemos delante. Debe de haberse dado cuenta que no mantengo las bebidas en mi lado ciego. Es extraño que no parezca importarle que su marido solo tenga un ojo. Sé muy bien el desastre que es mi ojo derecho, así que todavía espero que ella retroceda cuando se despierte en mis brazos y me mire. Pero simplemente sonríe y vuelve a dormir unos minutos más. Mi Bianca no es una persona madrugadora.

Hay muchos hombres alrededor, y Bianca parece especialmente deseable con ese vestido hoy. Y sin nada debajo.

Agarro su silla y la acerco a mí.

—Cariño —me inclino para susurrarle al oído—, ven a sentarte en mi regazo.

Bianca

Miro a Mikhail, enarcando una ceja, me levanto y me coloco entre sus piernas. Se da un golpecito en el muslo izquierdo y me mira como si me desafiara. Mikhail nunca hace nada sin una razón, y tengo curiosidad por saber qué tiene en mente, así que me giro y me siento sobre su pierna.

—Mucha gente. Tu nonna es popular —dice.





Su mano encuentra la hendidura de mi vestido, y al segundo siguiente, hay un toque de un dedo en mi rodilla, y luego se desplaza lentamente por la parte interior de mi muslo. Se queda ahí un momento, y luego empieza a subir. Está loco. Parpadeo y giro la cabeza para mirarlo.

—¿Pasa algo? —pregunta, su cara es la encarnación de la calma y la inocencia, como si no tuviera su mano enterrada entre mis piernas.

Tomo el lado de mi vestido, tiro la longitud de la tela sobre su mano y antebrazo, y miro hacia la masa de invitados. Dos pueden jugar a este juego.

—Me pregunto —dice en voz baja mientras su dedo llega a mi núcleo desnudo y presiona mi clítoris—. ¿Encontrarán adecuada nuestra disposición para sentarse?

Respiro profundamente y abro ligeramente las piernas, agradeciendo que la mesa nos oculte de la vista.

—Sabes, he notado que al menos veinte hombres te desnudan con la mirada desde que llegamos aquí —susurra, y de repente, su dedo entra en mí—. No me gusta eso, Bianca.

Mientras su dedo juega hábilmente con mi coño, mi respiración se acelera y me resulta más difícil mantener la cara inexpresiva. No puedo creer que esté sentada frente a doscientas personas con el dedo de Mikhail dentro de mí. O lo bien que me hace sentir. Dios, un camarero con una bandeja llena de postres se acerca a nosotros. Me agarro al antebrazo de Mikhail y empiezo a tirar de su brazo, pero él me ignora por completo y me acaricia el clítoris con el pulgar.

—Soy un hombre muy celoso. —Su dedo se enrosca, haciendo que me muerda el labio para reprimir un gemido—. No llevo bien que otros hombres miren de reojo a mi mujer.

La presión que se acumula entre mis piernas se dispara.

—Nadie puede mirarte, Bianca. Solo yo. —Me pellizca el clítoris, entierra un segundo dedo dentro de mí y luego lo mueve hábilmente, acariciando mis paredes. El camarero se acerca, pero en lugar de detenerse, Mikhail acelera el ritmo. Justo cuando creo que voy a perder el control, me presiona firmemente el clítoris y me corro sobre su mano.

Todavía estoy sintiendo las réplicas cuando el camarero llega a nuestra mesa.

—No, gracias —dice Mikhail con despreocupación y me mira—. ¿Quieres algo?





Sacudo rápidamente la cabeza. En el momento en que el camarero nos da la espalda, cojo mi copa de vino y la vacío. No puedo creer que haya hecho eso. Aquí.

—Deberíamos ir a fiestas más a menudo —dice Mikhail y coge una servilleta de la mesa. Metiendo la mano bajo el vestido, empieza a limpiarme.

—Estás loco —señalo.

Mikhail solo se encoge de hombros y asiente hacia la entrada.

—Tu familia está aquí.

Mikhail

Veo al grupo entrar en el jardín. Su padre es el primero, con la madre de Bianca del brazo. Ambos están impecablemente vestidos, y lo único que destaca es un vendaje alrededor de su mano derecha. Es evidente que el abrecartas le ha hecho un daño importante, ya que han pasado tres semanas. Cuando Bruno se da cuenta de nuestra presencia, sus pasos vacilan un segundo y me lanza una mirada que podría haber quemado la hierba bajo mis pies. Levanto mi vaso en su dirección, disfrutando de la mirada furiosa esparcida por su rostro. Allegra, la hermana mayor de Bianca, sigue a sus padres con la columna erguida y la cabeza alta como si fuera la dueña del lugar. Milene es la última, caminando de la mano con otra chica de su edad. Se ríen, susurran y miran a Tony, apoyado en uno de los pilares junto a la pista de baile.

—Tu hermanita se está comiendo con los ojos la cita de tu abuelita —

comento.

Los ojos de Bianca se agrandan, se levanta de un salto de mi regazo, agarrando mi antebrazo.

—Esperaré aquí. No sería prudente que me acercara a tu padre. —Paso mi mano por su brazo y entrelazo nuestros dedos, luego miro sus ojos color whisky. Todavía me desconcierta lo mucho que disfruto tocándola—. Puede que decida que tampoco necesita su otra mano.

Ella resopla y frunce la nariz.

—Ahora mismo vuelvo.





Veo a Bianca apresurarse hacia su hermana, haciendo señas con las manos incluso antes de llegar a Milene. Sus movimientos son bruscos y agitados. Es tan bonita cuando se enfada.

—Ella es muy especial, ¿no es cierto? —dice Nonna Giulia mientras toma asiento en la silla de Bianca junto a mí.

—Sí.

Milene está susurrando algo, y veo que Bianca se da una palmada

en la frente, y luego le hace una señal a su hermana, con aspecto muy molesto.

Parece que Milene también quiere contratar a Tony para su cumpleaños.

—Vosotros dos sois un extraño binomio, mi niño —dice Giulia—. Siempre esperé que terminara con uno de los bailarines de su compañía, o tal vez con un artista. Alguien... fácil de llevar. Pensé que necesitaría a alguien menos...

duro.

No comento, porque no estoy seguro que esté equivocada.

—Me casé seis veces, ¿sabes? —continúa—. Todo el mundo piensa que estoy un poco loca de remate... la Giulia loca que cambia de maridos como si fueran calcetines. Pero yo solo intentaba encontrar un hombre que me mirara como me miraba Vitallo, mi primer marido.

—¿Y cómo sería eso? —pregunto.

—Como tú miras a mi Bianca. Como si pusieras tu cuerpo sobre un campo de brasas ardientes, para que ella pudiera cruzarlo sin quemarse los pies.

Evalúo a la mujer en silencio. Nonna no está tan loca como la gente cree, y es mucho más receptiva de lo que creía.

—Bianca es diferente a tu alrededor, sabes —continúa—. Solo tuvo dos novios antes de ti. Nunca le gustaron las citas, ni siquiera cuando tenía la edad de Milene. Pero los chicos siempre se sentían atraídos por ella como locos. Allegra la odiaba por eso.

—Es su hermana, ¿cómo puede odiarla?

—Nunca subestimes el poder de la vanidad de las mujeres. Se puso peor después de Marcus. Oh, Allegra realmente se perdió. Ella había puesto sus ojos en él durante años. Era un buen partido, el hijo del magnate inmobiliario. Pero Marcus solo tenía ojos para Bianca. Él y Bianca se relacionaron, y apenas un mes después le dijo a Bruno que quería casarse con ella.





Una profunda rabia empieza a surgir dentro de mí solo con la idea que Bianca esté casada con otro.

—Bianca dijo que no y rompió con él. —Giulia se encoge de hombros—.

Entonces no lo entendí, hacían una buena pareja. Pero ahora lo entiendo.

Me vuelvo hacia ella y ladeo la cabeza.

—¿Qué, exactamente?

Nonna suspira y sacude la cabeza.

—Todavía le queda un ojo, pero de todos modos está ciego como un murciélago.

Veo que Bianca le firma algo a Milene. Cuando besa a su hermana y se gira para caminar en nuestra dirección, un hombre se acerca a ella y empieza a decirle algo. Tiene unos veinte años, es rubio y, por la forma en que le habla, se conocen muy bien.

—Hablando del diablo. —Giulia tintinea a mi lado—. El propio Marcus Kuch. Nunca superó el rechazo de Bianca y. . .

No oigo el resto, porque en el momento en que veo que ese cabrón pone la mano en el brazo de Bianca, me pongo en pie y me dirijo hacia él mientras una rabia asesina empieza a consumirme.

Bianca

Consigo convencer a Milene que no puede contratar al gigoló de Nonna para su próximo cumpleaños y me dirijo a nuestra mesa cuando Marcus aparece delante de mí. No rompimos en los mejores términos, aunque no tengo nada personal contra él, así que me detengo un momento, con la intención de ser educada.

—¿Es él? ¿Es el monstruo con el que te casaron? —Me echa en cara—. ¿Es cierto que te compró a tu padre, como dice la gente?

Estoy tan sorprendida por sus palabras que solo puedo mirarlo fijamente.

—Allegra me dijo que te tiene como prisionera en su casa.

¿Qué demonios? Voy a matarla.

—¿Es cierto que te está golpeando, Bianca?





No puedo seguir escuchando esta mierda, así que me doy la vuelta para irme solo para ver a mi marido viniendo hacia nosotros con el asesinato escrito en su cara.

Mikhail pasa por delante de mí, rodea el cuello de Marcus con la mano y lo acerca lo suficiente como para que estén frente a frente.

—¿Cómo te atreves a tocar a mi mujer? —exclama entre dientes.

Gimo para mis adentros y me agacho bajo el brazo de Mikhail para introducirme entre ellos, colocando las palmas de las manos en el pecho de mi marido y sacudiendo la cabeza. Mikhail me mira, luego a Marcus, y empieza a apretarle el cuello. Va a estrangularlo. Intento tirar del brazo de Mikhail, pero él aprieta más mientras Marcus intenta apartar sus dedos y lucha por respirar. Todo el mundo se queda mirando. Joder. Joder. Joder. Me levanto sobre las puntas de los pies y engancho mis manos alrededor del cuello de Mikhail.

—Mikhail —digo, con la esperanza, que al escuchar mi voz lo sacuda de su enojo—. Por favor.

Me mira y me sostiene la mirada durante unos segundos, luego vuelve a mirar a Marcus.

—Si te vuelvo a ver cerca de mi mujer —ladra y suelta—, estás muerto.

Como era de esperar, Marcus gira sobre sus talones y sale corriendo, tosiendo. Siempre fue un cobarde. Estoy muy enfadada con él, y si veo a Allegra, voy a estrangularla en el acto por difundir esas mentiras.

—¿Qué quería? —pregunta Mikhail.

No estoy segura si debo decírselo. Ya parece medio loco, y aunque me está hablando, sigue a Marcus con la mirada, como si pensara ir tras él. La multitud que nos rodea a enmudecido por completo y todos miran en nuestra dirección, susurrando entre ellos. Dios mío, ¿podría la gente estar pensando las cosas que ha dicho Marcus? Pongo la palma de la mano en la mejilla de Mikhail para que me preste atención.

—Solo preguntó por un chisme. Olvídalo.

Mikhail lanza una mirada a la gente que nos mira, algunos de ellos incluso a distancia, visiblemente ansiosos por escuchar nuestra conversación.

Me mira por encima del hombro.

—¿Qué chismes? —me hace señas.

Sonrío.

BROKEN

PERFECTLY IMPERFECT whispers

—Eres tan sexy cuando haces señas, marido.

—No cambies de tema. Sé que estuvisteis comprometidos.

Oh, Nonna Giulia y su gran boca.

—Nunca estuvimos comprometidos. Él quería casarse conmigo. Yo dije que no.

—Te ha tocado. —Mikhail hace las señas tan rápido que apenas

puedo seguirlo—. Si te vuelve a tocar, voy a acabar con él.

—No volverá a cometer ese error. —Le toco el pecho antes de continuar—.

Solo hay un hombre que quiero que me toque. No hay necesidad de estar celoso.

Veo que la comisura de sus labios se levanta un poco. Eso es bueno.

—¿Es así?

—Sí.

Deberíamos poner fin a los estúpidos rumores que Mikhail me retiene contra mi voluntad. Ahora mismo. Levanto las cejas, agarro su camisa en un puño, me pongo de puntillas y levanto la barbilla. Mikhail me mira. Sigue enfadado. Lo veo en sus ojos y en la forma en que aprieta los dientes. Suspiro y pongo las palmas de las manos a ambos lados de su rostro. Mi hermoso y oscuro marido. ¿No puede ver lo loca que estoy por él?

—Bésame —digo.

Sus fosas nasales se agudizan y, al momento siguiente, choca sus labios con los míos. Alguien jadea detrás de mí, pero yo me limito a rodear el cuello de Mikhail con mis brazos y bloquear todo, y a todos, los demás. Deja que los cabrones miren, les daremos mejor material para el molino de rumores.

—Conseguid una habitación, vosotros dos —dice Nonna Giulia, pasando a nuestro lado.

Sonrío contra los labios de Mikhail.

—Buen consejo. —Se agacha, me coge en brazos y me lleva lejos de la multitud.

Al llegar a la puerta, miro por encima de su hombro y encuentro a la mayoría de los invitados observando nuestras formas en retirada. La cara de Allegra está entre ellos, horrorizada. Sonrío y la saludo con la mano.





Cuando llegamos al coche, Mikhail abre la puerta del pasajero, me coloca en el asiento y se queda mirándome. A juzgar por su agarre con los nudillos blancos de la puerta con la mano derecha, todavía está furioso. Su brazo tiembla con la fuerza de su agarre, y casi puedo imaginar el metal resquebrajándose bajo su agarre.

—¿Cuántos hombres te han pedido matrimonio hasta ahora?

Me muerdo el labio inferior, pensando en cómo responder. Si me tomo su pregunta al pie de la letra, entonces ninguna. Pero si se

refiere a cuántos hombres han pedido mi mano a mi padre en los últimos dos años, no le gustará la respuesta. Como hija de un capo, se me consideraba un buen partido. Dije que no cada vez, por supuesto. A la mitad de ellos ni siquiera los conocí, y la mayoría eran socios de negocios de mi padre. A Padre no le gustó que rechazara sistemáticamente a cada uno de sus socios, pero Milene era aún menor de edad entonces, así que no podía usarla como chantaje.

Lentamente, levanto la mano derecha con tres dedos hacia arriba, y los ojos de Mikhail se abren de par en par. Me muerdo el labio con más fuerza y añado la otra mano, con los cinco dedos abiertos.

—¿Ocho? —inhala y cierra el ojo.

Me inclino hacia delante, rodeo su brazo con la mano y deposito un beso en sus labios apretados. Está caliente cuando se enfada.

—Asegúrate de no resbalar nunca y de no decirme ninguno de sus nombres —dice contra mis labios, luego me agarra por la nuca y me devora la boca con rabia, y siento que vuelvo a mojarme. Empapada y preparada.

Deslizo mi mano por su pecho hasta llegar a su entrepierna y noto su dura polla bajo la tela de sus pantalones. Sonriendo contra sus labios, lo acaricio ligeramente, disfrutando del sonido estrangulado que sale de su boca.

Mis dedos encuentran el botón superior de sus pantalones y, sin romper el beso, lo desabrocho, bajando la cremallera. El aparcamiento está vacío, todo el mundo sigue en la fiesta. Pero, por si acaso, lanzo una rápida mirada por encima del hombro de Mikhail antes de sacarle la polla. Sus labios siguen pegados a los míos, pero cuando avanzo en el asiento y engancho mis piernas alrededor de él, gruñe.

Sus manos se posan en el interior de mis muslos, luego suben lentamente por mis piernas y rodean mi culo, y me hacen avanzar los últimos centímetros hasta que siento la punta de su polla en mi entrada. Si alguien me hubiera dicho hace apenas un mes que tendría sexo en medio de un aparcamiento, a menos de quince metros de doscientas personas, lo habría





considerado un loco. Supongo que entonces no me conocía del todo. Tomando el labio inferior de Mikhail entre mis dientes, envuelvo mis manos alrededor de su cuello y aprieto mis piernas alrededor de él. Un gemido escapa de mi boca cuando su dura longitud se introduce en mi interior, estirándome de la mejor manera posible. Me llena por completo. Le doy otro beso en la boca, me agarro a un lado del asiento y me inclino hacia atrás sin apartar los ojos de los suyos.

¿Y si viene alguien? Sí, eso probablemente crearía un escándalo

de proporciones épicas, pero solo me hace desear más esto. Sonrío y abro más las piernas. Mikhail no parece ni siquiera perturbado por la posibilidad que alguien se acerque a nosotros mientras se retira y luego se entierra dentro de mí con tal fuerza que todo el aliento abandona mis pulmones. Gimo y echo la cabeza hacia atrás, agarrando el asiento con todas mis fuerzas mientras él me penetra una y otra vez.







Capítulo 15

Apoyo mi hombro en el pilar y observo a Bianca y a su madre mientras se prueban zapatos en una tienda frente a mí.

Bianca decidió ir de compras con ella y me preguntó si quería

acompañarla, pero como no soy fan de su familia, excluyendo a Milene, me negué y envié a Denis con ella. De todos modos, había mucho trabajo por hacer, así que planeé pasar la mañana en mi oficina. Apenas tardé una hora en despistarme, coger las llaves y venir al centro comercial. Estuve siguiéndolas a una distancia prudencial durante casi tres horas mientras visitaban varias tiendas y se iban a tomar un café.

No podía soportar la idea que Bianca fuera objeto de las miradas de otros hombres en el centro comercial, y que yo no estuviera allí para detenerlos.

Cada puto segundo que pasaba sentado en mi escritorio, seguía imaginando a algún tipo acercándose a mi mujer y coqueteando abiertamente con ella.

No es que pensara que ella lo aceptaría. La conozco lo suficientemente bien como para estar seguro que no lo haría. Sin embargo, la idea que otro hombre le hable me vuelve loco. No hace ni un mes que le sugerí a Sergei que visitara a un psiquiatra, pero ahora parece que soy yo quien necesita asesoramiento.

Bianca y su madre se dirigen a otra parte de la tienda y examinan unos bolsos expuestos en una pared, así que doy un paso a un lado para no perderlas de vista. Denis está de pie junto a la salida de la tienda, mientras que a unos pasos a su izquierda hay otro hombre con traje, probablemente el personal de seguridad de Chiara. El empleado de la tienda -un hombre- se acerca a Bianca e intenta entablar una conversación con ella, pero ella solo sonríe y se aleja. Aprieto los dientes y sigo observándola, tratando de contener el impulso de entrar en la tienda, echármela al hombro y llevármela.





Bianca

—No tenías que hacer una escena, sabes —dice mi madre mientras se prueba uno de los bolsos—. Todo el mundo, y quiero decir todo el mundo, habló de vosotros dos y de la salida que hicisteis. Fue de mal gusto.

Sonrío, cojo uno de los bolsos más grandes y empiezo a mirarlo. Si supiera lo que pasó después en el aparcamiento, le daría un infarto.

—Por supuesto, Magda tuvo que venir enseguida a decirme que ese tipo de cosas eran de esperar, ya que ahora vives con un ruso, y no son tan civilizados como debería ser la gente. Odio a esa mujer. —Vuelve a colocar el bolso en el estante de la pared y se vuelve hacia mí—. Creo que Bruno cometió un error al casarte con ese hombre. Eres demasiado sofisticada y tierna para alguien como él. ¿Sabes cómo os llama la gente a los dos? La bella y la bestia. Es apropiado. Supongo que tenéis sexo. No entiendo cómo puedes dejar que te toque.

La miro por un segundo y empiezo a buscar mi teléfono en el bolso. Los conocimientos de mi madre sobre el lenguaje de signos son demasiado limitados para entender lo que tengo que decirle. Tan pronto mi mano coge el teléfono, lo saco, tecleo y le enseño la pantalla.

Tenemos sexo todos los días y puedo asegurar que es el mejor sexo que he tenido. En cuanto a las caricias, disfruto muchísimo con mi marido y más aún cuando es él quien las realiza. Sobre todo, en la intimidad. Mikhail tiene unos dedos muy hábiles y una boca aún más hábil. Pero, sobre todo, me encanta cuando me folla contra la pared, y normalmente no puedo caminar después de eso.

Sus ojos se ensanchan cada vez más mientras lee, y entonces me empuja el teléfono en la mano como si le quemara.

—No le hables de esas cosas a tu madre, Bianca. —Se aprieta las sienes y sacude la cabeza.

Empiezo a teclear de nuevo y, cuando termino, le cojo la mano y le aplasto el teléfono en la palma, con la pantalla hacia arriba.

Y dile a Allegra que, si sigue difundiendo mentiras sobre mi marido, le diré a todos los que conozco que tiene implantes en el culo y en los pechos. Tomé fotos del informe del médico que encontré en su escritorio. Solo una palabra más y se las enviaré a todos sus amigos. Díselo a ella.





Sabía que esas fotos serían útiles algún día. Allegra ha estado fomentando una imagen de belleza natural. Por eso, que sus amigos se enteren que volvió de Brasil con mucho más que un bronceado hace unos años sería un suicidio social.

—No te atreverías.

—Pruébame —firmo.

Mi madre me mira sorprendida.

—Realmente te gusta.

Suspiro. No tiene sentido decirle que estoy enamorada de mi marido. Mi madre siempre tuvo problemas para entender las emociones, y hace tiempo que acepté ese hecho.

Pasamos unos minutos más revisando los bolsos y luego pasamos a la siguiente tienda, donde mamá coge un par de vestidos y se dirige a un probador para probárselos. Mientras la espero, saco mi teléfono, intentando ignorar al tipo que me ha estado mirando desde el otro lado de la tienda desde que entramos. Estoy acostumbrada a que los hombres me miren.

Ocurre todo el tiempo, pero eso no significa que me guste. Que sea guapa no significa que esté bien que un hombre cualquiera me mire el culo.

Estoy consultando mi teléfono cuando siento que una mano se posa en mi cintura. Aprieto las asas de mi bolso, me doy la vuelta, dispuesta a aplastar al idiota en su cabeza con él, pero me encuentro con Mikhail de pie ante mí.

—Supongo que debería anunciarme la próxima vez, o arriesgarme a sufrir daños corporales. —Su boca se curva ligeramente.

Dejo caer mi teléfono en mi bolso.

—Tal vez. —Sonrío—. Pensé que estabas trabajando.

—Lo intenté. —Me pone la mano en la nuca—. No dejaba de imaginar a los hombres que te perseguían como si siguieran un faro. No podía concentrarme. No podía pensar en nada más. Es una locura, Bianca.

—¿Así que me has estado acechando por el centro comercial?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres horas.

—Tienes un problema, ¿sabes?





—Sí, lo sé. —Se agacha y susurra—. Unos tipos te estaban mirando cuando te estabas probando ese vestido antes. Cuando saliste del vestuario, te estaban comiendo con la mirada y tuve que intervenir.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Están vivos?

—Los eché de la tienda cuando no estabas mirando. La próxima

vez no seré tan suave. —Me pone la mano en la barbilla y me inclina la cabeza hacia arriba—. A nadie se le permite mirar a mi mujer como lo estaban haciendo.

Cierro los ojos un momento para tranquilizarme porque esto me está excitando mucho. ¿Debería preocuparme que su posesividad me excite?

Estoy a favor del feminismo y de la emancipación, y me siento bastante culpable porque la sola idea de que Mikhail ahuyente a los hombres por mirarme me produce un cosquilleo entre las piernas.

—¿Y qué harías si uno de ellos intentara tocarme? —le señalo—. ¿O

besarme?

Los labios de Mikhail se tensan, su ojo me mira fijamente, mientras se inclina hasta que su boca se acerca a mi oreja.

—Si alguien se atreviera a tocarte, le cortaría la mano. Como debería haber hecho con ese idiota en la fiesta de cumpleaños de tu Nonna —

susurra—. Y si alguien estuviera tan loco como para intentar acercar su boca a mi mujer, lo decapitaría.

Respiro mientras siento humedecerme.

—Bianca, ¿crees que este color funciona con mi cabello? —Mi madre sale del probador, y la sorpresa se extiende en su rostro al ver a Mikhail allí—.

Señor Orlov. ¿Ha pasado algo?

—Sí —señalo rápidamente antes que pueda responder—. Tenemos que irnos. Te llamaré mañana.

Agarrando la mano de Mikhail, lo arrastro fuera de la tienda y hacia el estrecho pasillo de la derecha, donde vi los baños.

—¿Quieres compartir lo que acaba de ocurrir y que nos ha hecho huir de la boutique?

Me doy la vuelta para asegurarme que no hay nadie, me subo la falda y tiro de su mano hacia abajo para presionarla sobre mis

bragas mojadas.

Mikhail inhala fuertemente mientras me masajea con la palma de la mano,





haciéndome gemir. Sin quitar la mano, da un paso adelante y luego otro, guiándome hacia atrás hasta que mi espalda choca con la pared.

—Parece que me has echado de menos. —Mueve mis bragas a un

lado y coloca su dedo en mi entrada—. ¿Lo hiciste, corderito?

Asiento, pongo mis manos en su pecho y las deslizo hacia abajo hasta llegar a su entrepierna.

—Bueno —susurra, y luego choca su boca con la mía al mismo tiempo que introduce su dedo en mi interior—. ¿Aquí? ¿O en casa?

Por el sonido de su voz y lo dura que está su polla bajo mi palma, no le gusta la opción de casa más que a mí.

—Aquí —susurro, sin creer del todo lo que estoy diciendo.

Mikhail me agarra por los muslos y me levanta. Le rodeo la cintura con las piernas, el cuello con mis brazos y lo beso mientras él se dirige al baño de señoras de la izquierda. Tras una rápida comprobación de los lavabos, cierra la puerta y me lleva hacia el amplio mostrador de mármol con lavabos.

Me retuerzo cuando la piel desnuda de mi trasero entra en contacto con la fría piedra, pero la desagradable sensación se olvida rápidamente porque estoy demasiado concentrada en quitarme las bragas.

—Me has jodido la cabeza por completo, Bianca. —Me agarra de las caderas y se entierra dentro de mí en un rápido movimiento —. Ya no puedo pensar con claridad.

Esto. La sensación que me llene tan completamente me hace querer gritar de placer. No hay nada mejor. La polla de Mikhail es enorme, como el resto de su cuerpo, y disfruto de la sensación que mis paredes se estiran para acoger su tamaño. Colocando su mano en mi nuca, se desliza lentamente y luego vuelve a penetrarme. Jadeo. Luego sonrío.

—Más fuerte —insisto.

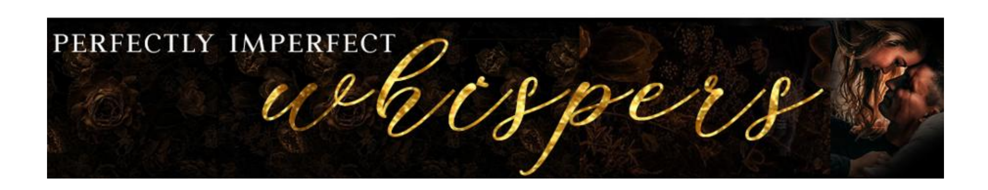
La mano en mi nuca se mueve hacia arriba, agarrando un puñado de cabello.

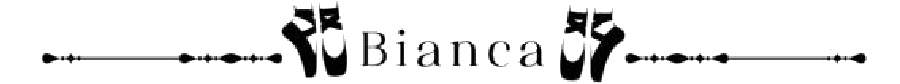
—¿Así? —pregunta, y vuelve a golpearme.

—Sí. —Me agarro al lado del mostrador de mármol con todas mis fuerzas, envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas y me inclino hacia atrás mientras Mikhail me destruye, pedazo a

pedazo. Y la destrucción nunca se ha sentido mejor.







Capítulo 16

Cuando Mikhail dijo que íbamos a cenar con la mujer del Pakhan, esperaba una mujer rusa distante y perfectamente vestida que, probablemente, me ignoraría toda la noche. Nina Petrova es todo lo contrario de lo que esperaba, con sus vaqueros rotos, su blusa fluida y un pequeño anillo de plata en la nariz.

—No te atrevas, Roman. Lo digo en serio. —Nina golpea el pecho de su marido, mirándolo fijamente, y luego se vuelve hacia mí—. Lleva dos meses siguiéndome por toda la casa como si fuera a tropezar con mis pies y caer por las escaleras como si fuera una simplona.

Coge mi mano y me lleva por la gran entrada hacia el pasillo de la derecha de la casa.

—Estaremos en la cocina. Mikhail dijo que Bianca tiene una buena receta de pasta, así que tal vez la comparta con Igor —Nina llama por encima de su hombro—. Si te veo cerca del ala este, voy a acabar contigo, Roman.

Es bastante divertido ver a esta mujer menuda amenazando a su marido.

Petrov no dice nada mientras se queda de pie, apoyado en su bastón, y nos mira partir.

—Desde que le dije que estoy embarazada, Roman se ha vuelto insoportable con su comportamiento de mamá gallina —dice mientras caminamos por el pasillo—. Entonces, tú y Mikhail . . . ¿cómo os va a vosotros dos?

Solo sonrío un poco y asiento con la cabeza. Normalmente, la gente que me conoce por primera vez tiende a quedarse callada, como si no tuviera sentido iniciar una conversación. Nina no es así en absoluto. Es. .

extrañamente refrescante.

—Bien, ahora, por favor, intenta mantener la mente abierta. No es tan malo como parece —dice y abre las puertas dobles frente a nosotros.





Lo primero que oigo es una voz grave, gritando en ruso, luego otras dos voces femeninas se unen a la pelea de gritos, seguidas de un sonido de cubiertos tintineando. Entro en la cocina tras Nina y me detengo en seco, mirando.

Un hombre enorme de unos sesenta años, con un delantal blanco y de pie frente a los fogones, señala el humo negro saliendo del horno y grita a la chica que está al otro lado de la isla de la cocina. Detrás de él, otra chica le golpea la espalda con un trapo. Y en la esquina, una mujer mayor con el cabello corto y gris le

grita al cocinero mientras le amenaza con una cuchara goteando salsa.

—¡Tenemos una invitada! —grita Nina, y todos se vuelven hacia nosotros—. Esta es Bianca, la esposa de Mikhail. Ser amables.

Me miran, asienten y vuelven a sus gritos.

—Bueno, valía la pena intentarlo. Lo siento. —Nina se encoge de hombros.

Saco el teléfono del bolso, escribo en la ventana de mensajes y le muestro la pantalla a Nina.

—Oh, no nos estamos entrometiendo. Esto es solo un día ordinario en la cocina. No te preocupes. Vamos con Varya, puedes escribirle la receta de la pasta, y ella comprobará si tenemos los ingredientes. Como Valentina ha vuelto a quemar la carne, necesitaremos un plato de reserva. Puedes instruir a Igor sobre cómo hacerlo, si te parece bien.

La miro, confundida. ¿Cómo quiere que le dé instrucciones al cocinero?

Dudo que esté familiarizado con el lenguaje de signos. Supongo que Nina se da cuenta de mi cara de confusión porque hace un gesto despectivo con la mano.

—No te preocupes. Igor solo habla ruso, de todos modos. Simplemente señala con el dedo. A mí me funciona, la mayor parte del tiempo, al menos.

Mikhail

—¿Hablaste con Dushku? —pregunto a Roman bebiendo un sorbo de whisky.

—Sí. Dice que no tuvo nada que ver con el tiroteo, ni con los tipos que te siguieron.



PERFECTLY IMPERFECT whispers

—¿Y tú le crees?

—No estoy seguro. —Roman se reclina en su silla y aprieta los dientes—.

Todo esto está jodido. Todos los tipos eran albaneses, pero ninguno de ellos trabajaba para Dushku. Eran miembros de una banda al azar. De lo que estoy seguro es que la misma persona los contrató a todos.

—Tal vez sea un montaje para que ataquemos a los albaneses. Tenemos el producto, los albaneses lo compran. Si empezamos una guerra con ellos y cortamos el suministro, los albaneses tendrán que buscar en otra parte.

—¿Irlandeses? —levanta las cejas.

—No. Italianos.

—No tiene sentido. ¿Por qué el Don aceptó el alto el fuego y el matrimonio para unir a la Cosa Nostra y a la Bratva si de todos modos planeaban hacer un trato con los albaneses?

—Para ganar tiempo. —Saco mi teléfono y empiezo a navegar por las fotos—. Me pareció extraño que el hermano de Bianca no estuviera en la boda. Están unidos. No tenía ningún sentido. Cuando le pregunté dónde estaba, me dijo que Bruno le había enviado a arreglar unos asuntos y que aún no había vuelto. Adivina dónde está.

—Oh, tengo la sensación que no me va a gustar la respuesta.

Abro una foto que nuestro contacto en México me ha enviado esta mañana y le paso el teléfono a Roman.

—Hijo de puta —dice mirando la pantalla.

—Sí. El hijo de Bruno y Mendoza, nuestro principal proveedor.

—Parece que los italianos inculparon a los albaneses, o lo intentaron al menos, para que nos volviéramos unos contra otros. Lo más probable es que esperaran abalanzarse y ofrecer el suministro de drogas a los albaneses en el momento en que terminaran nuestros negocios.

—Sí. Pero creo que todo esto es obra de Bruno. Le gusta lamerle el culo al Don. Creo que planeó informarle solo después de haber puesto en marcha los eventos.

—Bueno, no vamos a entrar en guerra con los albaneses, así que Bruno acabará con mucho producto y ningún comprador.

—Estoy seguro que a Don Agosti no le gustará que Bruno vaya a sus espaldas —digo—. Sobre todo, porque el propio Don aceptó el tratado entre nosotros.





—Siempre me pregunté por qué Bruno ofreció a su hija para el matrimonio.

—Quería información exclusiva sobre la Bratva. La propia Bianca me lo dijo.

—¿Oh? ¿Lo hace ahora?

—Sí. Ella dijo que no. Tengo una alarma silenciosa en la puerta de mi oficina. Bianca nunca ha intentado entrar, Roman.

—¿Estás seguro? —Me mira de reojo—. ¿Absolutamente seguro?

—Lo estoy. ¿Por qué? ¿Dudas de mi juicio?

—Claro que sí. Estás desesperadamente enamorado de ella, cualquiera puede verlo.

Miro el vaso que tengo en la mano. La luz se refleja en el líquido marrón oscuro igual que en los ojos de Bianca.

—Lo estoy —digo y bebo mi copa.

Roman sonríe y sacude la cabeza. —¡Bueno, que me aspen! Si alguien me hubiera dicho que una mujer te tendría a ti, de entre todas las personas, envuelto en su dedo en menos de un mes, lo habría considerado loco.

—¡Mira quien habla! Recuérdame cuánto tiempo tardó Nina en tenerte comiendo de su mano.

—Mucho más que un mes.

—Estabas perdido después de una semana, Roman.

—Bien, dos semanas. —Se encoge de hombros—. ¿Y qué pasa con Bianca?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Siente ella lo mismo?

—No sé. Bianca es difícil de leer.

—Las mujeres son difíciles de leer en general, Mikhail. A veces, siento que vienen de otro puto planeta.

—Creo que le gusta pasar tiempo conmigo. —Me encojo de hombros—.

Fuimos al centro comercial la semana pasada.

—Lo sabía. —Roman golpea la silla con la palma de la mano—. Te arrastró a ver una película de adolescentes. Admítelo.

—No exactamente. Tuvimos sexo en el baño.





—Mikhail Orlov. Tuvo sexo en el baño. —Levanta las cejas—. En un centro comercial.

—Sí —digo, y se echa a reír.

Lo ignoro y continúo.

—También me dijo que quería que la llevara a bailar.

—¿Tú? ¿Bailando? ¿Qué es lo siguiente, cerdos volando? —

suspira Roman—. ¿Le dijiste a tu esposa lo que haces para la Bratva?

—Sabe que estoy a cargo de la distribución.

—Entonces, no se lo has dicho.

Miro mi vaso.

—No.

—Se va a enterar, tarde o temprano, lo sabes.

—No lo hará. Me aseguraré que nunca se entere.

—Mikhail . . .

—No le importa mi ojo. O mis cicatrices. No sé cómo, pero no lo hace.

Nunca me preguntó qué pasó, aunque sé que debe preguntarse. Pero no puedo decirle lo que hago para la Bratva. . . No creo que sea capaz de superar eso.

—Bueno, mierda. —Se aprieta las sienes—. De acuerdo, hablaré con Maxim, tal vez él pueda hacerse cargo. .

—No. La extracción de información es mi trabajo. Y, de todos modos,

¿quién podría ser mejor interrogador que alguien que experimentó él mismo la mayoría de las técnicas de tortura?

Bianca

—Oh, Dios mío, esto es increíble. —Nina gime y alcanza con su tenedor hacia la olla de nuevo.

El gran cocinero, que está de pie al otro lado de la mesa, agarra la olla por el asa y la desliza hacia él, hablando algo en ruso y señalando a su espalda.





—El bebé lo quiere. —Nina agarra la otra asa de la olla y empieza a tirar de ella.

El cocinero suelta la olla, lanza las manos al aire y se aleja.

—La carta del bebé funciona siempre. Igor no entiende mucho, pero conoce esa palabra. —Nina sonríe, toma otro tenedor de la pasta y se lo mete en la boca.

No puedo evitar reírme, coger otro tenedor y unirme a ella.

Un carraspeo detrás de mí, me giro y encuentro a Mikhail tirando de una silla y sentándose a mi lado.

—¿Es esa nuestra cena? —Arrastra una ceja—. ¿La que deberíamos comer los cuatro juntos? ¿En el comedor?

Dejo el tenedor.

—Nina empezó. Tuve que unirme. Sería de mala educación dejar que la mujer del Pakhan comiera sola.

—Ya veo… —Ladea un poco la cabeza y se inclina hacia mí—. ¿Puedo probarlo?

Sonrío, cojo un poco de la pasta en el tenedor y se la llevo a la boca. Nina observa todo el calvario desde el otro lado de la mesa los ojos muy abiertos, con la boca abierta.

—Mierda —murmura ella, pero Mikhail ignora su comentario.

—¿Lo has hecho tú? Pensé que te habían invitado a cenar, no a hacer una.

—Bueno, técnicamente, Igor lo ha hecho —añade Nina—. Bianca lo instruyó, y yo ayudé con la traducción.

—Me pregunto cómo funcionó eso.

—Yo señalé. Y Nina le dio un puñetazo a Igor en las costillas cuando no le siguió.

Mikhail levanta la mano para pasar su dedo por mi mejilla y sus labios se curvan un poco en una sonrisa. Es pequeña y desaparece al cabo de un segundo, pero el corazón me da un vuelco. Tiene una sonrisa preciosa.

La puerta de la cocina, al otro lado de la habitación, se abre y entra el Pakhan, con el rostro sombrío. Dice algo en ruso y Mikhail maldice.

—Ha habido un incendio en uno de los almacenes. Tengo que irme. —Me besa la parte superior de la cabeza y se levanta—. Llamaré a Denis para que te recoja y te lleve a casa.





—Mándame un mensaje para saber que estás bien. Por favor.

—Lo haré. —La mirada que me dirige es en parte de sorpresa y en parte de satisfacción, y luego se va.

*** * ***

Son casi las tres de la mañana cuando Mikhail vuelve. Salto del sofá tan pronto escucho abrirse la puerta y, agarrando la manta a mi alrededor, me precipito hacia él. Está cubierto de hollín, con


manchas negras en las manos y la cara, pero parece ileso.

—¿Por qué no estás durmiendo?

—Estaba preocupada.

—¿Lena?

—Dormida. Hemos vuelto a cenar tortitas. —Hago una señal y empiezo a desabrocharle la camisa. La manga está rota en un lugar, pero cuando inspecciono la parte superior de su brazo, no encuentro ninguna herida.

—Los pantalones. Luego la ducha.

No se queja que le dé órdenes, solo me besa ligeramente en los labios y, dejando el traje estropeado en el suelo, se dirige al baño. Llevo su camisa y sus pantalones al cubo de la basura y voy tras él.

En el baño, me quito la ropa y me meto en la ducha, donde Mikhail ya se está lavando el cabello. Cojo el jabón del estante, me enjabono las manos y se las llevo a la cara. Me mira por un segundo y luego agacha la cabeza.

Tiene una gran mancha negra en la mejilla derecha, así que empiezo por ahí. Se desprende con bastante facilidad, y paso a su frente y luego a su cuello. No hay hollín en su pecho, pero de todos modos muevo mis manos hacia allí, acariciando su piel con un movimiento circular.

Mikhail da un paso adelante y coloca sus manos en los azulejos a ambos lados de mi cabeza, aprisionándome entre su cuerpo y la pared de la ducha.

Deslizo mi mano hacia abajo y agarro su dura polla, disfrutando de cómo se acelera su respiración.

—Todavía no —me dice al oído y, cogiéndome por las caderas, me da la vuelta para que quede de cara a la pared.

Sus manos se mueven lentamente por mi estómago hasta detenerse entre mis piernas, y siento su dedo burlándose de mi entrada.





—Eres la cosa más hermosa en la que he puesto mis ojos —susurra e introduce un dedo dentro de mí, luego añade otro, y jadeo en silencio—. Y tú, mi pequeño rayo de sol, eres tan hermosa por dentro como por fuera.

Cuando enrosca sus dedos dentro de mí, presionando el punto sensible cerca de mi clítoris, un escalofrío sacude todo mi cuerpo con tanta fuerza que tengo que apretar la frente y las palmas de las manos contra la pared para mantenerme en pie.

—Mía —dice contra mi cuello, me rodea la cintura con su brazo libre y me levanta sin sacar sus dedos del interior de mi coño.

Jadeo, sin poder inhalar suficiente aire, mientras Mikhail me lleva a su dormitorio con la espalda pegada a su pecho y la cabeza echada hacia atrás sobre su hombro. Me asombra cómo consigue cargar fácilmente todo mi peso con un solo brazo, mientras su otra mano sigue enterrada, burlándose de mí.

En el momento en que me deja en el suelo y retira sus dedos, me giro y lo empujo hacia la cama, luego me arrastro sobre su enorme cuerpo y me siento sobre su polla. Me siento como en casa, y me corro apenas me llena, deseando tanto poder gritar su nombre en ese momento.

Sigo cabalgando sobre él, maravillada por la sensación de sus manos en mi cintura y su polla apretándose contra mis paredes, que aún hormiguean.

Mikhail gime y empieza a machacarme desde abajo, mientras yo me agarro a sus hombros con tanta fuerza que probablemente acabe con marcas de uñas. Cuando siento que me corro de nuevo, arqueo la espalda y dejo escapar un grito apenas audible. Al momento siguiente, Mikhail explota dentro de mí.

Sigue jadeando cuando me inclino hacia delante. Toco suavemente con mi nariz la suya y entierro mis manos en su cabello, mirando sus ojos desiguales. En mi pecho, mi corazón salta de alegría cada vez que él está cerca, haciéndome sentir completa en lugar de la persona defectuosa y perdida que siempre creí ser. Recuerdo que una vez Marcus me llamó princesa de hielo porque no quería abrazarme ni cogerme de la mano en público. Dijo que era broma, pero sé que lo decía en serio.

Con Mikhail es diferente. Hay un deseo inexplicable de tocarlo que me consume cada vez que está cerca, como si mi cuerpo fuera atraído por él como un imán. Me asusta un poco. Bailar era lo único que me mantenía cuerda, así que cuando la lesión acabó con mi carrera, pensé que mi vida había terminado. Lo quería de vuelta, tanto, nunca pensé que querría algo más. Hasta ahora.





Mikhail se levanta sobre los codos e inclina la cabeza hacia un lado, observándome.

—¿Qué pasa, dusha moya?

Me inclino para colocar mis labios en su frente, luego en su ojo izquierdo, pero cuando me dirijo al derecho, gira la cabeza hacia un lado, evitando mis labios.

Es muy sensible con su ojo, pero no, no le dejaré hacer eso.

—Mikhail . . . —Respiro, pero él solo sacude la cabeza.

—Por favor, no lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque mi ojo es horrible. No quiero que tus labios se acerquen a él.

Aprieto los dientes y tomo su cara entre las manos.

—No lo es —susurro.

Mikhail me mira y sonríe un poco. Su sonrisa imposiblemente triste, golpea en mi pecho.

—Bien —dice y me pone un dedo sobre los labios—. Por favor, deja de hacerte daño por mi culpa. Prometiste que no lo harías más. —Otra sonrisa triste—. Ven aquí, es tarde. Vamos a dormir.

Está enamorado de mí. Lo sé sin que me lo diga. Es visible en cada uno de sus actos. Entonces, ¿por qué no me deja amarlo? Mi oscuro y peligroso marido, tan fuerte, tan inquebrantable y tan desgarradoramente solo, incluso conmigo a su lado. No sé por qué no me deja entrar o por qué sigue escondiéndose de mí. Incluso después de haberle visto desnudo numerosas veces, sigue llevando camisas de manga larga cuando estoy cerca durante el día. ¿No entiende que nadie podrá compararse con él a mis ojos? ¿Cómo puedo hacer que se le meta en la cabeza?

Me abraza, extiende la mano hacia la lámpara de la cabecera y la apaga. No es algo especialmente significativo, y no sé por qué, pero que apague esa lámpara es la gota que colma el vaso. Decido que ya he tenido suficiente. Ya está bien que todo el mundo se escandalice por el hecho que me guste, ya está bien que me digan que hay algo malo en mí, pero sobre todo ya está bien que piense que no es lo suficientemente bueno y que niegue mi toque. Me incorporo, cojo la lámpara, vuelvo a encender el maldito aparato y me doy la vuelta para mirar a Mikhail.





—Esto se acaba ahora. Te tocaré donde y cuando quiera. Si quiero besarte, no tienes derecho a girar la cabeza.

Mikhail se apoya en los codos y me mira con la boca apretada en una fina línea.

—Cariño…

—No. No me mimes ahora. Las palabras dulces no te llevarán a ninguna parte esta vez.

—¿Palabras dulces? —levanta una ceja.

—No más alejamiento. Se acabó el frío y el calor. No más mangas largas.

—Lo señalo con el dedo—. Si te veo con otra camiseta de manga larga por la casa, te la voy a arrancar.

Mikhail es muy bueno para evitar que las emociones se reflejen en su rostro, pero capto sorpresa que aparece en sus ojos cuando inclina la cabeza y me observa.

No me importa si lo conocí hace solo un mes. No me importa que nuestro matrimonio haya sido arreglado como un acuerdo de negocios sin que yo pueda opinar al respecto. No me importa. Me da igual. Es mío, y lucharé contra todo y contra cualquiera que intente alejarlo de mí, aunque sea el propio Mikhail.

—Y puedo besarte en todas partes. ¿Lo entiendes? Lo dibujaré para ti si es necesario. Por todas partes. Sí, tu ojo está jodido. Quiero besarlo de todos modos. —Aprieto los dientes y lo miro fijamente—. Y tú me vas a dejar. —Le clavo el dedo en el centro del pecho y continúo—. Porque estoy enamorada de ti. De cada parte de ti. Tu personalidad gruñona incluida. Acéptalo, joder.

Respiro profundamente, me cruzo de brazos y lo observo mientras me mira fijamente sin parpadear. Está tan quieto que, por un momento, me pregunto si ha dejado de respirar, pero de repente se abalanza sobre mí y me encuentro de espaldas con el cuerpo de Mikhail extendido sobre el mío.

Sigue sin decir nada, solo presiona las palmas de las manos a ambos lados de mi rostro e inclina la cabeza hasta que nuestras narices se tocan. Su pulgar derecho recorre el contorno de mi mejilla y mi barbilla, y luego se posa en mis labios.

—Dímelo otra vez —susurra, mirándome con atención, como un halcón, como si buscara algún engaño. Le miro directamente a los ojos y le sostengo la mirada, deseando que vea que lo que digo es cierto.





—Estoy… tan enamorada… de ti —digo, y al segundo siguiente, la boca de Mikhail se estrella contra la mía.

Sus brazos rodean mi espalda mientras rueda, llevándome con él hasta que estoy tumbada encima de él, sin romper el beso. Me presiona tanto contra él que me cuesta respirar.

—Ya lyublyu tebya vsey dushoy, solnyshko[5] —me dice al oído—. Ya ne pozvolyu nikomu zabrat' tebya[6].

Sonrío y me inclino para besar su ceja izquierda. Luego me muevo hacia el lado derecho de su cara y trazo con mi dedo la línea de la cicatriz más gruesa, desde la parte superior de su frente, hasta su barbilla.

—Eres… tan malvado… marido. —Le beso la ceja derecha y luego el rabillo del ojo derecho. No se aparta. Lo beso de nuevo.

—Y tú estás muy loco, dusha moya[7]. —Suspira.

—Solo. . . por ti. . . Mikhail.

Me pone el dedo en los labios.

—Suficiente. Deja de lastimarte.

Sonrío y deslizo mi mano por su pecho.

—Oblígame.

5 Te amo con todo mi corazón, cariño.

6 No dejaré que nadie te lleve.

7 Alma mía.







Capítulo 17

Leo el mensaje de nuestro contacto en México y llamo a Roman de inmediato.

—Angelo Scardoni está moviendo el producto —digo en el

momento en que responde a la llamada—. ¿Qué quieres que haga?

—¿Tienes un tiempo estimado para que crucen la frontera?

—En algún momento del jueves por la noche.

—Busca un buen lugar para interceptarlos después que crucen. Hazlos explotar.

—¿Estás seguro?

—Bruno incendió mi almacén. Anton sigue en el hospital con quemaduras de tercer grado. Quiero que ese producto desaparezca.

—De acuerdo.

—Y que sepan que fuimos nosotros —dice Roman cortando la llamada.

Vuelvo a guardar mi teléfono en el bolsillo, cojo una silla y la coloco frente a un hombre sentado con las manos y las piernas atadas en el centro de la habitación. Tiene las palmas de las manos hacia arriba, mostrando su piel roja y llena de ampollas.

Me reclino en la silla, mirando al bastardo italiano que tengo delante.

Tiene poco más de veinte años, un poco de sobrepeso, lleva vaqueros y una camiseta de diseño. No parece un matón callejero. Probablemente sea el sobrino lejano de alguien, buscando la forma de ascender de rango aceptando el trabajo de quemar el almacén de la Bratva. Un imbécil. Y por la forma en que sus ojos me miran, enormes y sin pestañear, está cagado de miedo.





—¿Así que te gusta quemar cosas, Enzo? —Asiento con la cabeza hacia sus manos quemadas—. Necesitas más práctica.

Está murmurando algo que no puedo entender por la mordaza que tiene en la boca. No importa, no está listo para darme la información que necesito.

Todavía no. Le doy quince minutos como máximo.

—La piel quemada duele mucho. El más leve toque y el dolor te

atraviesa hasta la espina dorsal. Deja que te lo enseñe. —Me inclino para presionar mi pulgar ligeramente en el centro de la palma de Enzo.

Salta en la silla con tanta fuerza que casi se desploma hacia un lado, y hay un sonido sibilante que sale del trapo en su boca, como un animal atrapado en un cepo.

—Sabes, realmente odio torturar a la gente —digo—. Lleva mucho tiempo y es sucio y, al final, todo el mundo habla. Estaría bien que pudiéramos saltarnos la parte sucia porque la sangre es una mierda para lavar. ¿Sabes cuántos de mis trajes han acabado en la basura este mes? Cuatro. —Apoyo los codos en las rodillas y lo miro—. Me gusta este traje, Enzo. Te agradecería que me dijeras lo que necesito saber y te dejaré ir. Tan sencillo como eso.

Cojo uno de los cuchillos más pequeños alineados en la mesa de metal, a mi lado y examino con atención la hoja. Cuando me vuelvo hacia Enzo, colocando la punta del cuchillo sobre la palma de su mano, empieza a luchar contra las ataduras como un loco. Sacude la cabeza, intentando decir algo, pero ignoro sus golpes y rajo su piel quemada, una larga línea, en diagonal, sobre la palma de la mano. Consigue gritar incluso con la mordaza apretada en la boca. Vuelvo a recostarme en la silla, bebo un sorbo de la botella de agua que tengo sobre la mesa y espero a que se calme.

Enzo deja de agitarse al cabo de un minuto y se hunde en la silla, respirando con dificultad por la nariz. Espero unos minutos más y busco una caja de cerillas al otro lado de la mesa.

—Entonces, hemos probado el tacto y el cuchillo hasta ahora. —Saco una cerilla, la enciendo y la pongo delante de la cara de Enzo—. ¿Crees que eso fue doloroso?

Asiente con la cabeza y se pone a llorar.

—No es nada comparado con tener una llama abierta tocando la piel que ya está quemada.

Una mancha de humedad aparece en los vaqueros de Enzo mientras observa la cerilla encendida, sus ojos inyectados en sangre. Suelto la cerilla y





esta cae en el charco de orina que hay en el suelo, entre los pies de Enzo, fallando su mano por apenas unos centímetros.

—Bueno, parece que mi vista ya no es lo que era. —Suspiro—. Menos mal que tenemos una caja entera.

Vuelvo a coger la caja de cerillas, saco otra y miro a Enzo.

—O, tal vez, ¿podríamos hablar ahora? Dime, Enzo, ¿cuánto tiempo crees que ha pasado desde que entré? ¿Una hora? ¿Más

quizás? —Enciendo la cerilla levantando la mano—. Han pasado ocho minutos. El tiempo pasa lentamente cuando se sufre. Así que, esto es lo que haremos. Te quitaré la mordaza. Tú hablarás. Si creo que estás mintiendo u omitiendo algo, te vuelvo a poner la mordaza y se mantendrá durante dos horas más. No quieres estar en la misma habitación conmigo durante dos horas, Enzo.

Me inclino hacia delante hasta que mi cara está justo delante de la suya.

—Verás, aún no he empezado contigo. Esto ha sido solo para que nos conozcamos, y para que yo calcule tu tolerancia al dolor. Es muy bajo, Enzo.

Esto significa que probablemente empezaría con tus uñas, y luego pasaría a tus dedos y dientes. Asumo que tomará las dos horas que mencioné, y estoy seguro que cantarás como un pájaro cuando te quite la mordaza después de eso. Pero entonces no te quedarán dedos ni dientes. Creo que deberías aceptar la opción que te ofrezco.

Moquea y asiente con la cabeza.

—Buena elección. —Apago la cerilla y me levanto para quitarle la mordaza a Enzo.

Empieza a hablar tan pronto tiene la boca libre.

* * *

Diez minutos después, salgo de la habitación y, mientras camino por el almacén vacío, saco mi teléfono para llamar a Roman.

—El pirómano habló. Fue Bruno. Él orquestó todo —digo—. Y se llevaron la droga de Diego Rivera, no de Mendoza.

—Ese bastardo. Cuando le pedí a Rivera que duplicara las cantidades para nosotros, dijo que ya estaba demasiado ocupado.

—Por lo que dijo Enzo, parece que la policía mató a Manny Sandoval, y Rivera se hizo cargo de su negocio. Así es como consiguió más producto.





—Joder. —Maldice—. Siempre hay alguna mierda sucediendo ahí abajo.

—Sí. Y tenemos otro problema. —Oprimo el puente de la nariz y suspiro—.

No podemos volar el transporte, Roman.

—¿Por qué no?

—Bruno decidió entregar un regalo a Dushku junto con el producto. Hay una chica en ese camión.

—¿Me estás jodiendo? A Dushku no le gustan esas cosas.

—Se supone que es una sorpresa.

—Tu suegro es un bastardo enfermo.

—Sí. ¿Y ahora qué?

—Ponga a alguien en su cola. Cuando se detengan por la noche, saca a la chica y luego vuela la cosa.

—Bien.

Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo, subo al coche y arranco el motor.

Bianca

—No me gustan los clubes, Bianca.

—Por favor. Se lo prometí a Milene. —Pongo una expresión triste —. Y

dijiste que me llevarías a bailar, ¿recuerdas?

La amiga de Milene, Caterina, quería salir a algún sitio por su cumpleaños. Mi hermana le propuso el Ural, uno de los clubes de la Bratva.

Le dije que no era prudente, incluso con la tregua entre los dos bandos. Pero ella insistió, diciendo que, si Mikhail y yo vamos, no pasaría nada. Si papá se entera, ella está frita.

—He dicho que, ya veremos —dice y pasando una mano por mi cabello—.

¿Cuándo?

—Esta noche. —Sonrío—. Ya arreglé con Sisi para que cuide a Lena.

Llegará en cualquier momento.

PERFECTLY IMPERFECT whispers

—Así que estabas segura que diría que sí. —Se inclina hasta que nuestras cabezas están al mismo nivel—. Roman tenía razón. Me envolviste en tu dedo meñique.

—¿Es eso malo? —pregunto y veo cómo toma mi mano entre las suyas y se lleva la punta de mi meñique a los labios.

—No. —Me besa el dedo—. ¿Quién más viene?

—Milene y Caterina. Y Andrea, la nieta del Don. Tal vez su

hermana, Isabella, también.

—¿La nueva esposa de Rossi? —levanta una ceja—. Llamaré a Pavel para avisarle. Necesitaremos más seguridad.

Mikhail

Música demasiado alta, demasiada gente, demasiado alcohol. Nunca me gustaron las discotecas cuando era joven, y ahora las detesto. Todo el mundo lo sabe, y cuando Pavel difunda la noticia que vengo al Ural con Bianca, jamás dejaré de escucharlo.

Llevo a las chicas a la mesa del rincón y me doy la vuelta, asegurándome de que los cuatro guardias de seguridad que Pavel ha dispuesto están en sus puestos. Junto con los guardaespaldas de Andrea e Isabella, son siete hombres vigilando a cuatro chicas. Considerando que es más que suficiente, tomo la mano de Bianca y la atraigo hacia un lado, cerca del extremo de la barra, donde hay más luz.

—Entonces, ¿qué piensas?

—Me encanta. —Me sonríe—. Muy elegante.

—A Pavel le gusta exagerar las cosas. —Coloco mi mano en su nuca e inclino su cabeza hacia arriba—. La única razón por la que vendría a un club es porque tú me lo has pedido. Los odio. Y ese odio se vuelve exponencialmente más fuerte a cada segundo.

Bianca estrecha los ojos mientras su mano se levanta para trazar la forma de un signo de interrogación en mi pecho. Me encanta cuando hace eso.

—Porque me fijo en cada hombre que te mira, y aquí hay al menos cincuenta —digo, y luego agacho la cabeza para susurrarle al oído—. Tengo





miedo que alguien intente arrebatarte, y tengo la compulsión de matarlos a todos antes que tengan la oportunidad de intentarlo.

Suspirando, Bianca se sube al taburete que tiene detrás, toma mi cara entre sus manos y me atrae hacia ella hasta que estoy entre sus piernas.

Acerca su nariz a la mía y empieza a acariciar mi cara con sus manos mientras me sostiene la mirada, sin pestañear. Empieza por mi barbilla, pasa con ternura por mis mejillas y luego

entierra sus dedos en mi cabello. Cierro los ojos y me dejo ahogar por la calidez de su toque, olvidándome de la gente que nos rodea. Un beso se posa en el lado derecho de mi barbilla, justo sobre la cicatriz más gruesa. Todavía me resulta inesperada la forma en que toca mi cara arruinada, con tanto cariño. Otro beso, esta vez en la punta de la nariz, y siento que mis labios se curvan en una sonrisa. El siguiente beso se posa en la comisura de mi boca, y luego en mi mejilla izquierda.

Mantengo los ojos cerrados, esperando lo que vendrá después. La ceja izquierda. Luego mi mejilla derecha. De nuevo la punta de mi nariz. Mi boca se agranda aún más.

—Eres… —un suave susurro junto a mi oído—, tan hermoso… cuando sonríes.

Aprieto mis brazos, más fuerte alrededor de ella y rozo mi mejilla contra la suya. Mi pequeño y tonto rayo de sol.

—Nadie… —otro susurro—, es comparable a… ti.

Sus manos rodean mi cuello y siento su aliento cerca de mi oreja mientras acerca aún más su boca.

—Te amo. . . Mikhail.

Aprieto mi cara contra el cuello de Bianca respirando profundamente, inhalando su aroma. No tiene idea de lo que me hace oírla decir mi nombre.

Me rompe y me recompone cada vez. Cada toque suyo me derrite por dentro.

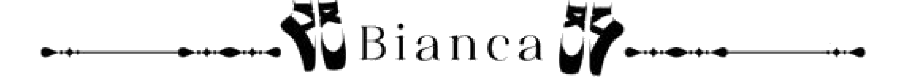
—Si supieras lo locamente enamorado que estoy de ti —le digo en el cuello—, te cagarías de miedo, Bianca.

Se aparta un poco para poder mirarme a los ojos, sonríe y me roza la nariz con la suya.

—Nunca —dice, y luego choca sus labios con los míos.







Capítulo 18

El teléfono lleva cinco minutos sobre el mostrador frente a mí, con la ventana de mensajes abierta. Intercambié los números con Nina cuando fuimos a casa del Pakhan la otra noche, y llevo varios días pensando en mandarle un mensaje, pero no estoy

segura que quiera responder a mis preguntas. No somos amigas ni nada parecido, pero no tengo a nadie más a quien preguntar, aparte de Mikhail. Estoy bastante segura que me lo diría si le preguntara directamente, pero si mis sospechas son correctas, no quiero hacerle hablar de ello. Cojo el teléfono y empiezo a teclear.

19:09 Bianca: Hola. Soy Bianca. ¿Estás ocupada?

19:11 Nina: Bueno, no creo que mantener la cabeza por encima del inodoro desde las 6 de la mañana constituya estar ocupada😂😂. No es divertido, eso es seguro. ¿Sabes que dicen que las náuseas matutinas solo duran 2 meses? MIENTEN. Llevo vomitando desde la tercera semana, y lo de

"por la mañana" tampoco es cierto. ¿Quieren venir a tomar un café o algo?

¿Cómo está Gruñón?

Miro la última línea y resoplo.

19:14 Bianca: Mikhail sigue en el trabajo. ¿Sabe que le llamas Gruñón?

19:14 Nina: Claro que sí. No viene aquí a menudo, pero cuando lo hace, suele sentarse en un rincón a meditar.

19:15 Bianca: Sí, lo hace mucho. Quería preguntarte algo. Es sobre Mikhail. Pero si no te sientes cómoda contestando solo dímelo, no pasa nada.

19:16 Nina: Claro, dispara.

19:16 Bianca: ¿Sabes lo que le pasó?

Pasan un par de minutos hasta que Nina responde.





19:18 Nina: Sí. Roman me lo dijo.

19:18 Bianca: Fue torturado, ¿no? He visto las cicatrices, y no son el resultado de un accidente o algo así, son demasiado precisas, casi clínicas. Su espalda está cubierta de marcas de látigo. ¿Puedes decirme, por favor, quién torturó a mi marido? ¿Y por qué?

19:20 Nina: Fue el viejo Pakhan. El padre de Roman.

Me quedo mirando su respuesta, sorprendida. ¿El padre de Roman hizo eso? El teléfono que tengo en la mano empieza a sonar. Es Nina. Atiendo la llamada.

—Sé que no puedes responder, pero creo que es mejor que te lo cuente yo a que lo escriba. Es... es una historia realmente mala, Bianca.

La voz de Nina es baja y estrangulada, tan diferente de su habitual tono alegre, que me indica que lo que vaya a decir será probablemente peor de lo que podría haber imaginado.

—Solo sé lo que me dijo Roman, y no entró en detalles. Te diré lo que sé.

Puedes golpear el teléfono para decir "sí", ¿de acuerdo?

Golpeo el micrófono con la uña.

—Prométeme que no le pedirás a Mikhail que hable de ello. Nunca. Por favor.

Sí, definitivamente es peor de lo que pensaba. Vuelvo a tocar el teléfono.

—El padre de Mikhail llevaba las finanzas del viejo Pakhan. Un día desapareció una gran cantidad de dinero, simplemente desapareció de la cuenta del Pakhan. Un par de millones. Llegó a la conclusión que el padre de Mikhail tenía algo que ver con eso, así que llevó a toda su familia a uno de los viejos almacenes. Mató a la madre de Mikhail. Luego ordenó a su hombre que.. violara a su hermana. Mikhail y su padre los obligaron a mirar.

Dios mío. Me tiemblan las piernas y siento que voy a vomitar, así que me siento en el suelo de la cocina y pongo la frente sobre las rodillas.

—Así que, cuando el padre de Mikhail seguía sin poder decir dónde estaba el dinero, el Pakhan decidió que necesitaba un incentivo mejor —dice Nina, y por el sonido de su voz, sé que está llorando—. No sé qué le hizo a Mikhail para que su padre hablara, pero basándome en lo que me has contado, puedo suponerlo. Roman dijo que él y Maxim encontraron a





Mikhail y a su familia al día siguiente. Todos, excepto Mikhail, estaban muertos. Solo tenía diecinueve años, Bianca.

Hay un zumbido en mis oídos, como un televisor sin señal, anulando todos los demás sonidos a mi alrededor. La visión se me nubla con las lágrimas, así que cuando me levanto me golpeo la cadera con la encimera, pero ignoro el dolor y me apresuro a ir a la habitación de invitados. Siento un frío imposible, así que me meto en la cama bajo la gruesa manta, todavía con el teléfono pegado a la oreja.

—Roman mató a su padre ese mismo día, cuando lo encontró tratando de asfixiar a Varya —continúa—. Roman obtuvo los detalles de los dos hombres que estaban en el almacén con el viejo Pakhan. También los mató a ambos.

Incluso después de todos estos años, no puede perdonarse haberlos matado y haberle robado a Mikhail la oportunidad de hacerlo él mismo.

Se oye un resoplido al otro lado, luego algo que repiquetea seguido de una maldición susurrada.

—Me siento mal otra vez, no estoy segura si es por contarte esto o por el embarazo. Probablemente ambas cosas. Tengo que volver a vomitar. Si necesitas saber algo más, mándame un mensaje y le preguntaré a Roman.

Pero. . no le preguntes a Mikhail.

Golpeo el teléfono y lo dejo caer sobre la manta, luego entierro la cara en la almohada. Y lloro.

La puerta del dormitorio se abre un par de horas después, pero mantengo la cabeza bajo la manta y finjo que estoy durmiendo. De ninguna manera puedo dejar que Mikhail me vea en este estado, sabrá que algo ha pasado enseguida. Oigo sus pasos acercarse a la cama y, un momento después, siento un ligero beso en la parte superior de mi cabeza. Susurra unas palabras en ruso y se va. Lloro durante otra hora después que se vaya, preguntándome cómo puede ser tan tierno y cariñoso una persona que pasó por algo como lo que pasó Mikhail.

Cuando entro en el cuarto de baño para ducharme, sigo teniendo la cara roja y los ojos hinchados. Al menos ya está oscuro y la hinchazón debería desaparecer por la mañana.

La luz está apagada cuando entro en nuestro dormitorio. Mikhail está tumbado de lado, dormido, de espaldas a la puerta. Me acerco de puntillas a la cama, me meto debajo de la manta y apoyo la cabeza en la almohada, enterrando mi cara en el cuello de Mikhail.

—Pensé que estabas durmiendo —dice.





Extiendo la mano, acariciando su espalda, sintiendo las crestas a lo largo del camino, luego paso a su estómago y a la amplia mancha de piel mudada donde se quemó, y, finalmente, hasta la larga y delgada cicatriz de su pecho.

—Te amo. —Mi voz es muy débil, pero sé que me oye, porque me abraza por la cintura y me aplasta contra su pecho.

Mikhail

—Estaré allí en una hora —le digo a Maxim y corto la llamada.

Cuando salgo del gimnasio, Bianca levanta la cabeza de su café y me sigue con la mirada mientras me dirijo a la cocina. Me he dejado la camiseta en el gimnasio y me resulta extraño estar delante de alguien con el pecho y la espalda tan a la vista. No creo que nadie me haya visto sin camiseta en más de una década. Me observa por encima del borde de su taza, su mirada pasa de mi estómago a mi pecho, pero no hay reticencia en sus ojos. Su mirada recorre mi cuerpo y, por la forma en que se curva la comisura de su labio, le gusta lo que ve.

Abro el frigorífico para sacar una botella de agua cuando, de repente, me tocan en la parte baja de la espalda, un dedo sigue un patrón circular hacia arriba por mi piel y luego vuelve a bajar por la columna. Otro dedo en mi bíceps derecho, viajando hacia mi frente y luego bajando por mi pecho.

Cuando llega a la cintura de mi chándal, desliza su mano hacia dentro para agarrar mi polla y se apoya en mi espalda.

—Mierda, nena.. Tengo que estar en casa del Pakhan en una hora.

La mano de Bianca se desliza dentro de mis bóxers y envuelve mi ya dura longitud, al mismo tiempo, siento su lengua en mi espalda, lamiendo a lo largo de mi columna. Me vuelve loco. Un gruñido sale de mi pecho mientras me doy la vuelta y, agarrándola por la cintura, me la echo al hombro en plan bombero y corro hacia el dormitorio.

En el momento en que la dejo en el suelo, Bianca me coge la cintura del chándal y me la baja junto con el bóxer. Una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro mientras me empuja a la cama y se arrastra sobre mi cuerpo para acercar su boca a la mía. Me muerde el labio, baja y me besa por el cuello y el pecho, y se detiene cuando llega a mi estómago.



—Parece que esta vez se han invertido nuestros papeles —firma, sonriendo.

—¿Oh? ¿Cómo es eso?

—Todavía tengo la ropa puesta. Y tú eres quien está completamente desnudo. —Hace una seña, pasa la punta de su dedo por mi estómago y roza mi polla completamente erecta—. A mi merced.

Me pregunto si se da cuenta de la veracidad de su declaración. Podría ponerme una pistola en la sien y apretar el gatillo, y yo no movería un dedo para detenerla. Mientras la observo, se inclina, lamiendo la punta de mi polla, y hace falta una enorme cantidad de control para no dejarme ir inmediatamente. Otra lamida, rodeando la cabeza de mi polla, y luego se la lleva lentamente a la boca. Respiro y le agarro la trenza que se ha deslizado por su hombro.

Manteniendo el extremo de la trenza entre mis dedos, envuelvo su longitud alrededor de mi mano, una, dos y luego la tercera vez hasta llegar a su nuca. Entonces tiro de ella, hasta que Bianca deja que mi polla se deslice de su boca con un chasquido y me mira. Aprieto el cabello y veo cómo arquea su delicado cuello. Parece tan quebradiza, pero eso no importa. Nadie se atreverá a ponerle un dedo encima nunca más, porque ahora tiene a su propio monstruo para vigilarla. Colocando mi mano libre en el lado de ese frágil cuello, rozo la línea de su barbilla con el pulgar.

—Necesito mi polla dentro de ti, nena —le digo y le aprieto ligeramente el cabello—, ahora mismo.

Bianca sonríe, mete la mano bajo la falda y, al instante, se oye un ruido de material desgarrado. Su mano sale, sujetando unas bragas de encaje estropeadas que tira a un lado. Mantengo mi mano en su cabello mientras ella baja sobre mi polla y empieza a cabalgarme, todavía con su blusa de seda y su elegante falda. Un pequeño sonido parecido a un grito sale de sus labios cuando sus paredes empiezan a dar espasmos alrededor de mi polla, y mi control se rompe. Le suelto el cabello para agarrarla por la cintura y la hago caer sobre mi polla. Bianca jadea, sus manos me aprietan los antebrazos y luego jadea mientras la golpeo desde abajo. Sus ojos no se apartan de mi mirada mientras su cuerpo tiembla con su segundo orgasmo, aún más intenso, y mi semilla empieza a llenarla. Es el espectáculo más hermoso que he visto nunca.





* * *

—Será la primera vez en mi vida que llegue tarde a una reunión con Roman. —Miro a Bianca, abotonando mi camisa—. Me estás corrompiendo.

Se encoge de hombros y termina con el último botón.

—Has entrado en la cocina sin camiseta. ¿Qué esperabas?

Definitivamente no es ella la que salta sobre mí de esa manera.

—Es posible que deje de usar camisetas en casa si puedo esperar el mismo resultado.

—Hazlo. Y ya veremos.

—Hecho. —Me inclino y la beso—. Tengo que irme. No volveré antes de la mañana.

Me doy la vuelta para irme, pero me detengo al oírla decir mi nombre.

Me golpea en el pecho cada vez que lo hace porque sé que le duele, pero sigue, diga lo que diga.

—Ten cuidado.

—Lo tendré. —Le doy un beso en la frente—. Mándame un mensaje cuando Lena vuelva de la guardería.

Asiente, pone su mano en mi pecho y traza la forma de un corazón con la punta de su dedo.

—Yo también te amo, cariño. —Tomo su cara entre mis manos y toco mi nariz con la suya—. No puedes imaginar cuánto.

* * *

Tardamos seis horas en organizar todo y colocar a todos los hombres en su posición. Dimitri, Yuri y tres de los soldados esperan en una de las paradas, mientras que Denis, Iván y Kostya con dos soldados más esperan en la segunda parada. No estamos seguros de cuál de esas dos paradas elegirá el conductor de Bruno para pasar la noche, así que tuvimos que dividir nuestras fuerzas, lo que nos deja cortos de personal. Pavel tuvo que quedarse para vigilar los clubes, y como Anton sigue en el hospital, tuve que llevar a Sergei conmigo como refuerzo para seguir el rastro del camión de transporte.

Tener a Sergei en una misión sobre el terreno es siempre un desastre a punto de ocurrir. El año pasado se le prohibió trabajar sobre el terreno





después que volara todo el almacén irlandés, dejando solo cenizas. No tengo idea de en qué estaba pensando Roman cuando lo envió al terreno hace unos meses mientras luchábamos contra los italianos. El hombre es una maldita bomba de relojería. Si no lo supiera ya, nunca habría adivinado que los dos son medio hermanos.

Nadie, excepto Roman y Maxim, sabe qué hacía Sergei antes de venir a la Bratva, pero tengo mis sospechas. Todo el mundo en nuestro círculo tiene que ser competente con un arma y un rifle.

Sergei domina todas las armas con las que ha estado en contacto, un rifle de francotirador, rifles de asalto pesados, incluso lanzagranadas. También es un especialista en todo tipo de explosivos, caseros y profesionales. Una máquina de matar entrenada por los militares, probablemente de operaciones encubiertas.

—Recuerda lo que acordamos —digo—. Los chicos se encargarán del conductor. Tú prepara el camión y espera hasta que saque a la chica. No te desvíes del plan. Y no vueles el puto camión mientras yo esté dentro, Sergei.

—Estás nervioso esta noche.

—Quiero acabar con esto lo antes posible. Mi mujer está esperando que vuelva a casa y querrá que esté de una pieza.

—Todavía no puedo creer que estés casado.

—Bueno, tal vez deberías probarlo.

Mira la carretera delante de nosotros durante unos instantes antes de responder.

—Ya lo intenté. No terminó bien.

Silencio. No tenía idea que Sergei estuviera casado—. ¿Qué pasó?

—La maté. —Se reclina en el asiento y enciende un cigarrillo—. Justo después que intentara rebanarme el cuello.

—Mierda, Sergei.

—Sí. Con mi propio cuchillo. ¿Puedes creer esa mierda? —Suelta una nube de humo y se concentra en el camión que está a unos metros delante de nosotros.

Lo miro y observo las ojeras que tiene.

—No estás durmiendo. Otra vez.

—Dormiré cuando esté muerto.





El camión da la señal de giro a la derecha y toma la salida. Sergei llama a Dimitri.

—Está saliendo de la autopista y se dirige hacia ti. Tiempo estimado de llegada en siete minutos —ladra, tira el teléfono sobre el salpicadero y se echa hacia atrás en su asiento, abriendo su boca con una sonrisa satisfecha—.

Me he perdido la acción, ¿sabes?

Conozco esa sonrisa. Estamos jodidos.

* * *

—¡Mierda! —Vuelvo a meter la palanca bajo las puertas de carga del camión y empiezo a levantarlas, pero el mecanismo que debería impedir que la cosa se deslice hacia abajo no funciona.

—¡Sergei! ¿Has terminado?

Su voz viene de debajo del camión.

—Solo uno más.

—Has puesto suficiente de esa mierda para volar toda la maldita calle.

Déjalo y ven aquí, la puerta está atascada.

Sergei sale de debajo del camión y viene a mi lado.

—Solo quédate ahí, yo buscaré a la chica —dice, enciende la linterna de su teléfono y salta al camión.

Oigo sus pasos moviéndose hacia el interior, y luego el sonido de cajas siendo movidas.

—¿Está ahí? —pregunto.

—No puedo encontrarla. ¿Seguro que está...? ¡Joder!

Hay más ruidos de crujidos y cosas moviéndose.

—¿Sergei?

—La tengo. Mierda, está en mal estado. —Sus pasos se acercan—. Sujeta esa puerta.

Presiono la palanca, levantando la puerta, agarro la parte inferior y la levanto por encima de mi cabeza para que Sergei pueda sacar a la chica.

Con un cuerpo femenino inerte en sus brazos, se agacha bajo la puerta parcialmente levantada y salta del camión. No hay forma de ver los rasgos de la mujer, porque su cabello enmarañado cubre su cara. Lo que puedo ver





son sus pantalones cortos y su camisa rota, y un brazo delgado colgando sin fuerzas. Es piel y huesos.

—Llamaré a Varya y le diré que traiga al doctor. —Dejo caer la puerta del camión—. Podemos encontrarnos con ellos en el piso franco.

—No. La voy a llevar a mi casa.

—¿Qué? ¿Estás loco?

—He dicho que me la llevo conmigo.

Hay una mirada extraña en los ojos de Sergei, como si estuviera dispuesto a defender su preciosa carga de cualquiera que se acercara. Roman va a perder la cabeza cuando se entere de esto.

—Lo que sea. Métela en el coche, vuela el camión y salgamos de aquí.

Llamo a Dimitri de camino al coche y le digo que coja a los chicos y se pierda. Espero que Sergei coloque a la chica en el asiento de atrás y se siente delante, pero en lugar de hacerlo, se limita a rodearla con sus brazos y se mete atrás, acunándola. Sacudiendo la cabeza, arranco el coche y me desvío hacia el camino de tierra que lleva a la autopista.

—¿Listo? —Miro por el espejo retrovisor y veo a Sergei mirando a la chica en brazos—. ¡Jesús, Sergei! Coge el puto mando y vuela el puto camión de una vez.

Su cabeza se levanta, los ojos entrecerrados, y me sonríe. El estruendo épico atraviesa la noche. Mis ojos se abren de par en par. ¿Tenía esa cosa con un temporizador? El cabrón podría habernos hecho saltar en pedazos a los tres si hubiera tardado unos minutos más en conseguir a la chica.

Tomo mi teléfono y llamo al número de Bruno Scardoni.

Responde al segundo timbre.

—¿Qué?

—Querido suegro. —Sonrío—. La Bratva te envía sus saludos.

Corto la llamada y marco a Roman a continuación.

—Ya está hecho.

—¿Todo ha ido según lo previsto?

—Más o menos. —Suspiro.

—Mierda. ¿Qué ha hecho? Es Sergei, lo sé.

—Quiere llevar a la chica a su casa.





—Perfecto. Simplemente perfecto. Dile que... ya sabes, no me importa.

¿Debo enviar a Varya allí?

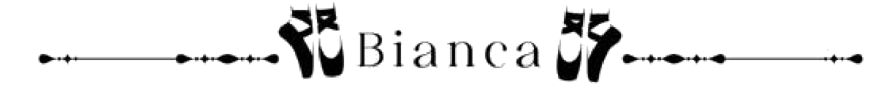
—Sí. Y al doctor. La chica apenas está viva.

—Jodidamente maravilloso. Te necesito aquí mañana a las ocho de la mañana.

Arrojo el teléfono al asiento del copiloto y me dirijo a casa de Sergei.







Capítulo 19

Me siento en la cama y veo a Mikhail preparándose para ir a casa del Pakhan.

—¿Cuándo vas a volver?

—No lo sé. —Se inclina para besarme—. Te enviaré un mensaje cuando haya terminado.

—Bien. Iré a despertar a Lena. Ella llegará tarde.

—No tienes que hacer eso. Yo la prepararé.

—Quiero hacerlo. Y le peino mejor —señalo y rozo su mejilla.

Cuando Mikhail se va, me dirijo a la habitación de Lena, saco los bonitos pantalones y la camisa rosa con volantes rosas a juego de su cómoda y me siento junto a ella en la cama. Tardo dos minutos enteros moviendo su nariz hasta que finalmente se despierta.

—Bianca, Bianca, cinco minutos más.

Suspiro, le quito unos mechones de cabello enmarañados de la cara y apoyo la espalda en la pared. Podemos esperar cinco minutos más.

Sisi llega justo cuando estoy terminando el peinado de "muchas trenzas"

de Lena. Lena corre a coger su mochila y se dirige hacia la puerta, pero luego se gira y se apresura a volver hacia mí.

—Bianca, Bianca. —Se inclina y me besa en la mejilla, luego corre a reunirse con Sisi, saludando—. Hasta luego, mamá.

Mientras la veo salir, una sensación cálida se extiende dentro de mi pecho.





* * *

Acabo de terminar de ducharme cuando suena mi teléfono en alguna parte. Me pongo en tensión. Nadie me llama, nunca. No tiene sentido llamar a alguien por teléfono cuando no puede hablar. Salgo corriendo del baño, me precipito al salón y empiezo a buscar mi teléfono. Justo cuando lo encuentro bajo la almohada del sofá, deja de sonar, así que compruebo las llamadas perdidas y veo el número de Allegra. Debe haber ocurrido algo si me estaba llamando. Le devuelvo la llamada

mientras vuelvo al dormitorio para ponerme algo de ropa.

—Bianca —dice tan pronto coge la llamada—. Necesito que vengas ahora mismo. Date prisa. Es Milene.

La línea se corta y un sentimiento de temor se acumula en mi estómago.

¿Qué ha pasado con Milene? ¿Por qué no me ha dicho nada?

Intento llamarla de nuevo, pero no responde, así que me pongo la primera ropa que encuentro, cojo el teléfono y el bolso y salgo corriendo del apartamento. Cuando llego a la calle, empiezo a buscar un taxi, demasiado distraída por todas las posibilidades de lo que podría haberle ocurrido a Milene como para fijarme en el coche que se detiene justo delante de mí.

—¡Bianca! —Oigo la voz de mi padre que viniendo del coche—. Vamos.

Abre la puerta del copiloto y, sin pensarlo, entro en el coche. El sonido de las puertas al cerrarse hace que levante la cabeza para mirar a mi padre, que me mira con malicia en los ojos.

—Cara mia —se burla, y me da un revés con tal fuerza que me desmayo.

Mikhail

Estoy aparcando el coche frente a la casa de Roman cuando mi teléfono recibe un mensaje. Pensando que debe ser Bianca, abro el mensaje y se me hiela la sangre. Es una imagen de Bianca sentada en un viejo sillón, con las manos atadas a la espalda. Está mirando, probablemente a la persona que tomó la foto, su cara es una máscara de ira. Un gran moratón rojo cubre la mayor parte de su mejilla, tiene el labio partido y una fina línea de sangre le sale de la comisura de la boca.





El teléfono en mi mano suena, mostrando el número de Bruno Scardoni.

—Voy a matarte, Bruno —digo en el momento en que cojo la llamada—.

Me aseguraré que sea lento y doloroso.

—Te enviaré la dirección. Vienes solo o la lastimaré.

El mensaje con una dirección en algún lugar de los suburbios llega después de cortar la llamada. Pongo la marcha atrás y piso el acelerador.

Tardo casi una hora en llegar a la destartalada casa de las afueras de Chicago. Es una estructura en ruinas rodeada de hierba y maleza. Hay dos coches aparcados junto a ella, justo delante de la puerta colgando de sus goznes. Dos hombres se sitúan a ambos lados de la puerta y otro junto a uno de los coches.

Envío un rápido mensaje a Denis, indicándole que venga de inmediato, luego saco mi arma de debajo de mi asiento y me dirijo hacia la casa.

Bianca

Observo a mi padre mientras se recuesta en el desgarrado sofá de enfrente, con un arma en la mano. No me matará, eso lo sé. Puede que Bruno sea un cabrón, pero no mataría a su propia hija, ¿verdad? No tengo idea de lo que está pasando, pero es evidente que ha pasado algo. Algo grande porque nunca he visto a mi padre en este estado. El traje que lleva está destrozado. Su cabello, habitualmente recogido con cuidado, está desordenado y, aunque su postura es relajada, la mano que tiene sobre la rodilla tiembla ligeramente mientras el pulgar se golpea la pierna con rapidez. Sé lo que dice. Está enfadado, pero por la mirada que tiene, también está asustado.

No es bueno.

—Tenía todo planeado. Era perfecto —dice, mirando la pared detrás de mí—. Cada detalle. Fue brillante. Meter a la Bratva en una guerra con los albaneses, y luego apoderarme de sus negocios. El tirador de la boda me costó cincuenta de los grandes, y los matones que deberían haber matado al hijo de puta de tu marido, ciento cincuenta más. Estúpidos idiotas.

Me quedé mirándolo conmocionada. ¡Toda nuestra familia estaba en la recepción de la boda! Y yo estaba en el mismo coche con Mikhail cuando





esos tipos empezaron a perseguirnos, podrían habernos matado a los dos.

¿Acaso le importaba?

—Estaba tan seguro que todo saldría como estaba planeado hasta que tu marido hizo estallar mi envío anoche. Quince millones. Desaparecido. El Don probablemente ya lo sabe. Estoy jodido.

Me mira, y una sonrisa loca se extiende por su cara.

—Pero no voy a caer solo. Voy a matar a ese hijo de puta, aunque sea lo último que haga.

El sonido de un coche acercándose llega a mis oídos, y mi sangre se hiela.

No. Por favor, Dios, no. Tiro con más fuerza de las ataduras que he intentado desatar durante los últimos treinta minutos. Mi muñeca derecha ya está en carne viva. Solo necesito aflojar un poco más la cuerda y podré sacar la mano.

Un disparo suena delante de la casa. Lo siguen dos más en rápida sucesión.

—Ese cabrón. —Mi padre se levanta del sofá y camina hacia mí.

Me reclino en el sillón para ocultar mis manos de su vista. Se detiene a mi derecha y levanta su arma hacia mi sien justo cuando Mikhail irrumpe por la puerta. Nuestras miradas se cruzan y, por un momento, lo único que puedo hacer es observarlo allí paralizado, aparentemente en perfecto control externamente. Su ojo azul oscuro se centra en el arma en mi sien.

—¿Has matado a mis hombres? —se burla mi padre.

—Sí. Deja que Bianca se vaya. Esto es entre nosotros dos, Bruno.

—No lo creo. Creo que prefiero que ella mire. De todos modos, todo es culpa de ella. ¿No es así, cara mia? —Me mira con tanto odio que se me corta la respiración en los pulmones—. No pudiste, por una vez en tu vida, hacer lo que te dije. Estaba tan emocionado cuando me enteré que te iban a casar con el Carnicero de la Bratva. Oh, los planes que tenía. Sabes, me pregunto. .

¿sabes por qué lo llaman el Carnicero?

—Bruno, no —dice Mikhail.

—Oh, ¿no se lo has dicho? —Mi padre se ríe, me agarra la barbilla con dos dedos, girando mi cabeza para que vuelva a mirar a Mikhail—. Mira a tu marido, cara. ¿Sabes lo que hace para la Bratva?





Mikhail me mira fijamente, con el cuerpo tenso y la mandíbula apretada, pero no dice nada. Ya sé que se encarga de la distribución de la droga, así que no entiendo por qué no dice nada.

—Tortura a la gente, Bianca. Les gusta llamarlo extracción de información, pero, en realidad, significa que los golpea, los corta y lo que sea necesario para hacerlos hablar. Míralo bien y verás al verdadero hombre por el que vendiste a tu familia.

Miro a Mikhail, deseando que diga algo, que le diga a mi padre que está mintiendo. No lo hace. En su lugar, cierra la mano en un puño, la levanta lentamente hacia su pecho y hace un movimiento circular, su ojo azul oscuro me observa con tristeza todo el tiempo. Una señal que significa "lo siento".

Cierro los ojos y respiro profundamente. El mundo en el que vivimos es una jodida mierda. Siempre lo he sabido, y solo me engañaría a mí misma creyendo que Mikhail podría ser otra cosa que otro producto de ese mundo criminal. Cada prenda de vestir que poseo, cada comida que he ingerido ha sido pagada con dinero de sangre. No soy hipócrita y no fingiré lo contrario.

¿Apruebo la violencia? No. ¿Podría torturar a una persona para obtener la información que necesito? Probablemente no.

Abro los ojos y miro directamente a esa mirada azul. ¿Amaré menos a Mikhail por lo que hace? No. Un mundo jodido crea gente jodida.

Probablemente yo también sea una de ellas, porque acepto mi realidad tal y como es.

—Te amo —gesticulo a Mikhail con la boca y lo veo quedarse quieto mientras se concentra en mis labios.

—Dios mío, estás enamorada de él —dice mi padre asombrado y luego se echa a reír—. Pero no te preocupes, eres guapa. Te encontraremos otro monstruo con el que casarte fácilmente. —Se vuelve hacia Mikhail—. Saca el cargador y suelta el arma.

No, no, no. Miro a Mikhail mientras suelta el cargador y luego lo tira junto con el arma al suelo delante de él.

—Hay unas esposas en el radiador de la esquina. —Mi padre asiente hacia el otro lado de la habitación, todavía apretando el arma contra mi cabeza—.

Espósate.

El pánico sube a mi estómago mientras veo a Mikhail caminar hacia el radiador y poner un lado de las esposas en su muñeca derecha y cerrar el otro alrededor del tubo. Mi padre va a matarlo.



—Bruno, por favor. Deja ir a Bianca. Puedes hacer lo que quieras conmigo, pero deja ir a tu hija.

—No sé… —Baja el arma y da unos pasos hacia Mikhail—. Creo que debería dejarla ver cómo te mato. Tal vez eso la haga más razonable.

Ignorando el dolor punzante, tiro de las ataduras con todas mis fuerzas, girando la mano a derecha e izquierda. En el mismo momento en que siento que mi mano se libera, un disparo

atraviesa el aire. Levanto la cabeza y veo con horror cómo la sangre empieza a brotar de la herida en el hombro de Mikhail.

—No pensaste que te dejaría ir fácilmente, ¿verdad? Tengo varias balas más aquí, y me aseguraré que solo la última sea mortal. —Padre da otro paso hacia Mikhail y ladea la cabeza—. ¿Qué debería elegir ahora? ¿Una pierna tal vez? ¿O el otro hombro? Podrías darme pautas, es tu especialidad.

Me pongo en pie y corro hacia la pistola de Mikhail que está en el suelo, cerca de la puerta.

—¡Bianca! —grita mi padre—. ¿Qué coño crees que estás haciendo? Deja esa cosa en paz. Te vas a hacer daño, idiota.

—¡Sal y corre! —grita Mikhail al mismo tiempo—. ¡Joder, ahora, Bianca!

Los ignoro a ambos. No voy a huir, y ciertamente voy a herir a alguien.

Y ese alguien no seré yo. Miro a mi padre, que está de pie a tres metros delante de Mikhail, cojo el arma con una mano, introduzco el cargador y la amartillo. No me lleva más que unos segundos, lo he practicado muchas veces con Angelo. La mirada de mi padre cuando me ve levantarme y apuntarle con el arma no tiene precio.

Durante unos instantes, los dos nos quedamos mirando, mi arma apuntando al pecho de mi padre mientras me mira.

—No tienes las agallas, cara mia. —Sonríe y comienza a girar hacia Mikhail.

No, supongo que no tengo las agallas para matar a mi padre. Respiro profundamente, apunto a su muslo y aprieto el gatillo.

Bruno Scardoni grita y el arma cae de su mano. Se derrumba en el suelo, agarrándose el muslo ensangrentado.

Doy un par de pasos hasta situarme frente a él.





—Eso es por mí —digo con aspereza, y vuelvo a apuntar, esta vez al hombro y disparo. Su cuerpo se sacude y cae al suelo de espaldas—. Eso es por… mi marido.

Ignorando el llanto de mi padre, pateo su arma hacia el otro lado de la habitación.

—Bianca, dame el arma, nena.

Miro a Mikhail y su brazo extendido, camino hacia él y pongo la

pistola en su mano libre.

Mikhail

—Bianca, mírame, solnyshko.

Levanta sus ojos hacia los míos y veo que está llorando.

—¿Puedo matarlo, cariño? —Miro a Bruno, jadeando en el suelo. Si Bianca no estuviera aquí, ya estaría muerto, pero no lo mataré delante de ella a no ser que ella quiera.

Sacude la cabeza, luego se quita la camiseta y la aprieta en un manojo.

De pie, solo con su sujetador y sus vaqueros, lo presiona contra el hombro sangrante. Mi mano sigue esposada al tubo del radiador y mi hombro grita de dolor, pero no me arriesgaré a que se acerque a ese cabrón para encontrar la llave. En lugar de eso, la rodeo con mi brazo libre y la estrecho contra mi pecho, asegurándome que la pistola que tengo en la mano no toque su piel.

La puerta se estrella contra la pared y Denis entra corriendo, con la pistola desenfundada, mirando a su alrededor.

—Ojos al suelo —ladro. Nadie ve a mi mujer semidesnuda excepto yo, al margen de las circunstancias especiales.

—La llave de las esposas. —Hago un gesto con la cabeza hacia Bruno—.

Ata algo alrededor de su pierna y llama a Maxim para que alguien lo recoja y lo entregue al Don.

Denis encuentra las llaves de las esposas en uno de los bolsillos de Bruno y se apresura a abrirlas para mí.

—Tenemos que llevarte al hospital, jefe —susurra.





—No. Vamos a Doc. No voy a ir a un hospital con una herida de bala a no ser que sea necesario. Nos llevamos tu coche.

—¿Por qué siempre es mi coche el que transporta a los pasajeros que vomitan o sangran? —murmura Denis mientras llama a Maxim.

Coloco un dedo bajo la barbilla de Bianca y levanto su cabeza.

—¿Estás bien, dusha moya?

Coge mi mano y la coloca sobre la camisa que ha estado presionando en mi hombro, ahueca mis mejillas con sus manos y me besa.

—No. Pero lo estaré. —Hace una señal y me besa de nuevo.

—Necesitamos establecer algunas reglas. Cuando te digo que corras, corres, Bianca. ¿Está claro?

—¿Y dejar que te maten?

—Sí.

Bruno podría haberla matado. No creí que lo hiciera, pero nunca arriesgaría su vida, aunque hubiera un uno por ciento de posibilidades de que acabara herida.

—No puedo prometerte eso. Lo siento.

—Bianca, cariño, si no me lo prometes, te voy a encerrar en ese apartamento y voy a poner dos hombres en la puerta. Estoy muy enfadado contigo por lo que hiciste allí. Por favor, no me pongas a prueba en esto.

—De acuerdo.

—Bien, ¿qué? Vale, ¿prometes que harás lo que te diga?

Sonríe un poco, me rodea la cintura con los brazos y apoya la cabeza en mi pecho.

Bianca

No sé qué me hace levantar la cabeza del pecho de Mikhail y mirar a mi padre, tendido en el suelo a una docena de pasos detrás de Mikhail. Por un momento parece que sigue desmayado, pero entonces mis ojos se posan en su mano derecha metida en la chaqueta. La escena se desarrolla como en cámara lenta. Su mano sale de la chaqueta y sostiene una pistola, con una





mirada enloquecida y una amplia sonrisa en el rostro. Apunta la pistola a la espalda de Mikhail. Rodeo a Mikhail y empiezo a correr hacia mi padre.

Alguien grita. Un brazo fuerte me rodea por la cintura y me hace girar, mi espalda pegada al ancho pecho de Mikhail. Dos disparos estallan en algún lugar detrás de mí, casi simultáneamente. Mikhail hace una mueca de dolor, dando un paso hacia delante, todavía apretando mi cuerpo contra el suyo.

Me da un beso en la cabeza.

—No te atrevas a intentar recibir una bala destinada a mí nunca más —

susurra en mi oído.

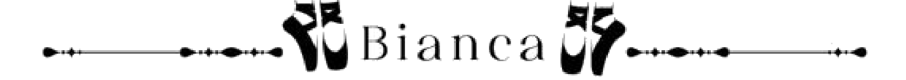
Su brazo se afloja a mi alrededor mientras Denis levanta la vista del cuerpo inmóvil de mi padre, luego se gira y corre hacia nosotros. Dejo escapar un suspiro, agradecida que todo haya terminado y envuelvo a Mikhail con mis brazos. Su camisa está mojada. Retiro la palma de la mano derecha, roja. El horror se apodera de mi estómago mientras miro a Mikhail, que avanza a trompicones, pero Denis consigue atraparlo.

—¡Trae mi coche! —grita Denis, le echa el brazo a Mikhail por los hombros y lo arrastra hacia la puerta principal—. ¡Ahora, Bianca!

Y corro.







Capítulo 20

Siento la mano de alguien en mi hombro y abro los ojos. Nina está sentada en una silla a mi lado, observándome.

—¿Alguna novedad? —pregunta, pero me limito a negar con la

cabeza.

Llevaron a Mikhail al quirófano tan pronto llegamos al hospital ayer.

Duró cuatro horas. El médico dijo que la bala le había dañado el pulmón, pero que todo debería ir bien y que hoy le darían el alta de la UCI.

Esperaba que la enfermera me dijera a qué habitación lo iban a trasladar, hasta que me informaron que había comenzado a tener una hemorragia interna y tenían que llevarlo de nuevo a quirófano de urgencia. Eso fue hace seis horas.

—Denis ha traído algo de ropa para ti —dice Nina y me tiende la mano—.

Una toalla y algunos cosméticos también. Tienes que ducharte y cambiarte.

Luego, tienes que comer algo.

Me envuelvo en la chaqueta que me dio Denis y sacudo la cabeza. No me levantaré de esta silla hasta que alguien venga a decirme que Mikhail está bien.

—Hay una habitación vacía dos puertas más abajo. Estaremos de vuelta en diez minutos, como máximo. Roman se quedará aquí y nos llamará si alguien viene con noticias. Si Gruñón te ve así, se divorciará de ti inmediatamente, lo sabes, ¿verdad?

Miro al Pakhan, de pie a unos metros a mi derecha, y asiente.

—Estaré aquí mismo y saldré a buscarte si viene el médico.

Despliego las piernas debajo de mí y me levanto lentamente. No tengo idea de cuántas horas he pasado en esa posición, y siento las piernas agarrotadas como si todo el flujo sanguíneo hacia ellas hubiera cesado. Tardo menos de diez minutos en ducharme, lavarme los dientes y ponerme los





vaqueros y la camiseta que he encontrado en la bolsa. Recojo los cosméticos para colocarlos de nuevo en la bolsa cuando me doy cuenta que hay una sudadera gris doblada en el fondo. La saco y empiezo a llorar de nuevo. Es la que le robé a Mikhail. Probablemente Denis la metió en la maleta pensando que era mía. No tengo frío, pero me la pongo de todos modos y vuelvo a la sala de espera.

Nina me mira cuando entro y sonríe, pero no llega a sus ojos.

—Mierda, cariño. ¿Eso es de Gruñón?

Asiento y trato de evitar que las lágrimas vuelvan a caer.

Nina resopla y me envuelve en un abrazo.

—Se pondrá bien, ya verás. —Vuelve a resoplar—. Vamos. Vamos a buscarte algo para comer.

Una hora después, el médico sale del quirófano y nos informa que la operación ha ido bien. Nos dice que nos vayamos a casa y que volvamos por la mañana, ya que Mikhail no saldrá de la UCI antes, pero yo me limito a sacudir la cabeza y volver a mi asiento. No voy a ir a ninguna parte.

Al otro lado del pasillo, Roman y Nina empiezan a discutir, pero solo capto la parte en la que él la amenaza con llevarla él mismo a casa si no se va. Quince minutos después, llegan dos hombres trajeados. El mayor con gafas se acerca a Roman, entregándole un portátil que ha traído. Se sientan en el extremo del pasillo, discutiendo algo. El otro hombre sigue a Nina cuando viene a pararse frente a mí y toma mi mano entre las suyas.

—Tengo que irme. Roman me ha amenazado con atarme a la cama si no me voy a casa a dormir un poco, pero volveré a primera hora de la mañana. Si necesitas algo, mándame un mensaje, ¿vale?

Presiono su mano y asiento.

—Maxim y Roman se quedarán contigo. —Ella asiente a los dos —. Maxim lo ha arreglado con la enfermera para que puedas descansar en la habitación de Mikhail hasta que lo traigan. Intenta dormir un poco.

No creo que pueda lograrlo, pero vuelvo a asentir de todos modos.

La enfermera viene unos minutos después que Nina se vaya y me lleva a la habitación donde me he duchado antes. Me dejo caer en el sofá junto a la ventana, saco el teléfono y envío un mensaje a Sisi preguntando por Lena.

No le hemos contado lo que ha pasado.





Recorro mi teléfono, revisando una veintena de mensajes de Milene preguntando por Mikhail y si necesito algo. En uno de ellos me pregunta si voy a ir al funeral de mi padre mañana. Le digo que el estado de Mikhail no ha cambiado, ignoro lo del funeral y tiro el teléfono en el asiento de al lado. Por mi parte, espero que mi padre arda en el infierno.

*** * ***

La maldita máquina expendedora está atascada. Intento

golpearla con la palma de la mano varias veces, pero no pasa nada. Suspirando, salgo de la máquina y me dirijo a la cafetería del otro lado del edificio. No tengo nada de hambre, pero he empezado a sentirme mareada en la última hora, probablemente mi cuerpo me está diciendo que no he metido nada de comida en el estómago aparte de una ensalada que Nina me hizo comer ayer.

Al acercarme a la puerta corredera que da acceso a la cafetería, me fijo en mi reflejo en el cristal. Mi cabello está enredado hasta el punto que parece que me han agredido. Mi cara está fantasmagóricamente pálida, excepto por las bolsas oscuras bajo mis ojos, y por un segundo me debato entre entrar con toda esa gente. Parezco un desastre, pero luego decido que me importa una mierda. Elijo el sándwich más pequeño que encuentro y una limonada, y me termino ambos para cuando vuelvo. Al doblar la esquina, una enfermera sale de la habitación y llega hasta mí en unos pocos pasos. La recuerdo de la noche anterior, cuando vino a darme una manta.

—Acabamos de traer a su marido a la habitación. Todavía está sedado, pero se despertará pronto, así que avísame cuando lo haga, ¿de acuerdo?

Como no digo nada, sonríe y me aprieta ligeramente el brazo para tranquilizarme.

—Estará bien, cariño, no te preocupes. Deberías intentar hablar con él, te ayudará a despertarlo.

Roman y Maxim están de pie a unos metros del pasillo, observándome.

Me vuelvo hacia la puerta abierta a pocos pasos, pero mis piernas se niegan a acercarse.. No sé por qué, pero de repente tengo miedo de entrar. Respiro hondo, luego otra vez, y finalmente, hago fuerza con mis pies para dar esos pocos pasos y entrar en la habitación.

Mikhail está tumbado con la cabeza inclinada hacia un lado, con una sábana blanca cubriendo hasta su pecho. Hay un soporte de suero a un lado





de la cama, y varios otros tubos y cables. Algunos de ellos están conectados a un pequeño monitor en la parte superior y, por un momento, me quedo paralizada con la línea que muestra los latidos de su corazón.

Cojo una silla del rincón, la pongo a un lado de la cama y me siento lentamente. Quiero coger su mano y llevármela a la cara, pero me da miedo lastimarlo, así que me acerco y recuesto mi cabeza en la cama junto a su almohada. Durante algún tiempo, me limito a observarlo, odiando lo inmóvil que está, hasta que

reúno el valor para acercarme y poner la palma de la mano en su mejilla. Alguien le ha quitado el parche. Eso no le va a gustar.

La enfermera dijo que hablar debería ayudar a despertarlo. No estoy segura que sirva de algo, pero haré lo que pueda.

Mikhail

Me despierto con un débil sonido cerca de mi oído. Intento abrir los ojos, pero no lo consigo, así que me concentro en el sonido. Al principio, es como una vibración en mi cabeza, pero poco a poco se transforma en una voz. Es muy débil, apenas un susurro, y necesito concentrarme para entender las palabras.

—Me has asustado… mucho.

El aire huele a hospital, pero no sé cómo he llegado aquí. Siento que mi cabeza está como en una neblina.

La voz continúa susurrando.

—Cuando estés… lo suficientemente bien… voy a… estrangularte.

Mi mente vuelve a ponerse en marcha lentamente, recordando. Entrar en esa casa y encontrar a Bruno con su pistola apuntando a la cabeza de Bianca. Bianca corriendo hacia su padre mientras él me apuntaba con su arma. El pánico que me consumió cuando me di cuenta de lo que estaba sucediendo. Mi solnyshko, que intentó interponerse entre la bala y yo. No sé qué habría hecho si esa bala la hubiera alcanzado a ella en lugar de a mí.

—Te amo. …por favor… despierta.

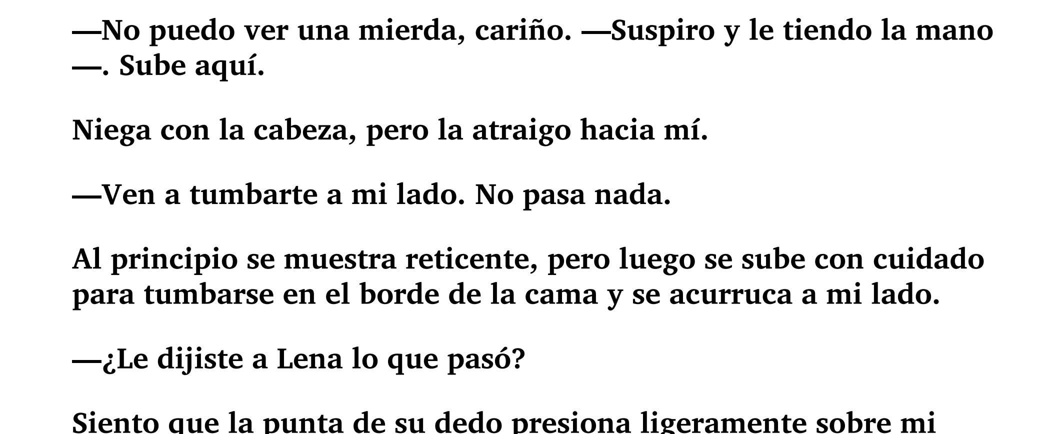
Las últimas palabras se pierden. ¿Cuánto tiempo lleva hablando? Quiero que mis ojos se abran.





—No hables más —digo áspero.

Bianca levanta la cabeza de la almohada. Se inclina sobre mí y cubre mi rostro con sus manos. Tengo la vista borrosa y no hay mucha luz en la habitación, pero aún así noto la hinchazón y el enrojecimiento alrededor de sus ojos y el desorden de su cabello. No recuerdo haber visto nunca a Bianca así. Ella resopla, me da un beso en la boca y empieza a hacer señas, pero no puedo descifrar las formas que hacen sus manos.



—No puedo ver una mierda, cariño. —Suspiro y le tiendo la mano —. Sube aquí.

Niega con la cabeza, pero la atraigo hacia mí.

—Ven a tumbarte a mi lado. No pasa nada.

Al principio se muestra reticente, pero luego se sube con cuidado para tumbarse en el borde de la cama y se acurruca a mi lado.

—¿Le dijiste a Lena lo que pasó?

Siento que la punta de su dedo presiona ligeramente sobre mi pecho, dibujando las letras.

N-O

—Bien.

Se abre la puerta de la habitación y entra Roman. Nos observa durante unos instantes y luego se acerca a la cama.

—¿Cuál es el daño? —pregunto.

—Pulmón herido y hemorragia interna. Te han remendado. El doctor dice que deberías estar como nuevo en un mes.

—¿Cuándo puedo volver a casa?

—En dos semanas.

Lo miro.

—No voy a quedarme en un hospital durante dos semanas.

—Te quedarás el tiempo que te digan que debes quedarte. —ladra Roman y me apunta con el mango de su bastón—. Y harás exactamente lo que te digan que hagas, joder. Es una orden.

—¿Qué pasa con el trabajo?

—Me haré cargo hasta que vuelvas. Estás fuera los próximos dos meses.

No puede hablar en serio.





—¿Dos meses?

—Cállate de una puta vez. Casi te matan —gruñe—. Si te pillo trabajando antes, te cambio por Pavel, y te llevas los palos. ¿Me entiendes, Mikhail?

Aprieto los dientes.

—Sí, Pakhan.

—Perfecto. Os esperamos para cenar cuando estéis mejor. Y utiliza tu tiempo libre para llevar a tu mujer de luna de miel o algo así. No vas a tener dos meses de vacaciones otra vez. —Se da la vuelta para marcharse y luego mira por encima del hombro—. Sergei vino ayer cuando se enteró que te habían disparado.

Levanto las cejas

—¿Aquí? ¿Para qué?

—Sí. Entró, preguntó por ti, me dijo que te pasara un mensaje y se fue.

—¿Qué mensaje?

—Quiere que le envíes un mensaje con la lista de personas que estuvieron involucradas en que te dispararan para poder matarlos. Dice que está libre este fin de semana.

Suspiro y sacudo la cabeza.

Bianca

Alargo la mano y rozo la barba de cinco días de Mikhail. Es extraño. Solo lo he visto afeitado. Sus cicatrices se notan mucho menos con el vello facial.

Parece diferente. Levanto la vista y me encuentro con su mirada.

—¿Te gusta?

Sonrío y vuelvo a pasar la palma de la mano por su cara.

—¿Quieres que lo deje?

Me lo pregunta de forma casual, pero observa atentamente mi reacción.

Sé lo que quiere decir. No le gusta tener vello facial, me lo dijo una vez. Pero si le digo que sí, se lo dejará porque cree que prefiero que sus cicatrices queden ocultas. Todavía no lo entiende. Creo que es el hombre más hermoso que he visto.





—Me gusta. —Hago una señal, y él asiente, bajando la maquinilla de afeitar al lavabo—. Pero me gusta más cuando estás bien afeitado.

Su mano sosteniendo la navaja se detiene.

—¿Segura? —pregunta, y hay duda en su mirada.

Acaricio su cara con mis manos, inclino su cabeza hacia abajo y lo beso.

—Estoy segura, Mikhail —susurro contra sus labios.

—Bien, cariño.

—¿Quieres que lo haga yo? —Nunca he afeitado a un hombre antes, pero su brazo derecho está en un cabestrillo debido a su hombro, y no estoy segura de que pueda manejarlo solo con su mano izquierda—. Tendré cuidado. Probablemente te vas a cortar.

Mikhail me observa durante unos segundos y luego se ríe.

—No es que importe, cariño.

Entrecierro los ojos hacia él, tomo su barbilla entre mis dedos y aprieto ligeramente.

—Para mí, sería importante.

—Bien, de acuerdo. —Sonríe, baja la tapa del inodoro y lentamente desciende para sentarse en él—. Soy todo tuyo.

—Exactamente. —Asiento con la cabeza, cojo la maquinilla y la crema de afeitar del fregadero, y procedo a devolver a mi marido su atractivo original.

Cuando termino, me doy la vuelta para guardar el material de afeitado cuando oigo el cerrojo de la puerta del baño detrás de mí. Me giro y encuentro a Mikhail sonriendo.

—No —gesticulo con la boca.

—Sí.

—Te dispararon hace cinco días. Dos veces. No estamos haciendo nada que requiera una puerta cerrada.

—Ven aquí.

—No.

Alarga la mano hacia adelante, engancha un dedo en la cintura de mis vaqueros y me atrae hacia él hasta que estoy de pie entre sus piernas.

—Date la vuelta.





Suspiro y obedezco.

—Me encanta cuando finges que eres dócil. —Me susurra al oído y empieza a desabrocharme los vaqueros.

Abro la boca para decirle lo que pienso de esa declaración, ya que no puedo hacerle señas con la espalda pegada a su pecho, pero cuando su mano se desliza dentro de mis vaqueros, las palabras mueren en mis labios.

—¿Ya estás húmeda? —pregunta, y siento su dedo entrando en mí—. Eso me gusta. Me gusta mucho, Bianca.

Me muerde el hombro y añade otro dedo, haciéndome jadear.

—¿Qué te parece, cuánto tiempo tardaré en hacer que te corras, hmm? —

Hace un lento movimiento circular alrededor de mi clítoris—. ¿Cinco minutos?

Cierro los ojos y asiento con la cabeza.

—Lo dudo, nena. —Susurra y me pellizca ligeramente el clítoris —. No durarás más de dos minutos.

Me apoyo en su pecho y abro un poco más las piernas. Las cosas que este hombre puede hacer con su mano… es una locura.

—Ojos, Bianca.

Los abro y observo nuestros reflejos en el espejo que hay sobre el lavabo, la mano de Mikhail entre mis piernas y una sonrisa lobuna en su rostro.

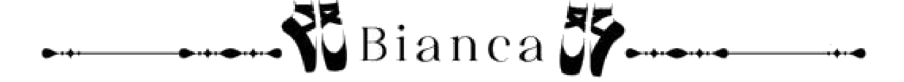
Saca el dedo y me dan ganas de gritar, pero entonces lo vuelve a meter hasta el fondo presionando mi clítoris con el pulgar, y me rompo al instante.

—Apenas un minuto y medio, cariño. —Me besa el hombro—. Lo intentaremos de nuevo más tarde. A ver si podemos hacerlo en menos de un minuto.

Hombre perverso, perverso.







Epílogo

Seis semanas después

—Tengo una sorpresa para ti. —Hago una señal y pongo mis

manos en el pecho de Mikhail.

—¿Oh? ¿Qué es?

Dejo que mis labios se amplíen en una sonrisa de suficiencia, agarro su corbata y doy un paso atrás, tirando de él hacia mí. Mikhail levanta una ceja, pero me sigue, dando un paso adelante por cada dos míos mientras me permite conducirle por el salón hasta el gimnasio. Sin soltar su corbata, giro el pomo, arrastrándolo al interior, esperando su reacción cuando vea el montaje que he preparado. Se detiene en el umbral para mirar las persianas que he bajado por completo sobre las ventanas del suelo al techo. La única luz de la habitación procede de dos lámparas que he trasladado desde el salón y colocado en esquinas opuestas. Sus labios se levantan cuando ve la silla que he colocado en el centro de la habitación, pero no hace ningún comentario. Haciendo un gesto con el dedo, lo atraigo hacia mi teatro improvisado y lo conduzco hasta que llegamos a la silla.

—Siéntate —le digo por señas y le empujo ligeramente el pecho.

Mikhail se sienta, ladea su cabeza, frunciendo los labios como si intentara leer mis intenciones.

—Cierra los ojos. Y no mires.

—Está bien. —Sonríe y se reclina en la silla.

Le doy un ligero beso en los labios y me apresuro a ir al rincón, donde he dejado la falda de tul y las zapatillas de ballet escondidas bajo una toalla.

Tardo menos de dos minutos en quitarme el vestido y ponerme las





zapatillas, el top y la falda. Al principio, pensaba ponerme un leotardo, pero eso me estorbaría. Después de debatir durante unos segundos, me quito las bragas y las tiro por encima del vestido desechado. Con una mirada por encima del hombro a Mikhail, sonrío con anticipación mientras pongo la megafonía al máximo volumen. En la pausa que incluyo antes que comience mi lista de reproducción, adopto una cuarta posición abierta con un brazo extendido en un arco suave.

Los primeros sonidos del Nocturno nº 9 de Chopin llenan la

habitación y Mikhail abre los ojos. Sonrío, le mando un beso y empiezo. Hago una pirueta, extiendo lentamente la pierna en un developpé suspendido, mi secuencia inicial del Lago de los Cisnes, y luego continúo con una serie de coreografías diferentes. Los ojos de Mikhail me observan sin pestañear, siguiendo todos mis movimientos. Me he acostumbrado a que los hombres me miren, tanto en el escenario como fuera de él, pero nunca nadie me ha mirado como lo hace Mikhail. Como si yo fuera algo precioso, y él temiera que, si aparta su mirada de mí, pueda desaparecer. Qué hombre tan tonto, mi marido. Nadie me hará soltarlo. Nunca. Hago un arabesco y unos cuantos pasos más pequeños hasta que estoy de pie justo delante de él, luego hago un fouetté y me detengo en el mismo momento en que termina la pieza de Chopin.

Hay unos segundos de silencio, durante los cuales se limita a observarme con una pequeña sonrisa en los labios. Probablemente piensa que esto era todo lo que he preparado, y cuando el sonido de All Of Me de John Legend llena la habitación, enarca una ceja. Sonrío y doy un paso adelante, colocándome entre sus piernas. La primera estrofa transcurre con nosotros mirándonos fijamente sin ni siquiera tocarnos, pero cuando el coro canta, coloco la palma de mi mano izquierda sobre su mejilla derecha y, sin romper el contacto visual, retiro el parche de su ojo con mi mano libre.

—Todo de mí —susurro y deposito un beso en sus labios—. Todo de ti . .

cariño.

Me mira mientras su mano se acerca a mi nuca, enhebrando mi cabello entre sus dedos y apretando. Le quito la corbata y desabrocho su camisa.

Mikhail no dice nada, solo me observa mientras su agarre en el cabello mantiene mi cabeza inmóvil. Como si quisiera mantener mi rostro a la vista.

Cuando el coro comienza de nuevo, aparto su camisa, inclinándome para presionar mis labios sobre su párpado derecho lleno de cicatrices.

—Todas tus... imperfecciones.





Respira hondo y me coge la cara entre sus enormes y ásperas manos, con un toque imposiblemente tierno. Sonrío y, con mi dedo, trazo la forma de un corazón en su pecho.

No puedo creer que casi lo pierda. Las pesadillas de aquel día todavía me atormentan y me despierto en mitad de la noche con el pánico oprimiéndome el pecho. Me inclino hacia delante presionando mis labios con los suyos mientras mis manos recorren su espalda desnuda, sin tener en cuenta sus antiguas cicatrices. Pero cuando noto la marca redonda en relieve bajo

mis dedos, me estremezco y lo presiono más contra mí.

Mikhail

No hay mucha luz en la habitación, pero, incluso con mi visión ligeramente borrosa, puedo ver las lágrimas acumuladas en las esquinas de los ojos de Bianca.

—¿Cariño? ¿Qué sucede?

Aprieta los labios y toca su frente con la mía mientras su dedo traza un patrón alrededor de la herida de bala ya curada en mi espalda.

—Bianca, mírame, cariño.

Ella levanta la cabeza y tomo su barbilla entre los dedos.

—Estoy bien. ¿Puedes, por favor, intentar olvidarlo?

Su mano se apoya en mi nuca y asiente con la cabeza, pero sé que está mintiendo porque una lágrima se escapa y rueda por su mejilla. No puedo soportarlo. Durante años, creí que no había nada que no pudiera soportar, pero ver a Bianca llorar por mí. . No puedo soportarlo.

—¿Quieres que te tranquilice, mi corderito? —pregunto mientras recorro con mi mano el centro de su pecho y su estómago, y luego introduzco la mano bajo su falda de tul para presionar con mis dedos su coño.

Ella respira profundamente y asiente, deslizando mi dedo dentro de ella.

Levantándome de la silla, empiezo a desabrocharme los pantalones con la mano derecha, sin quitar la izquierda de su coño. Cuando consigo deshacerme de los pantalones, cojo la cintura de su falda, se la subo por encima de la cabeza, luego la doy la vuelta y la aprieto de espaldas a mí, rodeando su cintura con mi mano libre.





—¿Lista? —pregunto, acariciando su cuello.

Ella asiente, aprieto el brazo que la rodea, la levanto y salgo del gimnasio. Bianca me agarra el antebrazo y presiona las piernas, jadeando mientras la llevo. Me aseguro de ir despacio, acariciando su interior hasta el dormitorio, y cuando llegamos a la cama, ya está a punto de correrse.

—Todavía no, cariño. —La dejo junto a la cama, retiro lentamente el dedo, pero en lugar de tumbarse, se sube al borde

de la cama y me presiona las palmas de las manos en el pecho.

—Quiero… —susurra—, decirte… tanto.

—No tienes que decir nada, Bianca. —Presiono mis labios contra los suyos, luego deslizo mis palmas por su espalda, sujetándola por debajo del culo.

Pensaba saborearla en la cama, pero cambié de opinión, así que la subo hasta que sus piernas rodean mi cintura y me giro para apoyarla de nuevo en la pared. La hago descender lentamente sobre mi polla dura como una roca, y me encanta la forma en que respira cuando la lleno.

—Incluso medio ciego, puedo ver todo, nena. —Me deslizo hacia fuera y luego me abalanzo sobre ella—. Cada. -Zas-. Única. -Zas-. Cosa.

Bianca gime, apretando sus brazos alrededor de mi cuello mientras inhala al ritmo de mis golpes. Suele cerrar los ojos cuando se corre, pero ahora los mantiene bien abiertos, sosteniendo mi mirada mientras tiembla y jadea.

Exploto dentro de ella como nunca antes, y luego estrello mi boca contra la suya, apretando su cuerpo contra el mío y abrazándola mucho después que los dos bajemos de la euforia.

Bianca

Mierda. Algo no está bien.

Intento trabajar un poco más la masa, pero se me sigue pegando a los dedos. Después de limpiarme la harina de las manos en el delantal, saco el teléfono del bolsillo trasero de mis vaqueros y abro la ventana de mensajes.





Le prometí a Lena piroshki[8] para la cena, y tengo que hacer bien esta masa, maldita sea.

19:22 Bianca: He metido la pata en algo, la masa parece un chicle. ¿Puedes comprobar con Igor si te ha dado las medidas correctas?

19:24 Nina: Intenta añadir más harina. Me da medidas diferentes cada vez que le pregunto y empiezo a preguntarme si lo hace a propósito.

Probablemente no quiere que nadie consiga su receta de piroshki. Le diré a Roman que lo asuste un poco, tal vez sucumba entonces.

19:25 Bianca: Por favor, no lo hagas. 😂😂. Intentaré añadir más harina.

¿Alguna novedad?

19:26 Nina: Roman acaba de llegar de la casa de Sergei. Ha dicho que la casa parece haber sido arrasada por un huracán. Sergei lo ha destrozado todo.

19:27 Bianca: ¿Por qué? Nunca he conocido al tipo, pero por lo que he oído de Mikhail, está un poco… desquiciado.

19:29 Nina: Eso es el eufemismo del siglo, querida. Parece que la chica que tenía en su casa desapareció y se puso como una fiera. ¿Quieres venir?

Estoy escribiendo mi respuesta cuando siento un ligero toque en la base de mi cuello, seguido de un beso.

—Dusha moya . . .

Sonrío y empiezo a darme la vuelta, pero Mikhail me rodea la cintura con su brazo y me mantiene pegada a su pecho. Me acaricia el cuello mientras su mano derecha se posa en la encimera frente a mí, sosteniendo una única rosa amarilla. Me quedo sin aliento mientras miro la delicada flor, cuyo tallo está envuelto en una ancha cinta de seda amarilla bordada en oro.

—Nunca te dije —me susurra al oído—, que siempre fui tu mayor fan.

Todavía lo soy.

—¿Mikhail? —Pronuncio, mis ojos todavía enfocados en la flor.

—Hubo un póster que vi una tarde —creo que fue en algún escaparate—, hace casi un año. Recuerdo que pasé por delante de él y volví sobre mis

8 Los pirozhkí son panecillos rellenos típicos de las gastronomías rusa, bielorrusa y ucraniana. Pueden ser horneados o fritos con levadura.Sus rellenos son de carne, verduras u otros

ingredientes.







pasos para ver mejor la imagen. Mostraba un grupo de bailarines. Todas, excepto una, llevaban trajes amarillos y, mientras las miraba, me preguntaba por qué, entre todas ellas, la única

bailarina con un traje negro brillaba más que el resto. —Un beso se posa en el lateral de mi cuello—. Como un sol.

Me gira hacia él, ahueca mi rostro en sus manos y me da un suave beso en los labios.

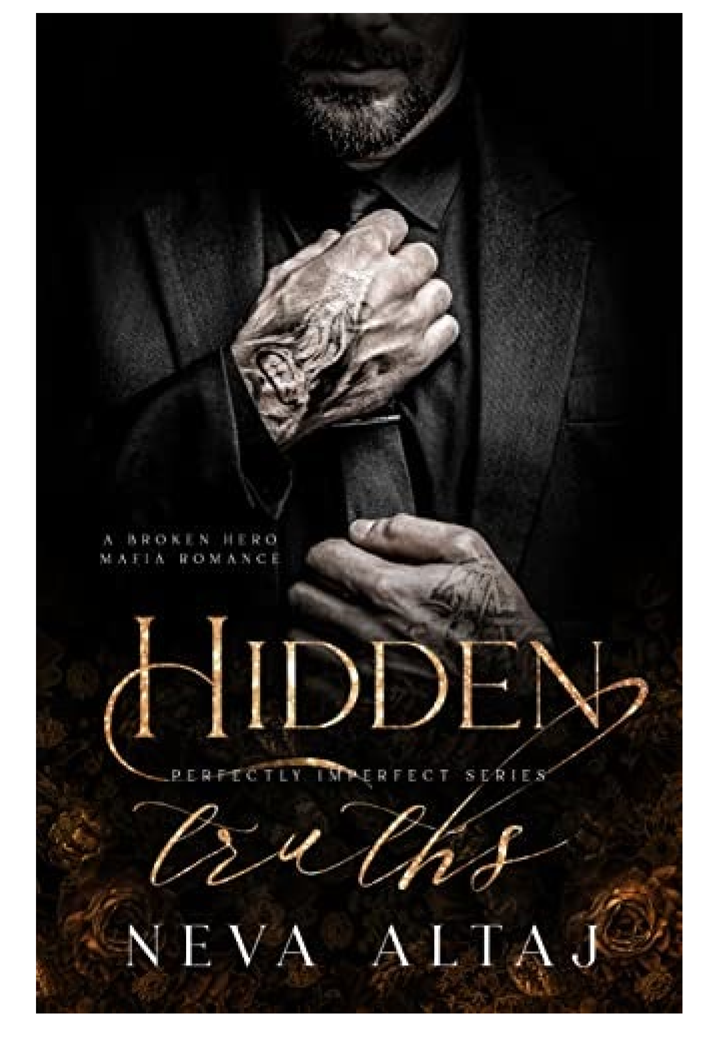
—Nunca me perdí ninguno de tus programas después de eso. Te amo, mi pequeño sol. Mi solnyshko.

Enrollo mis brazos alrededor de su cintura y entierro mi cara en su pecho.

—Yo también te amo. . mi Mikhail.

BROKEN

PERFECTLY IMPERFECT whispers



Próximo Libro

Sergei

Hogar,

La Bratva es mi hogar.

Mi santuario del pasado.

El solo lugar al que pertenece una máquina de matar como yo.

A veces, mis demonios regresan precipitadamente, y me siento fuera de control, lleno de rabia, a punto de perderme por completo.

Hasta que una mujer rota y herida se tropieza en mi camino, Despertando mis instintos protectores,

Y enviando mis demonios a dormir.

Mantenerla prisionera es mi única opción.

Si ella se va,

mi oscuridad resurgirá,

Y esta vez no habrá escapatoria.

Angelina

Escapar,

Eso es todo lo que puedo hacer,

Solo para terminar en manos de un loco asesino.

Ahora, estoy luchando para mantenerme alejada de mis enemigos, Y tratando de no enamorarme de un hombre que no debería querer.



PERFECTLY IMPERFECT

whispers



Sobre la Autora

Neva Altaj escribe romances contemporáneos de la mafia sobre antihéroes dañados y heroínas fuertes que se enamoran de ellos. Tiene debilidad por los alfas locos, celosos y posesivos que están dispuestos a quemar el mundo por su mujer. Sus historias están llenas de pasión y de giros inesperados, y siempre está garantizado el "felices para siempre".

Document Outline